

FASCINADO POR EL ABSOLUTO

HERMANO RAFAEL

Paolino Beltrame Quattrocchi





Rafael Arnáiz Barón, el humilde oblato trapense, nacido en Burgos el 9 de abril de 1911 y muerto en la abadía cisterciense de San Isidro de Dueñas (Palencia) el 26 de abril de 1938 cuando no tenía más que 27 años, a causa de una diabetes sacarina, está muy cerca de las dimensiones espirituales y de la exigencia contemplativa de nuestros días. El Hermano Rafael es una figura que impresiona por la docilidad al Espíritu y por la generosidad en la respuesta a la llamada del Señor, sin doblegarse ante las dificultades que le traía la enfermedad incurable, que él

quiso vivir en la Trapa, en total poco más de año y medio. El recuerdo tan vivo que hay de él en gran parte se debe a sus escritos, a los que se da amplio espacio en esta biografía y en los que se puede sentir toda la carga interior y sobrenatural que explica su gran éxito y la rapidísima difusión. La semblanza trazada por el Padre Paolino Beltrame (Postulador General de la Causa de los Santos de la Orden Cisterciense de la estricta observancia) da razón de la fama que sigue creciendo de día en día, reclamando un incesante flujo de fieles a la tumba de Rafael en la iglesia abacial de San Isidro.

P. BELTRAME QUATTROCCHI

**FASCINADO
POR EL ABSOLUTO**
Hermano Rafael

2.^a edición

1994

	<i>Págs.</i>
Presentación (cardenal Martini).....	5
Introducción	9
Notas bibliográficas	18
1. “¿Por qué no me sigues?”	23
2. Las raíces	25
3. Años floridos	34
4. Pedrosillo.....	38
5. Vida universitaria.....	41
6. Vida militar.....	50
7. La llamada.....	53
8. La respuesta.....	60
9. La agotadora espera.....	65
10. La poda	70
11. El trasplante.....	74
12. Novicio.....	79
13. El encuentro con la cruz	86
14. Apología del trapense.....	92
15. Como oro en el crisol.....	101
16. Un carteo.....	108
17. En un rincón de la Trapa.....	119
18. Paréntesis militar.....	137
19. A los pies del crucifijo	140
20. “El secreto del rey”	158
21. La madre no debe saberlo	167
22. Mi centro es Jesús.....	175
23. Las bodas del cordero.....	189

Título original: *Nel fascino dell'assoluto*
Traducido por *Tomás Gallego Fernández*

RAFAEL Arnáiz Barón, joven estudiante de arquitectura, moría después de haber vivido sus últimos cuatro años como monje trapense en la abadía cisterciense de San Isidro de Dueñas, Venta de Baños (Palencia).

Enfermizo ya desde niño, lo que le ocasionó dificultades en su asistencia a las clases, luego se repuso hasta llegar a ser un joven gallardo entregado a la equitación, el esquí, el montañismo y los estudios, para caer de nuevo irremediablemente, a los veintitrés años, bajo la virulencia de una diabetes *mellitus* rebelde a toda terapia, incluso en los períodos de diligentes e intensos cuidados familiares, que en tres años lo llevó inexorablemente a la tumba.

Una vida de “seglar” y “burgués”, de nivel social acomodado, nutrida siempre con la fe y alimentada en las fuentes de la gracia, con una participación consciente en la vida sacramental, y en su momento comprometida con las estructuras asociativas de cultura religiosa, de actividad caritativa y de grupos de oración.

Seguirá siendo un simple laico aun en la misma Trapa, donde vivirá y morirá como “oblato”, ya que su diabetes, incompatible por su naturaleza con algunas exigencias inderogables de la vida trapense, impedirá que sea admitido canónicamente a formar parte de la comunidad.

En España ya es bastante conocido gracias a la difusión de sus escritos, que, aparte de testimoniar su santidad,

revelan sus grandes dotes de escritor: una sensibilidad poética nada común, capaz de hacer hablar a todo lo que le manifiesta el amor de Dios.

Debemos al padre Beltrame, autor de este libro, mucho del trabajo realizado para llevar a cabo la causa de beatificación del Hno. Rafael, ya que él es el postulador general de la Orden Cisterciense de la Exstricta Observancia. Aparte de la soltura de estilo, la solidez del discurso, la precisión y eficacia de los argumentos, el mayor valor del libro es el de ser una obra verdaderamente "crítica".

El tacto y la discreción del padre Beltrame han dejado que sea Rafael el que hable de sí, procurando ser fiel a su vida más que a una hagiografía.

Disponiendo de fuentes históricas objetivas, testimonios directos, una considerable documentación, editada e inédita, el padre Beltrame ha hecho el esfuerzo de investigar todo este material. Su estudio parte de la base de compartir la misma vida trapense, escrito con viveza, pero sin perder el rigor histórico original.

Rafael es para nosotros el desafío de una opción de vida radical y realista. Su figura, tal como se siente en estas páginas, es la de un joven cuya vida, aun siendo profundamente humana, sin embargo está plenamente anclada en lo sobrenatural. Rico de dotes, brillante, atrayente, su corazón de poeta y un poco soñador arde en el deseo de Dios solo. El "solo Dios" no es únicamente un grito de la soledad, sino que expresa la plenitud de quien ha descubierto el secreto de la existencia humana.

Rafael está cerca de nosotros. Y no sólo cronológicamente. En toda su vida podemos percibir algo que fácilmente reconoceremos en nosotros mismos. Su sensibilidad afectiva y su gran humanidad hacen desaparecer aquel fantasma que tienen algunos cuando piensan en la Trapa como algo triste y un lugar de penitencia.

El buen humor le hace más llevaderas las cosas incluso "ásperas y duras" que san Benito pone delante del que

viene al monasterio para servir a Dios. Los rasgos de su carácter, exuberantes como el paisaje de Castilla, con su cielo azul y el sol radiante, poco a poco son controlados por la gracia; pero mientras “el cuerpo se inclina hacia la tierra..., el corazón se alza al cielo lleno de agradecimiento”.

Será el impacto de la cruz lo que señalará de un modo particular el corto camino de Rafael en la Trapa, y así, lo que al principio podía parecer el fervor de los inicios, se convierte en fidelidad a lo largo del lento desgranarse de los días, marcados con la enfermedad y la cruz, “seca, negra y ensangrentada”, que cae sobre él.

¡Cuántas lágrimas cuesta también a Rafael el llegar a “besar la cruz”! Pero esta cruz, acogida y amada, abre un nuevo camino de libertad, y de ella brota la flor de la humildad, que sólo puede germinar “a los pies de un Dios clavado en el patíbulo”.

Y la humildad se convierte en el secreto de esta vida, cuya sabiduría consiste en saber esperar, espera que se transforma en certeza de que Dios nos aguarda. Es la gratuidad, para la que frecuentemente ya no hay lugar en nuestra sociedad, dominada por el poder y el vértigo.

El sufrimiento, lleno de sentido por el amor, impulsa a Rafael a abrazarse cada vez más con el crucificado, hasta entrar en el misterio del Dios sufriente, hasta amar el sufrimiento. Misterio absurdo, pero divino; misterio del amor de Dios.

Y como el sol enrojecido del atardecer, que con “sus débiles rayos se posa suavemente sobre el altar y parece como que lo besara”, así, con la misma serenidad, se apaga la joven vida de Rafael, con la sonrisa en los labios quemados por el deseo del Absoluto.

El mundo todavía tiene necesidad del mensaje de los contemplativos. Este mundo de hoy, que se gloria de ser “mayor de edad” y no se fia de Cristo, tiene necesidad de estos testimonios concretos.

El mensaje de Rafael es el mensaje del monasterio, el

mensaje elocuente que nace del silencio; el único que puede responder a tantos interrogantes humanos que sin Cristo no pueden encontrar respuesta adecuada.

CARLOS MARÍA MARTINI
Cardenal-arzobispo de Milán

NOS HEMOS propuesto dar a conocer, siguiendo una senda llena de riquezas en parte desconocidas, el misterio existencial y religioso del Hno. Rafael Arnáiz Barón, estudiándolo en el contexto histórico y ambiental en que vivió, con amplias referencias a los testimonios de los que lo conocieron, a sus escritos y a las publicaciones que se han hecho sobre el mismo, no sin una cuidadosa aunque discreta atención al trasfondo psicológico personal y de grupo, partiendo del ambiente verdaderamente excepcional de una familia maravillosa, llena de valores humanos, además de muy cristianos.

La persona

Seguiremos así paso a paso, con una fascinación cada vez mayor, las distintas etapas y los diferentes puntos de vista de la vida de Rafael.

Una vida de *laico* y *burgués*, en un nivel social acomodado, siempre nutrida por la fe y alimentada con las fuentes de la gracia, con una participación consciente en la vida sacramental, y en su momento comprometida en las organizaciones asociativas de cultura religiosa, de actividad caritativa y de grupos de oración. Seguirá siendo un simple laico, aun en la misma Trapa, donde vivirá y morirá como un simple *oblato*, ya que su enfermedad, incompatible por su naturaleza con algunas exigencias in-

derogables de la vida trapense, impedirá que sea admitido canónicamente para formar parte de la comunidad.

Enfermizo ya desde niño, lo que le creará dificultades de asistencia a las clases, luego se repone hasta hacerse un joven gallardo, deportivo, dado a la equitación, el esquí, el montañismo, los estudios, para recaer irreparablemente a los veintitrés años bajo la virulencia de una diabetes *mellitus*, en definitiva rebelde a toda terapia, incluso en los mismos períodos de atentos e intensos cuidados de la familia, que en poco menos de cuatro años le llevó inexorablemente a la tumba.

De una *formación espiritual y moral* especialmente esmerada, gracias sobre todo a los desvelos de su madre, que consiguió armonizar las exigencias de una cierta vida de mundo, requerida por su rango social, con una sincera fidelidad a los principios de vida cristiana, a la vez que con una mentalidad liberal en la educación por parte del padre, que, adelantándose en varios decenios a las orientaciones pedagógicas más recientes, procuraba dar plena confianza y fe a los hijos en su adolescencia, a fin de desarrollar en ellos el sentido de responsabilidad, asumiendo y aceptando todos los riesgos, incluso el de la opción por la Trapa.

Una vida profundamente *humana* en el sentido más pleno y en la acepción más moderna y amplia de la palabra, y a la vez profunda y constantemente enraizada en lo sobrenatural y en la gracia.

Todo ello enriquecido con una alta dosis de cultura humanista y de amor y admiración por todo lo bello, aspirado en el clima de la familia en una coexistencia armoniosa con el trasfondo cada vez mayor de aquella *disposición contemplativa* y de aquella *espiritualidad carmelitana* que Rafael pudo respirar a pleno pulmón en sus largas estancias en Ávila, impregnada de la inconfundible ascesis de Teresa de Jesús y de Juan de la Cruz, que le dispusieron para recibir el impacto fecundo del encuentro con la espiritualidad de san Bernardo.

Vida que después, interrumpiendo de un modo imprevisto una carrera de estudios serios de arquitectura, cuando apenas tenía poco más de veintidós años, lo llevará a abrazar decididamente la experiencia trapense en la antigua abadía cisterciense de San Isidro de Dueñas.

Allí, en un vaivén de sucesos, después de una austera cuaresma vivida como novicio gozosa e intensamente con una fidelidad generosa y entusiasta, sin mitigaciones de ninguna clase, se encontrará de repente en las garras de una violenta e indomable diabetes, en un conflicto dramático con una no menos indomable voluntad de seguir el imperativo interior de la propia vocación, mientras no lejos se ensañaba la guerra en España.

La gracia divina, el amor y el sufrimiento consumaron su *holocausto*, que se coronó a los veintisiete años en la semana *in albis* de 1938.

Los escritos

No cabe duda que la fama de santidad del Hno. Rafael Arnáiz Barón, en gran parte, se debe a sus escritos y a la rapidísima difusión de los mismos.

Pero es igualmente cierto que los escritos no hubiesen tenido —ni tendrían hoy día— ese enorme éxito en el mundo del espíritu si el “sentido especial” de los lectores no hubiese reconocido de modo inequívoco el reflejo auténtico y objetivo de un fondo interior y sobrenatural completamente fuera de lo normal.

Para algunas almas especialmente escogidas, el escribir, entendido como la expresión en palabras del volcán interior de la propia experiencia de la gracia, viene no sólo de una exigencia psicológica personal, sino sobre todo de un carisma particular del Espíritu, de una vocación eclesial específica. Baste recordar, sin querer hacer comparaciones, lo que escribieron Agustín de Hipona, Teresa de Ávila, Juan de la Cruz o Bernardo de Claraval.

Cada uno tiene su don propio de Dios, y hay que considerarlo con respeto y amor, de acuerdo con el carisma que le distingue y le da un puesto específico en la Iglesia de Dios. Lo que para algunos podría ser un simple caso de grafomanía, para otros ha sido y es una exigencia de respuesta fiel a una llamada concreta de la gracia y testimonio dócil de la presencia y de la acción misteriosa de Dios. La eficacia y actualidad de las *Confesiones* de san Agustín se deben, sin duda, a la viveza espléndida e inigualable del estilo y a la riqueza y profundidad del contenido; pero no se deben menos a la autenticidad de una experiencia personal e irrepetible de lo divino.

Rafael Arnáiz Barón escribió muchísimo, pero jamás con una finalidad literaria en vistas a la divulgación. Escribió sacrificando incluso muchas horas de sueño, bajo el impulso davídico del *eructavit cor meum verbum bonum*. Escribió sobre todo para su uso y consumo, por exigencia de su espíritu, para “hacer oración”, para plasmar los pensamientos que le bullían dentro y que, al ser expresados, se decantaban, tomaban cuerpo y se desarrollaban bajo el impulso de la fuerza interior. La mayor parte de las veces sus escritos no eran más que monólogos, o diálogos de amor con el Padre de los cielos —“solo Dios”—; con “el Amo”, Cristo crucificado y resucitado, vivo y presente en el “Sagrario”; con la madre amadísima, la “Virgen madre”, “la Señora”.

El mismo Rafael nos lo dice repetidas veces:

“Escribo lo que pienso, lo que se me ocurre, de una manera sencilla y sin ánimo de hacer literatura. (...) Escribo por dos razones: primera, porque creo que el escribir y tratar las cosas de Dios reporta un gran provecho a mi alma...; y segunda razón, que dispongo de tiempo y así me parece emplearlo de manera que sea en mayor gloria de Dios”¹.

¹ *Apol.*, p. 1 (OC 231).

“Mis escritos son al mismo tiempo reflexiones conmigo mismo y oraciones a Dios”².

“Escribir de Dios es también un método de oración”³.

Cuando no escribía para sí mismo, compartía sus propias experiencias con una determinada persona: el padre, la madre, alguno de sus hermanos, el tío Polín, la tía María, el padre abad, el padre maestro, el hermano enfermero o algún otro hermano.

Se han recogido 125 cartas, en gran parte publicadas en el volumen *Vida y escritos*. Hay además cinco series de meditaciones o reflexiones, redactadas sucesivamente en distintos períodos, en otros tantos cuadernos, a los que luego se han dado los siguientes títulos: *Impresiones de la Trapa* (1931), *Apología del trapense* (1934), *Meditaciones* (1936), *A los pies del crucifijo* (1936), *Dios y mi alma. Notas de conciencia. Reservado* (1937-1938).

Si es verdad que los escritos de Rafael han contribuido en gran medida a su “fama de santidad”, del mismo modo es verdad que su difusión excepcional y cada vez mayor constituye una prueba clara del fundamento de la difusión y de la continuidad de tal fama.

Ya en abril de 1944, a sólo seis años de la silenciosa desaparición de Rafael, el obispo de Vitoria concedía el *imprimatur* a una pequeña obra de 252 páginas con el título *Un secreto de la Trapa (El hermano Rafael)*. La cubierta, que lleva una pintura de Rafael en color, señala como autor al duque de Maqueda, es decir, el duque don Leopoldo Barón, tío materno de Rafael, el famoso “tío Polín”, el querido amigo, confidente y consejero y... “cómplice” del sobrino Rafael.

La pequeña obra, que en dos años había alcanzado la tercera edición, no sólo presentó la primera biografía del humilde “oblato” de la trapa de San Isidro, sino que ofreció también al público una primera colección de sus

² Ib, p. 27 (OC 252).

³ VE, p. 375 (OC 854).

escritos, comentándolos con testimonios y con profundas reflexiones personales del autor.

En 1947 la madre del Hno. Rafael publicaba un nuevo libro con el título *Escritos y datos biográficos de Fr. M.^a Rafael Arnáiz Barón, monje trapense*, mucho más rico que el anterior en cuanto a datos biográficos y documentación fotográfica y, sobre todo, en cuanto a sus escritos. Pero, quizá por la reserva del pudor materno, menos ardoroso que el primero en la viveza de la interpretación ascética.

Naturalmente, el nuevo libro sustituyó al anterior en los anaqueles de las librerías y, traducido a varias lenguas, completado y actualizado en algunos puntos, con un título ligeramente distinto, aún hoy día tiene un puesto de honor en la literatura ascética y mística en su ya undécima edición. No es sólo una colección de cartas, sino un auténtico *testimonio de vida* que brota del corazón de una madre cristianamente heroica y humanamente sublime, puesta por Dios en el centro de una de esas familias fundadas en la realidad del evangelio. Prescindiendo del contenido de los escritos del hijo, tiene ya de suyo un valor literario y ascético, además del histórico. No se puede hacer una valoración de la "personalidad" de Rafael sin tener en cuenta lo que ha escrito al respecto su madre.

En 1952, el abad don Jesús Álvarez publicó en Burgos, en la colección "Almas Selectas", la primera biografía propiamente tal, con el título *El hermano Rafael*, quizá demasiado "hagiográfica" según los gustos del tiempo.

El actual abad de San Isidro, don Gonzalo María Fernández, publicó en 1984 su tesina, muy valiosa, con el título *El hermano Rafael, monje trapense. Biografía espiritual*.

En el mismo 1984, del 23 al 29 de abril, con ocasión del 50 aniversario del ingreso del Hno. Rafael en la trapa, se celebró en San Isidro una semana de conferencias y otros actos bajo el tema "Espiritualidad del Hno. Rafael". En ella participaron el cardenal-arzobispo de Toledo, primado de España, y arzobispos, obispos, profesores de uni-

versidad, teólogos, sacerdotes, religiosos y seculares de todas partes de España y del extranjero. El suceso tuvo una gran resonancia en la prensa, y las actas de la semana han sido publicadas en un hermoso volumen.

Precisamente cuando estaba para mandar a la imprenta los originales de este libro ha llegado a mis manos una novísima edición de los escritos de Rafael, en dos volúmenes: I, *Hermano Rafael. Obras completas*; II, *Hermano Rafael. Escritos por temas (concordancias)*, en coedición entre la Editorial Monte Carmelo, de Burgos, y la abadía de San Isidro de Dueñas (Palencia).

Esta meritísima obra, debida al diligente trabajo del padre Alberico Feliz Carbajal, monje de San Isidro, constituirá un valioso instrumento para el estudio y profundización de la espiritualidad del Hno. Rafael. La gran importancia que tiene nos ha llevado a poner en todas las citas bibliográficas la correspondiente referencia al volumen *Obras completas*, incluyendo entre paréntesis la sigla OC, seguida simplemente del número de los párrafos correspondientes, que en la obra tienen una numeración absoluta.

Los “opúsculos” y algunas publicaciones de colecciones de pensamientos de varios temas ascéticos han tenido una amplísima difusión. Las Edizioni Paoline de Milán publicaron en 1967, en la sección “Impegno e Testimonianza”, una buena traducción italiana del libro *Saber esperar*, con el título *Il piacere della speranza*.

En la presente edición necesariamente hemos tenido que limitarnos a una presentación antológica y representativa de los escritos de Rafael. Aprovechamos la ocasión para expresar nuestro vivo agradecimiento a quien, con una humilde dedicación y con un amor inteligente, con un trabajo largo y diligente, nada fácil, de lectura, selección y comprobación, y una aguda interpretación objetiva del riquísimo material, a veces redundante y repetitivo, ha elaborado una síntesis armoniosa y orgánica del pensamiento de Rafael, trazando con fuertes rasgos su compleja

fisonomía, identificando las coordenadas de la acción del Espíritu y poniendo de relieve el apresurado caminar ascensional de su respuesta en las progresivas etapas hacia el Absoluto. Trabajo que frecuentemente ha llevado consigo la dolorosa responsabilidad de tener que pasar por alto páginas y páginas maravillosas, que ciertamente con el tiempo han de ser estudiadas crítica y analíticamente, pero que se salían del objetivo de la presente biografía. Con el respeto al deseo de un anonimato evangélico de quien ha prestado esta insustituible colaboración, pedimos y esperamos del Señor el premio prometido a quien diere testimonio de la verdad.

El trabajo se ha hecho con la más severa metodología histórica, y cada uno de los muchísimos textos citados entre comillas corresponde con absoluta fidelidad al original de su respectiva fuente.

Aún viven dos hermanos de Rafael, Fernando y Leopoldo, y con frecuencia hemos recogido sus testimonios directos en nuestro trabajo.

Todavía vive el padre Teófilo Sandoval, el monje de San Isidro que recibió del Señor el encargo de forjar en lo íntimo el alma de Rafael y de penetrar en el misterio de su vocación, de su gozo y de su calvario. Hoy, con sus ochenta y seis años, todavía está lleno de vitalidad y de entusiasmo, así como de recuerdos. Entre los muchos cargos de responsabilidad que ha desempeñado meritoriamente en la Orden, aquel del que se siente más santamente orgulloso es el de haber sido confesor, padre espiritual y confidente del joven monje. Su nombre sale con frecuencia; pero, hoy como entonces, jamás rompe la sombra de una admirable discreción. Él es el que ha estado y está más al corriente de todo lo que pasó Rafael con su vocación y es el participante más directo de su vida de oración, de piedad y, sobre todo, de su cruz.

Es impresionante el ver cómo en el alma de nuestro joven, tan exuberante y tan sensible a los valores humanos y a la belleza artística y de la naturaleza, formado en un



adre "prevalcían los contactos humanos"



La madre, "una mujer excepcional, una personalidad brillante"

Vacaciones tranquilas en la playa asturiana





*“En orden
decreciente
y próximo:
Rafael,
Fernando,
Leopoldo
y Mercedes”*



*“La vida
familiar
era muy
cordial
y llena
de vida...”
(dibujo
de Rafael)*

*Adolescencia
en la
serenidad
doméstica*



*Estudiante
de
Bachillerato*





Incorporado
a la Compañía
de Regimiento
de Zapadores
Mineros

clima ciertamente inusual de una tibia armonía, y una época por lo demás sacudida por profundas convulsiones sociales, haya podido coexistir un gozo tan profundo de vivir con una atracción aún más profunda por las cosas del cielo y por el camino de la cruz que conduce al mismo.

En medio de los estallidos de fuego y de odio de una guerra fratricida, de la que siente todo el horror y sufrimiento, él sólo se deja dominar y arrastrar por el "absoluto" del amor, escoge el cubrir su escote hasta la consumación del holocausto, saboreando como Jesús en Gethsemaní toda la repugnancia de la naturaleza.

El Padre celestial, Cristo crucificado, Cristo eucaristía la Virgen madre ("la Señora"), son sus grandes amores. Está verdaderamente "enamorado", y como tal habla y escribe continuamente consigo mismo y con los otros.

Dios Padre —"sólo Dios, sólo Dios, sólo Dios"— es el objeto dominante de su amor y de todo su pensamiento

"¡Qué grande es Dios!"

"¡Misericordia infinita de Dios!"

"¡Dios está en todo, pero ese 'todo' no es Dios!"

"¡Amo a Dios porque sí, y nada más!"

¡Y así sucesivamente!... No se terminaría nunca de aducir citas. ¿No es esto amar a Dios sobre todas las cosas? Y si este amor de Dios llega a penetrar toda la vida, hasta la respuesta coherente de las obras, con una donación total y una apertura plena a los hermanos hasta las últimas consecuencias, ¿en qué otra cosa consiste la santidad?

Por los datos, testimonios y documentos que tenemos, se puede deducir que en tales espacios de *caridad* pura estuvo la respuesta de la vida y de la muerte del Hno. Rafael.

FR. M. PAOLINO BELTRAME QUATTROCCHI
Postulador general OCSO

1. Los escritos

Los escritos *originales* se conservan en gran parte en el archivo de la abadía de San Isidro de Dueñas. Otros, igual que muchos de sus cuadros, están en manos de la familia Arnáiz Barón.

En los archivos de la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos hay *ejemplares dactilográficos* íntegros, autenticados y legalizados por el Tribunal Eclesiástico de la diócesis de Palencia, así como en los archivos de la Curia Episcopal de Palencia y en la sede del Postulador General de la Orden de los Cistercienses SO. Pero los distintos ejemplares, que se ve claramente que han sido copiados por diversos copistas y con criterios gráficos distintos, no coinciden en la disposición y en la paginación, lo que impide el poder citarlos de un modo uniforme.

Para este trabajo hemos usado el ejemplar dactilografiado, encuadernado en dos tomos, de 327 páginas en total, que se conserva en Roma en el Archivo del Postulador General OCSO.

El *tomo I* (de 196 pp.) comprende *todas las Cartas*, subdivididas en cinco secciones:

- a) *Tarjetas*, pp. 1-2.
 - b) *Cartas de Rafael a sus padres y hermanos*, pp. 3-48.
 - c) *Cartas a sus tíos los duques de Maqueda*, pp. 49-153.
 - d) *Cartas a los monjes de San Isidro*, pp. 154-196.
- Miscelánea*, pp. I-V.

El tomo II (pp. 197-324) contiene *todos los otros escritos*, que se subdividen también en cinco secciones:

- I. *Impresiones de la Trapa*, pp. 197-199.
- II. *Apología del trapense*, pp. 200-212.
- III. *Meditaciones de un trapense*, pp. 213-238.
- IV. *A los pies del crucifijo*, 239-278.
- V. *Dios y mi alma* (Notas de conciencia), pp. 279-324.

Escritos sueltos, pp. I-III.

En 1944, don LEOPOLDO BARÓN, duque de Maqueda, tío de Rafael, publicó en la Librería Religiosa de Madrid una primera colección de veinticuatro “Cartas”, junto con algunos datos biográficos y sus reflexiones personales. El librito, titulado *Un secreto de la Trapa*, en poco tiempo alcanzó tres ediciones. Se le cita con la sigla ST.

Doña MERCEDES ARNÁIZ BARÓN TORRES, madre de Rafael, publicó en 1947, con el título *Escritos y datos biográficos de Fr. M.^a Rafael Arnáiz Barón*, la mayor parte de las cartas y de los escritos del hijo dentro de un escueto contexto biográfico. El volumen, enriquecido con nuevas cartas y documentos, ha sido publicado a partir de la cuarta edición con el nuevo título de *Vida y escritos de fray María Rafael Arnáiz Barón*. Sin embargo, no todos los textos aparecen en su integridad, y faltan incluso algunos escritos muy interesantes, como el opúsculo *Apología del trapense*, de septiembre-octubre de 1934, publicado luego aparte en 1978, y una parte de la correspondencia epistolar de noviembre de 1935 a enero de 1936 y de marzo a septiembre de 1937. No obstante, hoy por hoy es el único recurso bibliográfico fundamental al que tiene que referirse el que quiera profundizar en el estudio de la figura, escritos y espiritualidad de Rafael. Como fuente, se le cita en su undécima edición española con la sigla VE.

Respecto a los pocos textos para los que hemos tenido que dirigirnos directamente a los *originales* (con el debido respeto a la reserva justamente pedida por los familiares),

los citamos según el ejemplar legalizado que está en nuestras manos con la sigla APG. *Escritos I/II*.

Bajo los auspicios de la abadía de San Isidro se han publicado también algunas antologías de “pensamientos”, extractos de varios escritos de Rafael agrupados por temas. Han tenido una gran acogida entre los lectores de habla hispana.

2. Bibliografía

Archivo de San Isidro de Dueñas.

Archivo del Postulador General OCSO.

— *Escritos*: Tomo I, A/B/C/D/E.

Tomo II, I/II/III/IV/V.

— *Deposiciones juradas legalizadas extraprocesales*:

Dep. 1/Leop.: LEOPOLDO ARNÁIZ BARÓN.

Dep. 2/Fern.: FERNANDO ARNÁIZ BARÓN.

Dep. 3/Dol.: MARÍA DOLORES BARÓN

OSORIO.

Dep. 4/Teof.: TEÓFILO SANDOVAL.

DUQUE DE MAQUEDA (LEOPOLDO BARÓN), *Un secreto de la trapa (El hermano Rafael)*, Ed. Librería Religiosa, Madrid 1944 (3.^a ed., 1948).

Escritos y datos biográficos de fray María Rafael Arnáiz Barón, monje trapense (MERCEDES TORRES), Oviedo 1947.

Vida y escritos de fray María Rafael Arnáiz Barón, monje trapense (MERCEDES BARÓN), 4.^a ed., de *Escritos y datos biográficos...* (corregida y aumentada, después de la muerte de la autora, por los monjes de San Isidro), San Isidro de Dueñas, 1960 (11.^a ed., PS, Madrid 1983).

RAFAEL ARNÁIZ BARÓN, *Apología del trapense*, San Isidro de Dueñas, 1978; *Saber esperar*, pensamientos escogidos, 1.^a ed., PS, Madrid 1962 (5.^a ed., 1977); *Il piacere della speranza*, pensamientos escogidos, Ed.

- Paoline, Milán 1967; *La Virgen madre*, pensamientos escogidos, 3.^a ed., PS, Madrid 1981; *Mi vivir es Cristo*, pensamientos escogidos, PS, Madrid 1981; *Vía crucis de sus escritos*, 4.^a ed., PS, Madrid 1983; *Obras completas*, Monte Carmelo, Burgos 1988; *Escritos por temas*, Monte Carmelo, Burgos 1988.
- JESUS ÁLVAREZ, *Almas selectas. Rafael*, Burgos 1952.
- TEÓFILO SANDOVAL, *Siluetas de un héroe. El hermano Rafael*, PS, Madrid 1967.
- GONZALO MARÍA FERNÁNDEZ, *El hermano Rafael, monje trapense. Biografía espiritual*, San Isidro de Dueñas, 1984.
- AA.VV., *Espiritualidad del hermano Rafael*. Conferencias tenidas en la "Semana de Espiritualidad" de San Isidro de Dueñas, 23-29 de abril de 1984.
- DU BOURG, *Du Champ de Bataille à la Trappe. Le frère Gabriel*, Perrin et C., París 1905 (trad. esp.: DUQUE DE MAQUEDA, *Del campo de batalla a la Trapa*, Librería Religiosa, Madrid 1931).
- BERNARD MARTELET, *Frère Gabriel (Mossier) et la Vierge Immaculée. Le secret de la Trappe*, Résiac, Montsurs 1972.
- CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM (prot. 1120), Palentina Canonizationis servi Dei Raphaëlis Arnáiz Barón, Ordinis Cisterciensium Reformatorem Oblati, *Positio super virtutibus*, Tip. Guerra, Roma 1987.
- Summarium* (GIULIO DANTE), 1978, 1-265.
- Informatio* (PAOLINO BELTRAME QUATTROCCHI-GIULIO DANTE), 1986, 1-102.

3. Abreviaturas usadas en las citas

- APG = Archivo del Postulador General OCSO.
Apol. = *Apología del Trapense*.
 ASI = Archivo de la Abadía de San Isidro.
 BE = *Biografía espiritual*.
Inform. = *Positio super virtutibus: Informatio*.

OC = *Obras completas.*
ST = *Un secreto de la trapa.*
Summ. = *Positio super virtutibus: Summarium.*
VE = *Vida y escritos del hermano Rafael.*

1. “¿Por qué no me sigues?”

SUPÓNTE que tú estás en tu casa enfermo, lleno de cuidados y atenciones, casi tullido, inútil...; incapaz de valerte, en una palabra. Pero un día vieras pasar por debajo de tu ventana a Jesús...

Si vieras que a Jesús le seguía una turba de pecadores, de pobres, de enfermos, de leprosos.

Si vieras que Jesús te llamaba y te daba un puesto en su séquito, y te mirase con esos ojos divinos que desprendían amor, ternura, perdón, y te dijese:

“¿Por qué no me sigues?”

¿Tú qué harías? ¿Acaso le ibas a responder...: Señor, te seguiría si me dieras un enfermero..., si me dieras medios para seguirte con comodidad y sin peligro de mi salud... Te seguiría si estuviera sano y fuerte para poderme valer...?

No; seguro que si hubieras visto la dulzura de los ojos de Jesús, nada de eso le hubieras dicho, sino que te hubieras levantado de tu lecho sin pensar en tus cuidados, sin pensar en ti para nada.

Te hubieras unido, aunque hubieras sido el último...; fíjate bien, el último a la comitiva de Jesús, y le hubieras dicho:

“Voy, Señor, no me importan mis dolencias, ni la muerte, ni comer, ni dormir... Si tú me admites, voy. Si tú quieres, puedes sanarme... No me importa que el camino por donde me lleves sea difícil, sea abrupto y esté lleno de espinas. No me importa si quieres que muera

contigo en una cruz... Voy, Señor, porque tú eres el que me guía. Eres tú el que me promete una recompensa eterna. Eres tú el que perdona, el que salva... Eres tú el único que llena mi alma..."¹

Estas estremecedoras expresiones, dirigidas a un hermano que estaba en el frente, el hermano Tescelino, brotaron de la pluma de un joven trapense enfermo el 1 de noviembre de 1937, cuando aún no tenía veintisiete años, y que había vivido hasta pocos años antes con toda la comodidad y el calor afectivo de una familia maravillosa, dotado de talentos humanos superiores a lo común, en modo alguno alejado de las realidades del mundo y de su tiempo, brillante, atrayente, elegante, deportivo, amante de la naturaleza y del arte, así como de las buenas compañías y de la... buena mesa.

¿Arrebatos de un principiante...? ¿Fanatismo penitencial de un convertido...? ¿Actitud masoquista de un frustrado...? ¿Evasión intelectual de un insatisfecho...? ¿Melosidades de un alma pía...? ¿Misticismo amanerado...? ¿Protagonismo de un pesimista egocéntrico...?

Nada de esto, como vamos a ver. Al contrario, un camino gozoso a la vez que de mucho sufrimiento, lleno de experiencias y de deseos, de convicciones y de conflictos, siempre *in crescendo* y siempre para arriba, distinguido con una excepcional dosis de humanidad y una evidente predilección divina, dotado de una naturaleza privilegiadamente sensible y rica, abierta sin reservas a la gracia y a la palabra, a la cruz y al reino de los cielos.

Se llamaba Rafael Arnáiz Barón.

Había nacido en Burgos el 9 de abril de 1911. Y murió en San Isidro de Dueñas el 26 de abril de 1938.

¹ VE, p. 402 (OC 966).

EL HOMBRE, al menos hasta este momento, no nace en la luna.

Todo hombre nace y crece aquí, en la tierra, en una determinada situación de tiempo, de lugar y de ambiente que concurre inevitablemente, aunque sólo sea por reacción, a la formación de su personalidad, marcándola más o menos profundamente con algunas características fundamentales.

La familia, las amistades, el país, la raza, el momento histórico, la cultura, las costumbres, la religión, son otros tantos factores que convergen, según los casos y en distinta medida, a dejar su señal en la persona que se desarrolla en la vida, sin quitar, naturalmente, nada a la propia responsabilidad y a los valores del “yo” consciente. Y sin eludir tampoco la misteriosa acción de la gracia divina en su irreplicable proyecto de amor.

Para poder comprender bien a un individuo es indispensable situarlo dentro de los elementos, no sólo genéticos, sino también ambientales, que han concurrido a trazar las líneas de su personalidad.

En primer lugar, la familia: las raíces.

En cuanto toca a Rafael, nos encontramos en una posición privilegiada. Efectivamente, por fortuna, en este momento en que escribimos viven aún en España, aparte de su antiguo padre espiritual, el padre Teófilo Sandoval, sus dos hermanos...: Fernando, el segundo de la familia, y Leopoldo, el tercero.

Fernando se hizo cartujo poco después de la muerte de Rafael.

Leopoldo, en cambio, sintió una verdadera vocación al matrimonio y, fiel también a su llamada, ha traído al mundo doce hijos... Afectado desde hace años de una enfermedad incurable, vive actualmente en Madrid, asistido con incomparable amor por la esposa que le dio el Señor.

De este modo hemos podido recabar de ambos noticias y detalles interesantes de primera mano, en parte inéditos. Detalles que, en nuestro caso, nos suministran pinceladas preciosas para comprender el cuadro de aquella intimidad familiar en la que Rafael vivió la mayor parte de su existencia y en la que echaron raíces, casi inadvertidamente, las bases de su maduración humana y cristiana.

El padre

Rafael Arnáiz y Sánchez de la Campa había nacido en Burgos en 1883. Procedía de una familia que hoy podríamos clasificar de la “alta burguesía”, es decir, en los límites entre la aristocracia noble y la adinerada.

Educado en una atmósfera muy refinada a causa de la posición económica, social y cultural de la familia, en su juventud vivió en plena *belle époque*. Personalidad en la que se dan la mano proporcionalmente la calidad y los defectos de aquella época.

Hombre abierto y de gran cultura, después de haber estudiado derecho en Valladolid abandonó esta carrera y se dedicó a la ingeniería forestal, atraído por la naturaleza, las montañas, los bosques. Sin embargo, le quedó el trasfondo humanístico adquirido en los estudios de Valladolid, siguiendo interesándose mucho por la literatura. Llegó a formar una biblioteca de casi 6.000 volúmenes.

Aunque no era chistoso ni chispeante, como podrían serlo otros miembros de la familia, sin embargo era muy

simpático, agradable y prudente. Se le sentía indispensable cuando se trataba de organizar cualquier reunión, especialmente de carácter literario o bien teatral o lírico. En cambio, los grandes filósofos lo dejaban totalmente indiferente. Leopoldo recuerda que no leyó nunca a Marx, y que incluso no le importaba nada.

Su estilo de vida era muy refinado, tanto en el vestir como en la comida. Tenía un temperamento irascible, “pero luego —anota cándidamente uno de los hijos— todo se le pasaba”.

No se aferraba a las cosas ni era obstinado en sus ideas. Terminaba siempre por ser flexible, quizá después de un rato, aunque de momento hiciese un gran alboroto. Por eso nadie se molestaba con él; nadie se afectaba ni se disgustaba por sus arrebatos.

Tenía una gran capacidad de atraer a los jóvenes, que estaban encantados con él, tanto chicos como chicas. Era el presidente de un grupo musical llamado “Coral Vetus-ta”, aunque la música no le interesase para nada; pero le gustaba el contacto con la gente del pueblo que cantaba en el orfeón dirigida por sus profesores. El señor Arnáiz era una persona inteligente y simpática. Tanto, que no se molestaban porque no asistiera nunca a sus actuaciones. Y es que él no se había hecho nunca una opinión sobre el grupo coral ni le importaba nada si cantaban bien o mal.

Era sumamente sociable y daba muchísima importancia a los contactos con sus guardias forestales, igual que con cualquiera que se le acercase, de la clase que fuera. Jamás se hubiese apartado de nadie por razón de sus condiciones sociales. Tales diferencias no existían para él.

Pero por encima de la “Coral Vetus-ta”, de los guardias forestales, de la gente, estaban los contactos humanos con su familia, que era su ambiente preferido.

Para su mujer, guapa e ingeniosa, tenía una verdadera adoración, y la mujer también le adoraba a él, porque a su vez era un hombre muy atrayente y, en definitiva, tenía un buen carácter.

En cuanto a los hijos, una de las cosas que más impresionaba en él es la amplitud de miras que tenía respecto a educación. Si bien éstos, con un tono totalmente bromista y familiar, lo llamaban “patrón”, él no sólo era muy amable y disponible, sino que les daba una gran libertad.

De la vida de sus hijos, lo que más le interesaba era el aspecto humano. Se daba cuenta de que no se puede forzar a los jóvenes. Hay que saber esperar a que cada uno aprenda a decidir por sí mismo lo que se ha de hacer.

Jamás se metía en la vida de los hijos, excepto cuando llegaba el traje recién hecho por el sastre. Enseguida decía “A ver, pónitelo”. Entonces se creaba un gran alboroto que está mal hecho, que la tela es mala, que el color no cae... Al fin terminaba por aceptar la situación. Leopoldo jamás se olvidará de “el griterío que armaron mi padre Rafael por un maldito traje de color ladrillo que se me ocurrió que me hiciesen y que fue recibido con silbidos. Pero a pesar de todo, yo seguí usando mi traje color ladrillo, sin dar demasiada importancia a la cosa”¹.

La vida familiar, por tanto, era muy cordial y viva. Se discutía mucho en la mesa, pero era una discusión correcta. “Es verdad que todos discutían, pero de un modo muy discreto”. Por la tarde las cosas iban de otro modo, ya que el “patrón” tenía la costumbre de ir pronto a la cama para leer a su gusto. Por lo demás, la cena era siempre algo muy... importante. “Se cenaba con muchísima compostura y con mucho cuidado: ¡Dios mío!, sobre todo con mucho cuidado. Hacíamos todo lo posible para que las cosas estuviesen en su punto; de lo contrario... venía una catástrofe”.

A pesar de sus tozudeces, este hombre es juzgado por Leopoldo como “muy dúctil, muy fácil de tratar, dotado de un gran sentido del humor y de una especial ironía; pero, sobre todo, muy comprensivo”.

Hay que añadir que tenía mucha confianza en todos,

¹ APG, Dep. I/Leon

pero de una manera especial en sus hijos, a los cuales apenas llegaron a la mayoría de edad les dio enseguida un poder ilimitado para administrar en su nombre todos sus bienes. El mismo notario quedó de una pieza ante tal modo de proceder, pero uno de los hijos observa: “Esta confianza nos obligaba a actuar respecto de él de un modo particularmente correcto”. De este modo educaba a los hijos con la confianza y la libertad en la responsabilidad, adelantándose considerablemente a los tiempos.

Era religioso, un fiel practicante; pero la parte religiosa de la educación de los hijos la había dejado a la mujer. De todos modos, hemos de reconocer que su fe debía tener fundamentos muy sólidos, ya que, como veremos, ante el anuncio imprevisible de la vocación trapense de su queridísimo hijo mayor, después de un breve instante de silencio, con los labios temblorosos, pronunció estas palabras: “Bendito sea Dios por el favor tan grande que nos hace”².

Sin duda que él dejó una marca profunda en la personalidad de nuestro joven Rafael, y hemos de encontrar muchos aspectos del carácter paterno en él.

La madre

En la formación humana y religiosa de Rafael corresponde a la madre una parte aún más importante.

Doña María de las Mercedes Barón Torres nació en Manila en 1884, cuando su padre era comandante de la marina de guerra en las Filipinas. A los veinte años se casó en Madrid con don Rafael Arnáiz. Pronto llegaron los hijos, con intervalos regulares y cercanos. Nuestro joven Rafael en 1911, Fernando en 1913, Leopoldo en 1915 y Mercedes en 1917.

Por los hijos y por sus amigos sabemos que era una

² VE, p. 72.

mujer excepcional, tanto por las dotes físicas como por las intelectuales.

Fernando la describe así: “Alta, muy guapa, un tipo muy bien formado, una figura espléndida. Llamaba la atención, impresionaba cuando se la veía entrar en algún salón muy bien vestida, con muchas joyas de gran valor. La gente se paraba a mirarla, y ella se daba cuenta, pero no daba importancia a la cosa”³.

Leopoldo añade que tenía una inteligencia muy clara y aguda. Una mente viva que le daba una gran facilidad para expresarse, acompañada del giro estético en la dicción. Hablaba y escribía muy bien y estaba impuesta en muchos campos. Gran música, estaba también dotada de una particular habilidad en el campo literario. Siendo tan rica de talento, se imponía a las personas con las que convivía desde que era niña.

“No me extraña —prosigue Leopoldo— que una mujer así tuviese dominado al marido (...). Fue un matrimonio muy bien avenido, aunque cada uno tuviese sus propias opiniones, que a veces eran divergentes (...). Su capacidad de imponerse y organizar la vida de los demás era enorme”.

“Tenía un aspecto negativo, y es que era una mujer que quería dominar. Pero —añade— no era en modo alguno orgullosa ni tenía la costumbre de hablar de sí”.

Totalmente entregada al marido y a los hijos, a quienes amaba tierna e intensamente, era y se sentía el centro de la familia.

Incluso en el modo de tratar a la servidumbre revelaba su gran inteligencia y sensibilidad. Los criados la adoraban porque tenía una gran capacidad de atraerse a la gente.

Conseguía conciliar los compromisos familiares con su pasión por la música, la literatura y el teatro. También eran frecuentes las reuniones y las veladas sociales. En

³ APG, *Dep. 2/Fern.*

estas reuniones, a causa de sus dotes y de su extraordinaria viveza, su personalidad sobresalía, sin que, por lo demás, cayese en el protagonismo.

Cuando sus compromisos maternos se hicieron menos exigentes, estudió para conseguir el diploma de enfermera voluntaria de la Cruz Roja, y durante la guerra civil iba todas las mañanas al Hospital Militar a prestar sus servicios en cirugía, rama en la que estaba especializada.

Durante su juventud y los primeros años de matrimonio vivió siempre una intensa vida espiritual; su fe fue creciendo hasta agigantarse, de modo que llegara a ser el estímulo para los hijos durante las inevitables pruebas que lleva consigo la vida religiosa.

La atmósfera religiosa que se respiraba en la casa Arnáiz estaba, sin duda, inspirada por la madre. La formación espiritual de los hijos fue su principal misión, con razón delegada en ella por el marido y cumplida con plena conciencia. Educación —en el sentido amplio de la palabra— ciertamente no muy mala, dado que, de sus cuatro hijos, tres se consagraron a Dios, y de ellos el mayor murió en olor de santidad. Fernando, el futuro cartujo, afirma sin vacilar: “A ella le debemos los hijos nuestra vocación”.

Compleja figura de mujer, que no puede menos de recordarnos la “mujer fuerte” del libro de los Proverbios.

Hay que subrayar que todo el ambiente, casi suntuoso, de una familia social y económicamente de un rango muy elevado, y la importancia dada a una vida decididamente social, pero no frívola, a la que concurrían las dotes que doña Mercedes, por lo demás, había recibido de Dios mismo, no impedían en modo alguno que el camino hacia la perfección se desarrollase poco a poco, pero sin interrupción. Se puede decir con san Pablo: “Para los que aman al Señor todo coopera al bien”, incluyendo las no pocas y leves cruces con las que la divina Providencia sazonó sus muchas satisfacciones humanas, por lo demás legítimas.

Escribe Fernando: “Vio a su hijo mayor, Rafael, todavía niño, caer gravemente enfermo de pleuresía (...), irse de casa para hacer sus estudios en Madrid, entrar en la Trapa, volver enfermo, casi moribundo, separarse de ella otras tres veces para retornar a la Trapa, y al fin no consiguió verlo morir ni pudo jamás acercarse a su tumba (...). Vio a su hija Mercedes, casi siempre enferma desde la infancia, irse después a las Madres Ursulinas, salir de allí enferma de tuberculosis y morir a los veintiocho años (...). Su marido murió en sus brazos a los sesenta y dos años (...). En cuanto a mí —concluye Fernando—, me vio salir de casa a los diecisiete años para ir a estudiar, luego para ir al frente en primera línea y, finalmente, entrar en la Cartuja (...); pero todo esto lo aceptó con gran fe, así como aceptó con generosa serenidad todo lo que Dios le mandaba. Realmente, fue una mujer que aceptó siempre la voluntad de Dios”.

El padre, la madre, ¡he ahí las raíces!

No hay duda que la intensa y múltiple actividad cultural y humanista, aparte de religiosa, influirá notablemente en el carácter y la formación juvenil de Rafael y constituirá uno de sus componentes peculiares en el plano humano: sensible, señorial, ingenioso, entusiasta, deportivo, enamorado de la naturaleza, alegre, humorista, atraído por la poesía, el dibujo, la pintura, la música y, a la vez, el recogimiento, la piedad y la contemplación.

Pero por encima de lo que pudo haber heredado de las cualidades del padre y de la madre, nos parece interesante hacer resaltar que los padres se complementaban en sus proyectos educativos. Por la ejemplaridad de sus vidas, en la que los valores más nobles eran vividos en la práctica más que predicados, y la complementariedad de los temperamentos del padre y de la madre, los principios formativos estaban perfectamente equilibrados y armonizados. De aquí procedía un método pedagógico típico.

La confianza mutua entre padres e hijos estimulaba un



*Jamás fue arrestado,
pesar de..."*



*Fue elegido para formar parte de la sección
de esquiadores de la Sierra de Guadarrama*

*No tenía
una constitución atlética,
pero era alto
y bien formado*



Le gustaba pasarse las tardes enteras ante el caballete, dibujando y pensando



"Me he matriculado en seis asignaturas..."



En Pedrosillo con su tía María, duquesa de Maqueda

diálogo cordial verdaderamente constructivo. La máxima discreción y el máximo respeto de la persona y de su libertad suscitaban en los jóvenes un consciente y escrupuloso sentido de responsabilidad.

La libertad dada por el padre era bien dirigida por los principios religiosos inculcados por la madre. Es fácil suponer que, en el caso de que hubiese prevalecido uno u otro de los componentes, tendríamos chicos o excesivamente “libres” o bien inseguros y misántropos.

Aunque nos llame la atención, poniéndonos en las costumbres de la época, el saber que los hijos, apenas llegados a la adolescencia, no pedían permiso o nunca se les llamaba la atención, y que la pequeña Mercedes a los catorce años fumaba ya “como un carretero” (como, por lo demás, antes había hecho Rafael), el resultado —evidentemente ayudado y ennoblecido por la gracia divina, común a todos— está ahí para testimoniar la excelencia del método y la extraordinaria riqueza vital de sus mayores.

3. *Años floridos*

NO TENEMOS muchos detalles de la primera infancia y de la adolescencia de Rafael.

De todos modos, sabemos que poco después de los dos años recibió el sacramento de la confirmación, según una costumbre corriente en aquel tiempo en España.

A los ocho años y medio hizo la primera comunión en el oratorio del monasterio de la Visitación. De la preparación remota y próxima había cuidado la mamá con aquel esmero piadoso y tierno que fácilmente podemos suponer. “Esto significa —afirma el padre Teófilo— que cuando el niño Rafael, por el que tenía predilección, recibió la primera comunión, estaba perfectamente preparado para conocer y amar a aquel que iba a recibir”¹.

Después de haber hecho los primeros estudios en su casa, en octubre de 1920 entró como semipensionista en el colegio La Merced, de los jesuitas; pero a los dos meses escasos se le declaró una extraña y grave enfermedad, que se prolongó por largo tiempo, comenzando así a forjar en el sufrimiento y en la piedad el alma de Rafael.

El diagnóstico fue de fiebres colibacilares, y el riguroso tratamiento dietético que se le impuso lo debilitó hasta el punto de impedirle durante todo el invierno no sólo el asistir a clase, sino también el participar en la misa dominical de la Congregación Mariana. Rafael pidió con sencillez al rector del colegio, que frecuentemente iba a visi-

¹ *Inform. Aleg.* 15, p. 25.

tarlo, que al menos le trajese la comunión a casa. El padre condescendió con mucho gusto y todos los domingos le llevaba la eucaristía.

La situación no mejoraba, y en abril el enfermito fue llevado a Madrid, a casa de su abuela materna, donde desde el primer momento se atrajo la simpatía y el cariño de todos. Estaba en tal estado de postración, que había que llevarlo en una silla para subir y bajar las escaleras de casa, lo que le proporcionaba nuevos motivos de sufrimiento a causa de su sensibilidad.

A primeros de mayo, vuelto a Burgos, se le diagnosticó una pleuresía, probablemente latente desde hacía tiempo, pero que, curada eficazmente, se solucionó sin más complicaciones.

Al fin del verano estaba completamente rehabilitado, y su padre lo llevó a Zaragoza para ofrecerlo a la Virgen del Pilar en acción de gracias por la curación obtenida².

No hay que tomar como una simple formalidad el ofrecimiento del hijo por parte de este hombre, cuya sinceridad a toda prueba conocemos. No nos es dado descubrir la importancia que el mismo haya tenido en los planes de la economía divina y sus consecuencias en el futuro. Lo que sabemos con certeza es que “la Señora” —como la llamará siempre Rafael— ocupó en su vida un puesto privilegiado, y ella tuvo con él una protección maternal cuya eficacia comprobaremos muchas veces.

Con el nuevo año escolar volvió a clase en el colegio de los padres jesuitas, y a la vez empezó a tomar lecciones privadas de dibujo, dedicándoles todo el tiempo libre.

Reveladora y significativa es la cartita que Rafael, a eso de los once años, mandó... a los reyes magos el 2 de enero de 1922. Está escrita en francés con plena convicción, con el debido respeto y... con algunos disparates que reproducimos según el original con toda fidelidad:

² VE, pp. 16-17.

“Burgos, le 2 Janvier 1922.

Chers Rois,

Au gran plaisir de vous revoir pour vous remercier des jolis cadeaux, que vous remercier des apporter l'an dernier. Cette année j'ai pensé à un Vest-Pocker avec tous les accessoires; une petite machine à écrire pour apprendre la dactylo et quelques livres d'histoires d'ont les titres sont:

Le livre des Rois et livre du jour de l'an.

Milles remerciements de toutes vos bontes.

Je vous embrasse bien fort à tout trois votre devoué.

RAPHAEL ARNÁIZ

Isla 31/3 Burgos”³.

Algunos meses después el “patrón” fue trasladado a Oviedo, y naturalmente la familia le siguió. Los tres hermanos entraron entonces como externos en el colegio de los jesuitas de la ciudad, y aquí Rafael proseguirá los estudios, que terminará con el bachillerato en el verano de 1929⁴.

Un compañero suyo de este tiempo afirma que “Rafael era un compañero estupendo, que jamás acusaba a nadie, tenía una conversación agradable, le gustaban mucho las bromas, y tanto él como sus compañeros estaban siempre esperando que les alegrase con sus ocurrencias (...). Siempre estaba dispuesto a ayudar a todos... Jamás le he oído hablar mal de un compañero”⁵.

Leopoldo nos dice que la educación religiosa por parte de la madre, iniciada para cada uno entre los seis y los siete años, prosiguió a lo largo de todo su desarrollo humano. En los días en que no tenían clase, los tres hermanos iban a misa y se acercaban a comulgar junto con la

³ APG. Fotocopia del original conservado en San Isidro (OC 3).

⁴ VE, p. 21.

⁵ *Summ.*, § 363.

mamá: “La acción de gracias la hacíamos con ella uno después de otro, de rodillas, y al que le tocaba permanecía de pie a su lado para recitar las oraciones que nos había enseñado de pequeños”⁶.

La infancia, por tanto, y la primera adolescencia fueron, como la de todos los niños de su edad, llenas de alegría por la serena y gozosa convivencia familiar e iluminadas por el común patrimonio de una fe hecha vida.

⁶ APG., *Dep. 1/Leop.*

4. *Pedrosillo*

A SEIS kilómetros al norte de Ávila, en la carretera que va a Salamanca, a la izquierda, sobre las piedras de un rústico y pequeño muro, está escrito en negro y con grandes caracteres: "Pedrosillo".

Al lado hay una verja que da acceso a un camino que baja, y que se pierde a la derecha entre el follaje de una encina. No se ve más que el camino, pero más allá, lejos de los ruidos y de las miradas indiscretas, aparece de improviso un gran edificio cuadrangular, la típica villa rural de los amos, rodeada de árboles y flores, con la casa de la servidumbre cerca y todos sus anejos.

En los tiempos de Rafael ésta era la residencia de los tíos maternos, los duques de Maqueda, que tendrán una gran influencia en su juventud y en su futuro.

Terminados los estudios medios, Rafael había pedido como premio el ir a pasar las vacaciones junto a los tíos de Pedrosillo, y allí pasó todo el mes de julio de 1929, junto con su hermanita Mercedes¹.

¿Quiénes eran estos tíos? Él, don Leopoldo Barón, llamado familiarmente Polín, hermano de la madre de Rafael. Ella, doña María Osorio de Moscoso y Reinoso, duquesa de Maqueda. Casados en 1917, tuvieron cinco hijos.

Si la familia de Rafael sobresalía por una religiosidad profundamente sentida, la de los duques de Maqueda tenía un estilo de vida aún más espiritual.

¹ VE, p. 21.

“Para ellos, la vida cotidiana consistía en la unión con Dios en todo”², afirma su hija mayor, doña Dolores, que actualmente vive en Barcelona. De jóvenes habían llevado una vida un tanto mundana, pero después de unos años, hacia 1925, habiendo escuchado en Madrid las pláticas de un célebre padre jesuita, habían cambiado de modo de vivir y de pensar, realizándose en ellos una verdadera “conversión”. Su espiritualidad pronto alcanzó un nivel muy elevado. En los últimos años don Leopoldo habría querido hacerse trapense, y con tal fin ya había arreglado con un notario todos los problemas de carácter financiero. Pero el padre abad le había puesto como condición imprescindible la colocación de todos los cinco hijos. La muerte le sorprendió antes, en 1952, en la calle, a la salida de una iglesia en Madrid, donde acababa de comulgar junto con su esposa³.

Doña María, a los dos años de la muerte de su marido, se hizo carmelita en el monasterio de la Encarnación de Ávila, tomando el nombre de sor María Clemencia de la Transverberación, y allí murió piadosamente en 1980.

Hemos anticipado estas noticias para definir mejor el ambiente que el joven estudiante escogió como... premio para pasar las vacaciones. Elección verdaderamente significativa por lo excepcional, en la que no podemos menos de ver un designio de la Providencia.

Si bien la prima Dolores, que entonces sólo tenía doce años, afirma que “no nos conocía”, se puede suponer, sin violentar las cosas ni hacer suposiciones gratuitas, que por lo menos existía un conocimiento indirecto y que el estilo espiritual de los tíos no era completamente desconocido a Rafael. Seguramente que éste se encontró completamente a gusto, no sólo con los tíos, con los que mantendrá larguísimas conversaciones y, luego, una abundante correspondencia, sino también con los primos,

² APG, *Dep. 3/Dol.*

³ *Ib.*

mucho más pequeños que él, a los que divertirá con sus juegos. “Para mí, la característica de Rafael —dice Dolores— era su alegría; era la alegría en persona. Si estaba con nosotros, los pequeños, siempre nos hacía reír, pues era la persona más alegre de este mundo. Bailando era estupendo; yo no he visto nunca bailar a nadie como a Rafael. En realidad lo bordaba, y a nosotros nos entusiasmaba y lo pasábamos muy bien con él”.

Después de la primera estancia en Pedrosillo siguió otra de unos cuatro meses en el verano siguiente, hasta el punto de que todos estaban esperando y deseando que llegase el verano para tener a Rafael entre ellos. Cuando más tarde, como veremos, Rafael se trasladará por razón de los estudios a Madrid, en cuanto tenía veinticuatro horas libres se iba con los tíos, que le acogían como a un hijo mayor, y los primos como al hermano de más edad, lleno de cualidades extraordinarias y de inagotables recursos para divertirles.

La perfecta comunión de ideas que Rafael demostró tener desde el primer momento con los tíos, que nos servirá más adelante para delinear su evolución interior, ya desde ahora nos evidencia la importante función que el tío Polín tendrá luego en las decisiones del sobrino, a pesar de que en un cierto momento don Leopoldo llegó a pensar en un nuevo y más estrecho vínculo de parentesco con Rafael. Es la misma Dolores la que lo cuenta: “Un día papá, que tanto le quería y no sabía qué hacer con él, cogiéndole por detrás y abrazándole le dice: ‘Mira, Rafael, lo que tú tienes que hacer es casarte con mi hija Dolores; os damos el marquesado del Águila y así te quedas en casa con nosotros’. (...) Él reaccionó pasándome un brazo por encima del hombro y, mirándome sin decir nada, se sonrió con su característica sonrisa llena de dulzura; y la cosa no pasó de ahí”⁴.

5. *Vida universitaria*

EN JUNIO de 1929 Rafael había terminado sus estudios medios en los padres jesuitas de Oviedo. La opción profesional ya estaba hecha: arquitectura, que era la que más correspondía con sus cualidades y aspiraciones artísticas.

En consecuencia, el siguiente año escolar estuvo dedicado a una seria preparación para tal fin, y en abril de 1930, conseguido en la universidad de Oviedo el diploma de “bachiller en ciencias”¹, superó con “sorprendente facilidad”² el difícil examen de admisión en la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid, entrando así en el mundo universitario.

Después de unas excepcionales vacaciones de verano de unos cuatro meses en Pedrosillo, de junio a septiembre de 1930, en los dos primeros años académicos que seguirán irá y vendrá de Oviedo a Madrid; pero su centro de interés seguirá siendo Oviedo. Es aquí donde se abrió a nuevos horizontes en su compromiso cristiano y en su presencia eclesial.

Así, desde febrero de 1930 lo vemos inscrito como “socio activo de la Adoración Nocturna” de Oviedo y, dos meses después, también en las Conferencias Masculinas de San Vicente de Paúl³.

¹ *Summ. Docum.* 4, p. 248 bis.

² *Summ.*, § 325.

³ *Inform. Aleg.* 7, p. 12.

En septiembre de 1931 hizo sus primeros exámenes, y de los demás exámenes dejará constancia en mayo de 1932 en “su agenda”⁴.

Al principio del nuevo año escolar, para poder dedicarse mejor a los estudios, traslada la residencia de Oviedo a Madrid el 17 de septiembre de 1932⁵.

Después de haber hecho los oportunos sondeos en varias pensiones —de los que da cuenta a los padres en una carta del 20 de septiembre⁶—, terminará por elegir la pensión Callao, en la Gran Vía, en la que tendrá por compañero a su amigo Juan Vallaure⁷.

Al mismo tiempo traslada a Madrid sus compromisos eclesiales, como demuestra, entre otras cosas, una “carta recomendatoria de traslado” que le dieron en la Adoración Nocturna de Oviedo⁸. También en Madrid, el 21 de octubre entró en la Congregación-Patronato de Nuestra Señora del Buen Consejo y de San Luis Gonzaga⁹, y el 10 de noviembre participó en la apertura de un curso de apologética organizado por la Congregación Mariana¹⁰.

Esto no quitó nada a su característico buen humor. Es más, en el nuevo ambiente juvenil en que transcurren sus jornadas de estudio encuentra oportunidad para dar rienda suelta a su gran vivacidad, a veces estrepitosamente.

En una carta fechada en Madrid el 4 de noviembre de 1932¹¹, Rafael escribe a Fernando que ha comprado un pajarito, que ha puesto en la ventana y al que frecuentemente hace monerías; que la señorita licenciada le ha regalado tres claveles; y que además hay un gramófono con discos de tangos. El pájaro, las flores, el gramófono,

⁴ ASI.

⁵ BE, p. 23: cf *Summ. Docum.* 5, p. 249.

⁶ APG, *Escritos I/B*, n. 2 (20-9-32), p. 3 (OC 54).

⁷ VE, p. 26

⁸ *Summ. Docum.* 5, p. 249.

⁹ *Inform. Aleg.* 8, p. 14.

¹⁰ *Inform. Aleg.* 9, p. 15.

¹¹ APG, *Escritos I/B*, n. 4 (4-11-32), p. 5 (OC 57-64).

“¡todo completamente cursi!”, comenta. Hace el elogio de esta joven, que, entre otras cosas, ha preparado para él y para Juan buñuelos de viento, y añade bromeando: “¡Todo esto a cambio de un poco de conversación, ya que habla por catorce!”

“Después de rezar el rosario hemos salido al pasillo y hemos bailado una jota, después hemos representado el Tenorio, y cuando yo estaba con una colcha encarnada y un pincel en el sombrero, recitándole a doña Inés: ‘¿No es verdad, ángel de amor...?, etc., oímos unos aplausos por el patio, y era la dueña de la pensión con todas las criadas...; yo no sabía qué hacer con la colcha; pues hemos tenido que seguir... En fin, que lo que menos te creías que estaba haciendo tu hermano... era el Tenorio”.

Prosigue, siempre en el mismo plan de broma, comentando cómo Juan obtiene de la cocinera todo lo que quiere adulándola, y continúa:

“Nos han puesto alfombra nueva en el pasillo, y es mi desesperación, porque yo, en cuanto veo una tira larga de tela con franjas a los lados y extendida en el suelo..., me entran unas ganas atroces de dar saltos mortales y empezar en un extremo y acabar en el otro; y como tengo la desgracia de no saber darlos, nada más abrir la puerta y ver la alfombra, tan nueva, gris, con tiras rojas, me meto corriendo en la habitación, y cuando salgo no puedo mirar al suelo, porque si miro me entra en el cuerpo una cosa como si fuese vértigo... y unos deseos locos de poner las manos sobre el mullido suelo, hacer una flexión, lanzar los pies a la altura, describir con ellos media circunferencia, para volverlos a posar en el suelo, delante de mi nuca..., y así, girando a gran velocidad, acabar en un doble salto mortal delante de la cerradura de la puerta... ¡Oh!, es horrible lo que me ocurre, tener que pasar corriendo sin pisar la alfombra y con los ojos mirando al techo..., porque si miro, ya te digo, o se me va la vista o me tiro de cabeza... La dichosa alfombra me está poniendo malo; preferiría tener un precipicio y pasar por una

tabla que tener que atravesar a paso lento la larga tira gris y roja extendida en el suelo de mi pasillo (...).

El pájaro se ha hecho una bola de plumas y no enseña más que la cola... No sé dónde tiene la cabeza. A mí, particularmente, me parece que está durmiendo profundamente; pero ahora vendrá Juan y me lo despertará...”

Fernando, que antes de ir a estudiar ingeniería en Bélgica había vivido durante algún tiempo en Madrid con Rafael, cuenta que éste “se hacía con todos los que hablaban con él; los amigos de la escuela, generalmente mayores que él, le reconocieron siempre como un gran dibujante y un magnífico conversador. Solían venir a la pensión exclusivamente para estar con Rafael. Lograban que saliese con ellos; pero lo que nunca consiguieron fue llevarle a algún espectáculo. Todo lo más que hacía era tomar alguna caña de cerveza con ellos (...). Todos amaban a Rafael, tanto los amigos como los profesores”¹².

Leopoldo confirma sus cualidades de gran amigo:

“Sus amigos, los que tocaban con él el violín, la mandolina, la guitarra, etc., y con los que solía jugar a las cartas, (...), me contaron que se divertían mucho con él cuando le pedían imitase a un alemán y Rafael adoptaba posturas alemanas, hablaba con acento alemán y actuaba en todo como un alemán, y esto no por un rato, sino que lo hacía durante toda una tarde. Y al día siguiente el alemán se transformaba en un francés, y al otro en un inglés, y todo esto durante tardes enteras. Mantenía sus ironías constantemente”.

“Era un hombre de un buen humor contagioso, un humor realmente enorme, tenía un sentido de la ironía muy agudo. En primer lugar, se reía de sí mismo y de su sombra; se reía de todo lo que uno se puede reír... Este sentido de la ironía, llevado al extremo, extremos inconcebibles, mucho más de lo normal, era la ironía continua, era la guasa constante, era un hombre graciosísimo. Había

¹² APG, *Dep. 2/Fern.*

heredado de su madre toda la gracia andaluza de los que salen graciosos, y era muy *salao*”¹³.

Leopoldo recuerda también que cuando Rafael hablaba de las “risas de Dios y de hasta qué punto Dios se ríe de nosotros cuando nos ve realmente hacer el tonto, como lo hacemos continuamente todos”.

Pero “Rafael no admitió nunca nada de burdo ni de grosero; no podía tolerar la grosería en nada”.

“Una noche —cuenta de nuevo Fernando— me empeñé en que me acompañase a una función teatral de Muñoz Seca. Fue la única vez que le vi ir a un espectáculo digamos profano. Me costó bastante convencerle; yo creo que me acompañó más por caridad hacia mí, por lo que le había insistido, que por deseo propio de asistir a esta función. Yo, desde luego, gocé viendo a mi hermano Rafael cómo se reía durante la función; mas al salir me dice, medio en serio, medio en broma: ‘Mira, a mí no me vuelvas a arrastrar a estos sitios’. ‘Pues bien te has reído’, le dije. ‘Sí, efectivamente, me he reído; pero es una pérdida de tiempo’”¹⁴.

Le gustaba mucho el pasar tardes enteras delante del caballete de pintura, dibujando o pensando.

El arquitecto don Eugenio Arraiza, condiscípulo y amigo suyo, afirma: “No recuerdo haber estado en el cine con él más de una vez, en un cine en el que se proyectaba un documental sobre una trapa francesa. Iba con frecuencia solo, todos los domingos, a un teatro en el que se daban conciertos... Tenía pocas amistades; se juntaba más bien con los guitarristas asturianos, conocidos suyos”¹⁵.

A la vez que no palidecen los rasgos propios de su temperamento, como su alegría, vivacidad, simpatía, elegancia, la buena mesa, se nota un *crescendo* en la vitalidad espiritual.

¹³ APG, *Dep. 1/Leop.*

¹⁴ APG, *Dep. 2/Fern.*

¹⁵ *Summ.*, § 174; cf § 318.

Su fervorosa vida interior, nutrida no sólo de oración, sino también de penitencia, le protege de las inevitables tentaciones en las que —aunque sin culpa— cualquier joven puede verse envuelto.

Un episodio revelador nos es relatado por el ya citado compañero de estudios e íntimo amigo Juan Vallaure, que vivía con Rafael en la pensión Callao, pensión que tenía fama de ser seria y muy concurrida¹⁶. Se hospedaba en la misma pensión desde hacía unos dos meses una joven argentina, divorciada, muy “desenvuelta”, que se había enamorado perdidamente de Rafael. Una noche, sin ambages, le invitó descaradamente a pasar la noche con ella. El rechazo de Rafael fue tajante e inmediato. Habiéndose marchado ella a su habitación, él se fue a la cama. Pero un poco más tarde la joven se metió de repente en la habitación de Rafael..., volviendo a encontrar la más inmediata y decidida repulsa.

Naturalmente, Rafael no fue indiferente al suceso y sintió en toda su crudeza la tentación, pero salió victorioso. Era todo lo contrario de un introvertido, alejado de las realidades humanas, obsesionado de sexofobia o condicionado por tabúes. Era simplemente un joven lleno de vitalidad, pero que, como cristiano convencido, ya había hecho una opción libre y consciente respecto a la doctrina evangélica sobre la castidad. En el momento de la prueba imprevista, fortalecido y lleno de aquella vida eucarística y de oración de que se alimentaba cada día, acostumbrado a encontrarse con la mirada inmaculada de la “Señora”, que lo protegía, reaccionó con fortaleza viril a la violenta provocación y, con la respiración entrecortada, consiguió permanecer fiel en la castidad. Su corazón estaba decididamente “en otra parte”. ALGUIEN se lo había arrebatado y otra Mujer dominaba sus pensamientos.

El día siguiente confió humildemente a su amigo Juan que para librarse de la conmoción había tenido que levanta-

tarse de la cama y pasar toda la noche acostado en el suelo ¹⁷.

No menos significativo es otro episodio contado por Fernando: “Solíamos ir a comer a casa de tío Paco, que tenía unos cuantos hijos, la mayor parte de ellos pequeños. Un día que salía con él de la pensión para ir a comer a casa de tío Paco, noté que cojeaba; y como yo sabía que usaba en el muslo un cilicio de púas, que un día por casualidad se lo vi, le dije: ‘Me parece, Rafael, que te has apretado con exceso el cilicio y te está molestando mucho, porque noto que cojeas. Si quieres, entramos en cualquier bar y te lo quitas o te lo aflojas’. ‘No —me responde—, no te preocupes; es ahora, al principio, cuando me duele algo’. Comimos con tío Paco y los primos, y Rafael, que era muy afectuoso y le encantaban los críos, cuando me di cuenta tenía uno sentado encima de los muslos. Cuando lo vi, me figuré lo que estaría pasando mi querido hermano. Él no daba sensación de nada y seguía jugando con aquella criatura. Yo, violento, intenté salir pronto de aquella casa, pero me dijo él que no teníamos prisa. Cuando ya en la calle, de vuelta a la pensión, le pregunté cómo tendría el muslo con el cilicio clavado, me contestó con su natural sonrisa que ya me lo podía figurar” ¹⁸.

Y en otra parte: “Una noche me preocupé, pues, dadas las dos de la mañana, Rafael aún no había llegado a la pensión y no sabía qué le podría haber pasado. Cuando más tarde llegó y le pregunté qué es lo que había sucedido, en dónde había estado, me dijo, riéndose, que no se había dado cuenta de la hora, que se sentó en un banco en la Castellana, pues la noche estaba espléndida, y pensando en Dios se le pasó el tiempo sin darse cuenta” ¹⁹.

Su estilo de vida en Madrid, por tanto, estaba marcado por un serio compromiso en los estudios, dentro de una

¹⁷ *Summ.*, §§ 316, 319, 320.

¹⁸ APG, *Dep. 2/Fern.*

¹⁹ *Ib.*

seria y profunda vida de piedad, que lo alejaba de las costumbres de un estudiante universitario. Esto, sin embargo, no le impedía interesarse también por otras actividades culturales y artísticas y mantener su carácter vivo y alegre, amante de lo bello.

Pero unos cuatro meses más tarde, incluidas las vacaciones de navidad, Rafael tendrá que interrumpir los estudios por haber sido llamado a cumplir el servicio militar, que lo tendrá comprometido durante el semestre, desde el 25 de enero al 26 de julio de 1933.

Volverá a la universidad en octubre. El 2 de noviembre da cuentas a su mamá: “Me he matriculado de seis asignaturas, que son: cálculo, mecánica y descriptiva. Éstas son de primero. Y de segundo me he matriculado en perspectiva, construcción y dibujo de elementos arquitectónicos. No es que piense llavarlas todas en junio, pero es que así tengo derechos adquiridos y me puedo examinar en septiembre, y así no pierdo el ánimo... Estuve el sábado por la noche y el domingo en Ávila con tío Polín. Estuve de ‘turismo espiritual’, pues estuve dentro, en clausura, en el convento de San José de las madres carmelitas, el primero fundado por santa Teresa; entramos con monseñor Tedeschini, a quien me presentaron los tíos y es muy amable”²⁰.

Pronto veremos hasta qué punto este encuentro con monseñor Tedeschini, entonces nuncio apostólico en España, tendrá una gran influencia en las decisiones que Rafael está madurando secretamente en su corazón.

Mientras tanto, por una hoja suya manuscrita nos enteramos del riguroso plan diario de estudio y de oración que Rafael se había trazado. Vale la pena reproducirlo, haciendo notar que la hoja está atravesada a lo largo por una frase suya escrita en rojo con grandes letras de tipo imprenta, que dice: “TODO POR JESÚS”²¹.

²⁰ APG, *Escritos I/B*, n. 7 (2-11-32), p. 11 (OC 78-79).

²¹ VE, p. 43 (OC 76).

6,30- 7,00	Misa
7,00- 9,00	Estudio de Descriptiva y Perspectiva
9,00-13,00	Clases
13,00-14,00	Descanso o paseo
14,00-15,00	Comida
15,00-15,30	Descanso
15,30-17,00	Clase en la escuela
17,00-18,00	Estudio de Cálculo y Mecánica
18,00-18,30	Merienda
18,30-19,30	Clase particular de Cálculo
19,30-20,30	Estudio de Cálculo y Mecánica
20,30-21,00	Visita al Amo
21,00-22,00	Cena
22,00-22,30	Descanso
22,30-23,30	Estudio de Historia del Arte y Construcción
23,30-	Rosario
24,00-	A dormir

La evolución interior, que se puede leer entre líneas, de aquel crecimiento de intensidad espiritual ya llega a su plenitud. No nos extraña, por tanto, que Fernando afirmara: "Para Rafael, todo aquello que no se dirigía a la búsqueda de Dios era una pérdida de tiempo".

Los tiempos, por tanto, iban madurando a grandes pasos. Pero tenemos que conocer antes la vida militar de Rafael.

6. *Vida militar*

POR TRES veces fue requerido Rafael para el servicio militar, como se deduce de su “cartilla militar”¹. El período de que vamos a hablar es el primero y el más importante desde el punto de vista de la duración, y también el más interesante para un mejor conocimiento del protagonista.

Fue incorporado en la primera compañía del regimiento de Zapadores y Minadores, en Oviedo, el 25 de enero de 1933. Un mes más tarde presta juramento de fidelidad a la bandera. Fue elegido para formar parte de la sección de esquiadores de Guadarrama, donde estaba el campo para los ejercicios invernales. Terminado el tiempo de instrucción, fue mandado a Madrid, lo que le hará más fácil conciliar la vida militar con el estudio y —lo que es más importante— con la vida de piedad, que no perderá nada de intensidad².

Hasta aquí la simple relación de las etapas de su servicio militar. Este tipo de vida, nuevo y bastante difícil para todos, es vivido por Rafael con mucha soltura, pero de tal modo que cada vez revela más las características de su personalidad. Dejemos una vez más la palabra a Fernando, que tiene esa viveza característica de la familia para contarnos episodios curiosos, en parte inéditos³.

¹ *Infor. Aleg.* 10, p. 15 bis.

² VE, p. 42.

³ APG, *Dep. 2/Fern.*

“Durante su servicio militar, cuando le tocaba hacer la guardia en la puerta trasera del Palacio Real, sitio que por las noches se llenaba de prostitución, me decían sus compañeros: ‘No sé que es lo que tiene tu hermano, pero fíjate que a las ocho o las nueve de la noche nos hace rezar el rosario en plena guardia, y puedes creernos que lo rezamos sin violencia alguna’. Esta situación era rara en aquella época, en plena República.

También me contaban las guasas que hacía. Una vez, cuando les dijo un cabo que tenían que estar atentos, pues iba a pasar Azaña y tenía que estar la guardia formada, Rafael le preguntó muy serio que quién era ese señor Azaña. Todo el resto de la guardia le sigue la broma preguntando que quién era Azaña, con gran indignación del cabo, que empieza a explicarles que es el presidente de la República; y en esto pasa Azaña y la guardia estaba sin formar. La cosa no pasó de ahí.

Nadie se enfadaba con Rafael. En el regimiento le llamaban ‘bagaría’ por el célebre caricaturista Bagaría, pues empezó a hacer algunas caricaturas, terminando todo el mundo por pedirle que le hiciese la caricatura, hasta el mismo coronel...

No era de constitución atlética, pero sí alto y muy bien formado. Hombros anchos y caderas estrechas, y nada débil. La prueba está en que lo eligieron para la sección de esquiadores de Guadarrama, donde tenían el campamento.

También allí gastó algunas bromas, pues no podía pasarse sin gastarlas. Todas las mañanas izaban la bandera republicana, claro está, rojo, amarillo y morado, con la sección de esquiadores formada y el corneta tocando el himno de Riego. Una mañana le dice Rafael al corneta: ‘Te doy tantos duros si al izarse la bandera tocas la marcha real’. El corneta le dice: ‘Por ese dinero toco hasta la Marsellesa’. Efectivamente, cuando empezó a subir la bandera, el corneta se lanzó con las notas de la marcha real. Todos estaban asustados, y el teniente o capitán que es-

taba al frente, que también debía de ser otro guasón, le dijo, riéndose, al corneta: 'Calla, calla, que se va a caer lo morado'. La cosa tampoco pasó de ahí.

Otra noche se fue con otros tres compañeros con los esquiés y los fusiles a no sé qué loma, porque decía que hacía una noche espléndida, con una luna preciosa, y quería contemplar la visión desde dicha loma. Los cogió el sargento, diciéndoles que era una barbaridad lo que habían hecho, sobre todo por salir con los fusiles. Pero tampoco les pasó nada. La labia y simpatía de Rafael se ve que todo lo podía".

Todo un halo de afecto y de estima lo rodeaba, quizá sin darse cuenta él mismo. Jamás fue arrestado ni tuvo castigo alguno, aunque alguna vez lo hubiese merecido.

Por tanto, sin complejos de ninguna clase, Rafael incluso bajo las armas afirmaba su identidad de cristiano auténtico, expresando al mismo tiempo las hermosas y atrayentes cualidades humanas de su temperamento. También contribuyó este período a la maduración de su personalidad.

A su tiempo examinaremos otras dos circunstancias de la vida militar de Rafael, señaladas por situaciones y estados de ánimo bien distintos. Por lo pronto, ya hemos insinuado que, a su regreso en el otoño a la vida universitaria, tomará decisiones, aparentemente imprevisibles, de capital importancia.

EN UNA CARTA del 2 de noviembre de 1933, Rafael informaba a su madre de la reanudación de los estudios universitarios a los que se había comprometido. Nadie jamás habría podido prever, mirándolo desde fuera, que sólo diecisiete días más tarde, el 19 de noviembre, dirigiría al abad de San Isidro de Dueñas la siguiente carta:

“Durante este espacio de tiempo, Dios nuestro Señor ha obrado en mí de tal manera, que me he formado el propósito decidido de entregarme a él con todo mi corazón y de cuerpo y alma, y para llevar a cabo mi propósito y resolución, y contando además con la ayuda de Dios, es mi deseo ingresar en la Orden del Cister. Éste es, en breves palabras, mi reverendo padre, el asunto por el cual yo le suplico una entrevista lo antes posible, para que su reverencia me ayude y me aconseje.

Creo contar con Dios, y en él solamente confío; pero en mis primeros pasos también confío en la caridad de su reverencia, a quien trato ya como a padre y a quien suplico me admita como hijo.

Estoy en Ávila con mis tíos, esperando su contestación con la natural ansiedad de quien quiere entregarlo todo a Dios.

Por otra parte, solamente tengo que añadir que no me mueve para hacer este cambio de vida ni tristezas, ni sufrimientos, ni desilusiones y desengaños del mundo... Lo que éste me pueda dar, lo tengo todo. Dios, en su

infinita bondad, me ha regalado en la vida mucho más de lo que merezco... Por tanto, mi reverendo padre, si me recibe en la Comunidad, con sus hijos, tenga la seguridad de que recibe solamente un corazón muy alegre con mucho amor a Dios.

En espera de su carta, humildemente le pide su bendición, su hijo en Jesús y María,

RAFAEL ARNÁIZ”¹.

Releyendo la correspondencia anterior, nadie se atrevería a atribuir a la misma pluma esta última carta. Del mismo modo desorienta el hecho de que Rafael renueve en octubre la matrícula en la Facultad de Arquitectura de seis asignaturas, planeando el programa de seis exámenes, y antes de un mes pida ser recibido en la Trapa. ¿Se podría pensar en una actitud contradictoria, fruto de una inestabilidad psicológica? ¿O en un suceso imprevisto tal que modifique radicalmente el rumbo de su vida?

Para poder entender algo tenemos que recorrer de nuevo los acontecimientos de los últimos años, remontándonos a las primeras vacaciones de Rafael en Pedrosillo en el verano de 1929. En el trasfondo veremos que aparece, primero de un modo velado y luego cada vez con mayor claridad, la figura del duque de Maqueda —el “tío Polín”—, santamente inspirador y cómplice de la vocación del sobrino.

Precisemos enseguida que él no fue más que un “medio” elegido por la Providencia; ciertamente, no el factor determinante. Pero fue junto a él, entre las silenciosas encinas de la “finca” de Pedrosillo, donde Rafael sintió hablar por primera vez de la Trapa. Fue allí donde, al año siguiente, durante una larga permanencia de cuatro meses, el “tío Polín” le hizo leer la biografía del hermano Gabriel Mossier (1835-1897), converso trapense del monasterio francés de Chambarand, obra premiada

¹ VE, pp. 47-48 (OC 82-83).

por la Academia de Francia y luego traducida y publicada en español por el mismo duque de Maqueda, cuyo mismo título sonaba a desafío: *Del campo de batalla a la Trapa*².

Fue él, el que, después de las largas y fecundas vacaciones, organizó la primera visita de Rafael a San Isidro.

Fue a él a quien, un mes después, el 11 de octubre de 1930, Rafael dirigió desde Oviedo la larga carta en que describía con entusiasmo sus impresiones sobre la Trapa, y que terminaba así:

“Lo que yo gocé ese día en la Trapa no te lo puedo explicar, pero si les conoces a ellos y me conoces a mí, puedes hacerte un poquito de cargo. De ese día me acordaré toda la vida, y en los ratos que tengo de desfallecimiento me acuerdo de mis hermanos, de su monasterio y de sus costumbres, y me animo mucho.

Cuando llegué a la estación, el trato con los hombres, después de haber estado con unos ángeles, me produjo cierta repugnancia... Tenías razón cuando decías que esta visita te la tenía que agradecer. Ya lo creo; nunca te lo agradeceré bastante, ni a ti ni a tía María tampoco...

Lo que más me impresionó fue la *Salve* al oscurecer, antes de irse a la cama... Así están ellos de contentos y alegres, pues no se ve una cara triste... Yo, cuando oí la misa conventual a un padre viejecito, o cuando oí las campanas allá en lo alto de la iglesia, graves, pausadas, la inmovilidad de los monjes, la luz de la iglesia tan suave, entonces, cuando llegó la elevación, hubiese necesitado tener poca fe para...; sabes, no sé explicarme...”³

En aquel “no sé explicarme”, escrito precisamente por aquel Rafael al que no le faltaban medios para expresarse, dotado como estaba de una pluma fácil, está precisamente la definición misma de lo “inefable”, indicio de un estado

² DU BOURG, *Du champ de bataille à la Trappe. Le frère Gabriel*, Perrin et C., París 1905. Aun dentro de la gran diferencia de situaciones en que vivieron, hay puntos de una afinidad impresionante en la vida de ambos.

³ VE, pp. 29-34 (OC 17-24).

de espíritu profundamente conmovido que, por lo general, es incomprensible a la mayor parte de los hombres.

Si nos atenemos al desarrollo de los hechos, podemos empezar a intuir algo de una explicación que sólo en parte puede dar razón, ya que lo demás pertenece a la intimidad misteriosa del alma y de la gracia.

La primera breve visita a la Trapa había impresionado profundamente a nuestro joven, sobre todo en el plano estético y emotivo, sin que, por lo demás, aflorase en el cálido elogio que hacía de la misma el deseo explícito de ingresar en ella. Pero un año después (1931), una segunda estancia mucho más prolongada lo había determinado decididamente a escribir sus “impresiones”, en las cuales se entrecruzan las descripciones del ambiente y los comentarios relativos al contraste entre la vida de la Trapa y la del mundo.

“En el monasterio se oyen muchas campanas: las hay agudas y de sonido cristalino, como la de la portería; musicales, como la de los relojes que cantan en los claustros; las hay fuertes y vibrantes, como las que llaman a los monjes al refectorio y al capítulo... Y, por último, las sonoras y graves campanas de la torre, que solamente se oyen en las funciones de la iglesia o llamando a los monjes al coro para la oración.

Un monje me ha dicho: ‘La campana en el claustro no molesta, al contrario; y bien sea en el silencio de la noche o cuando estamos trabajando, la campana nos consuela y parece que nos habla... La campana en el monasterio del silencio es la voz de Dios’”⁴.

Rafael reflexiona sobre la tosquedad del sayal “oscuro, pardo, áspero y duro”, y lo compara con las corbatas de seda que cuelgan en su habitación, y se siente avergonzado.

“Dicen las gentes que el silencio en el monasterio es triste y difícil de llevar en la Regla... No hay cosa más

⁴ VE, pp. 34s (OC 31-48).

equivocada que esta opinión... El silencio en la Trapa es la más alegre algarabía que los hombres puedan sospechar. El silencio del monasterio no es triste, al contrario: se puede decir que no hay cosa más alegre que el silencio de un trapense”.

“En el mundo nadie se entiende porque todos hablan a la vez, mientras que aquí nadie habla y todos se entienden tan bien. Pero los primeros hablan gritando, y los segundos hablan con Dios en silencio”.

“Cuando los trapenses están en oración, dejan por unos momentos de ser hombres de la tierra para convertirse en verdaderos ángeles que, a semejanza de los del cielo, no hacen más que alabar a Dios”.

Igual que Rafael subraya la plegaria coral como alabanza, así también nos recuerda la petición de perdón: “Cuando lanzan con voz pausada y grave, con el corazón arrepentido de las propias culpas y el rostro vuelto a tierra, el *Kyrie eleison*, éste tiene una fuerza que jamás se siente como en la Trapa”. “El trapense vive en Dios y para Dios: él es su única razón de existir en el mundo”.

También el aspecto litúrgico del *Opus Dei* es percibido en toda su profundidad: “Los más pequeños detalles que se le pueden escapar al más exigente de los doctores en liturgia, a un trapense no se le olvidan porque precisamente vive en ella... Durante la misa no se tocan campanillas, ni se oye otra cosa que el canto pausado y grave de los monjes y las oraciones del sacerdote... Y al llegar al canon, un trapense se adelanta y hace sonar las campanas de la torre para que los hermanos conversos, que están en las faenas de los campos, dejen por un momento los útiles de trabajo y elevando sus ojos al cielo den gracias a Dios, porque en aquellos momentos se prepara el gran misterio que asombra al alma... El Dios de todo lo creado va a bajar al mundo para ser sacrificado y hospedarse en el alma de un trapense”.

“Sin embargo, no nos dejemos engañar por los senti-

dos, que suelen ser falsos... Muy por encima de todos los pequeños detalles que impresionan al visitante, hay un 'algo', un 'no sé qué', que no se puede expresar con palabras y que, si no se tiene fe, no se llegará nunca a comprender... Pero el que es cristiano ve a Dios de una manera palpable... Sale robustecido en la fe, y si el Señor le concede esa gracia, sale conociéndose un poco mejor a sí mismo... Y allí, con Dios a solas y la conciencia, se cambia de modo de pensar, de modo de sentir y, lo más importante, de modo de obrar en los actos del mundo”.

Es una exposición que ciertamente no carece de entusiasmo, pero ponderada y compleja. Se da cuenta, aunque sólo como huésped, de los aspectos que se ven por fuera, y comprende todo su sentido profundo. Por lo demás, ni siquiera de estas líneas se puede sacar que haya un deseo explícito de entrar en la Trapa, aunque llame a san Bernardo “nuestro Padre”.

A la vez, podemos notar cómo el lento trabajo de la gracia actúa en él de un modo directo, sin condicionamiento externo alguno, sin, por lo demás, dejar de reconocer los factores providenciales atribuidos al tío Polín, que es el que había hecho conocer al sobrino la existencia y —¿cómo no?— el espíritu de la Trapa.

Del 17 al 26 de junio de 1932, Rafael está de nuevo en San Isidro⁵. De esta nueva permanencia casi no nos ha llegado nada. Sorprende que él, tan fácil para expresar todo lo que le pasa por dentro, no haya dejado constancia alguna de sus experiencias espirituales durante estos días. Por las lacónicas notas de una agenda sabemos que está en San Isidro. Muy probablemente trabaja y estudia por su cuenta, dado que así se desprende de sus anotaciones. Pero en una de estas hojas, de fecha 19 de junio, hay una nota, la única, que podía ser muy interesante: “Me he convencido de muchas cosas”⁶

⁵ VE, p. 41.

⁶ ASI (OC 49).

Entre estas “cosas”, ¿se puede suponer que esté la fundamental de la “vocación trapense”? Es muy probable. De todos modos, de aquí al 19 de noviembre de 1933, fecha de la petición de admisión, pasa un tiempo que sirve para hacer madurar poco a poco, en su íntimo y secreto coloquio con Dios, una decisión de importancia tan extraordinaria.

8. *La respuesta*

SABEMOS que Rafael consultó con el arzobispo de Burgos, con los dominicos y con los carmelitas de Oviedo, y con otros más. Todos le aconsejaron que no entrara en la Trapa, sino que se hiciera sacerdote¹. Sin embargo, no se puede hablar ni de alucinamiento ni de testarudez. Nos lo confirma el tío “Polín” cuando, con toda precisión y viveza, nos cuenta el modo y el momento en que Rafael le manifestó su vocación:

“Era el mes de noviembre de 1933. Acostumbraba en aquella época Rafael visitarnos cada fin de semana. Cur-saba su segundo año de arquitectura, y por hallarse la Escuela de Arquitectos en Madrid, allí residía en una pensión de la Gran Vía. No hacía aún tres días de su última visita, cuando una tarde me sorprendió alegremente con su presencia... Después de cenar, saboreando unas copas de licor, se hizo un prolongado silencio. Rafael no hablaba, y al poco rato quedamos solos frente a frente, sin nada que distrajera ni turbara el solemne momento. Me dijo sin más preámbulos:

‘Te extrañará que haya venido hoy, ¿verdad?’

‘Algo —le respondí—; no te esperaba. ¿Os han dado las vacaciones de navidad?’, le pregunté.

‘No, aún no nos las han dado; pero yo me las he tomado para no volver más a Madrid’...

‘¿Qué quieres decir? ¿Qué te ha pasado?’

¹ APG, *Dep. 2/Fern.*

‘Pues, sencillamente, que me marchó a la Trapa de Venta de Baños; si me admiten en el monasterio, allí me quedo. Tengo el propósito de irme desde aquí directamente. Mi equipaje de Madrid ya habrá quien lo recoja’...

Aunque rápidamente me hice cargo del volumen e importancia de aquella confesión de Rafael, en aquel instante no vibró mi espíritu con la intensidad que era de esperar...

No se me ocurrieron otras palabras que decirle esas banales y comunes en tales casos. Que suponía que lo había pensado mucho. A esto recuerdo me contestó que hacía dos años venía madurando su proyecto. Le hice ver lo inestable de la situación política en España; la probabilidad de una disolución o expulsión de todas las órdenes religiosas; la diferencia tan enorme de su vida y naturaleza de lo que en la Trapa iba a encontrar; el falso espejismo que podría resultar de una piedad fervorosa como la suya, que le hiciese ver como vocación o llamada de Dios lo que no eran sino atractivos que en el comienzo de una vida de virtud como la suya suelen experimentarse... En fin, todas esas reflexiones que hartó sabía yo, conociéndole sobradamente, se habría hecho él muchas veces...

Mientras le hablaba, recuerdo bien lo inútiles que me parecían mis propias palabras. Su voluntad era de acero; tenía yo firme convencimiento de que aquella determinación era de Dios; no un capricho, no una impresión ni un desengaño; era el fruto divino de una correspondencia a la gracia, que el Espíritu Santo se dignaba sostener con uno de sus más preciados dones: el de la fortaleza...

Nos despedimos muy brevemente. Hice que se retirase a su cuarto entrada ya la madrugada. Claro es que ni él ni yo dormimos aquella noche; con la soledad y las tinieblas se me aumentaban las proporciones del acontecimiento. Pero ¿cómo será posible, pensaba yo, que este chico, habituado a llevar una vida de tanto esmero y cuidado, pueda soportar la austerísima existencia en una Trapa? Él habla, ríe, fuma, se divierte y vive como tantos otros

muchachos de su edad y circunstancias. ¿Enfermará en un cambio tan radical y absoluto? Además, ¿se ven tantos casos de ilusiones que con las apariencias del fervor pueden parecer vocación!... Estos y muchísimos otros pensamientos desfilaban en mi imaginación, sin tener en cuenta la más importante y fundamental de las reflexiones de que nos habla san Pablo: 'Todo lo puedo en aquel que me conforta'.

El día siguiente se nos fue en proyectar, pensar y madurar un plan que, para realizar sus deseos, fuera el más oportuno y más dentro de la consideración y cariño que a sus padres debía. Ardiendo en ansias de renuncia inmediata, quería no despedirse de ellos ni de nadie. Al mismo tiempo, temía a su propio corazón. Quería irse directamente desde Ávila al monasterio y de allí ya no moverse por ningún género de consideraciones.

Le aconsejaba yo, sin embargo, aunque compadeciéndole con toda mi alma por el calvario que pudiera significarle, que marchase primero a Oviedo, en donde se hallaban sus padres. Que una vez allí les diera parte de su resolución, y luego, seguro como yo estaba de cómo pensaban, marchase en seguimiento de la llamada de Dios, con su beneplácito y bendición. Esto pareció de mayor caridad y perfección; pero insistiendo él en su primera idea, le propuse que dirimiera la contienda el señor nuncio de Su Santidad, a quien yo conocía mucho y que por aquel entonces se hallaba veraneando en Ávila”².

Rafael aceptó dócilmente la propuesta del tío, tanto más que, como ya hemos visto, pocas semanas antes la Providencia divina había hecho que se encontrara personalmente con el nuncio con ocasión de la visita al Carmelo de Ávila.

Consiguientemente, se fueron juntos a visitarle. A monseñor Tedeschini no le faltó ni sabiduría ni claridad. Reconoció en el joven las señales de la vocación trapense,

² DUQUE DE MAQUEDA, *Un secreto de la Trapa*, 3.ª ed., Madrid 1944, 9s.

pero al mismo tiempo le recomendó que informara debidamente a su familia, a fin de que su entrada en el monasterio no tuviese las apariencias antipáticas ni contraproducentes de una “huida”, sino las de una serena despedida, por más terriblemente dolorosa que fuera, con la aceptación por parte de todos de los planes divinos.

Ya veremos cómo Rafael actuó fielmente según los consejos paternales del nuncio, cómo todo se desarrolló en una atmósfera sobrenatural, penetrada de fe y de caridad, aunque con los indecibles sufrimientos humanos.

Llegados a este punto, quizá nos sea posible hacer una hipótesis para responder a la pregunta inicial: ¿Cómo explicar el hecho de que Rafael se matricule en octubre en la universidad y en noviembre pida la admisión en el monasterio?

En primer lugar, hay un factor psicológico, acentuado por la profunda sensibilidad afectiva de Rafael, reconocida muchas veces por él mismo. Su mayor tormento no eran ni las privaciones ni las renunciaciones, que había sopesado bien y que había aceptado plenamente y con toda conciencia. Era la sutil angustia por lo que los suyos tendrían que sufrir. Él estaba muy dispuesto a dejarlo todo, pero la idea de tener que comprometer a los demás en su renuncia, imponiéndoles las consecuencias de su opción, le espantaba. Le espantaba hasta el punto de hacerle caer en una verdadera tentación, en el fondo egoísta, de inhibirse de aquel momento de confrontación con los suyos, pasando por alto el obstáculo al socaire de los hechos consumados³. Fue de esta tentación de la que la gracia del Señor, por medio de los sabios consejos del tío y del nuncio apostólico, le ayudó a salir, al precio de nuevos e

³ Encontramos un estado de ánimo muy semejante en la experiencia del hermano Gabriel, que hemos citado poco ha: “De su parte, Gabriel pensaba que era preferible callarse. No podía imaginarse que su madre fuese capaz de aceptar su ida sin un cruel desgarramiento. Por tanto, era más prudente el no decir nada hasta que la separación se hubiese consumado. En el fondo, lo que temía era su propia sensibilidad. Tenía miedo a ser débil y no seguir la llamada del Señor ante las lágrimas de su madre” (MARTELET, *o.c.*, 29).

indecibles sufrimientos, pero salvando el equilibrio y las exigencias de la caridad.

Sin embargo, quizá haya otro factor que no se puede medir con parámetros humanos. ¿Cómo no ver en la imprevista y radical decisión de Rafael algo muy semejante al “abandono de las redes” de los hijos del Zebedeo y la “mesa de impuestos” abandonada por Leví? La vocación, una vez aceptada, exige frecuentemente un “sí” inmediato que no admite dilaciones. Es el “temo a Jesús que pasa” de san Agustín...

La prontitud en la respuesta inmediata puede haberse hecho más clara y urgente precisamente en el espacio de tiempo que va entre matricularse en la facultad y la carta al padre abad.

La llamada ha sido escuchada; la llamada, en lo que se puede pensar humanamente, es segura. ¿Por qué dar largas?

Jamás ha faltado a Rafael la fidelidad que nace del amor. Mucho menos podía faltar precisamente en este momento.

Por tanto, no se trata de un impulso caprichoso, sino de la íntima exigencia de la respuesta definitiva y total a la voz inconfundible del amor, que ya desde hacía dos años llamaba cada vez con mayor insistencia a las puertas de su corazón.



"Mamá... Dios me llama... He decidido entrar en la trapa..."
(Rafael abrazando a su madre después de comunicarle su decisión de ingresar en el monasterio)

La Trapa de San Isidro de Dueñas

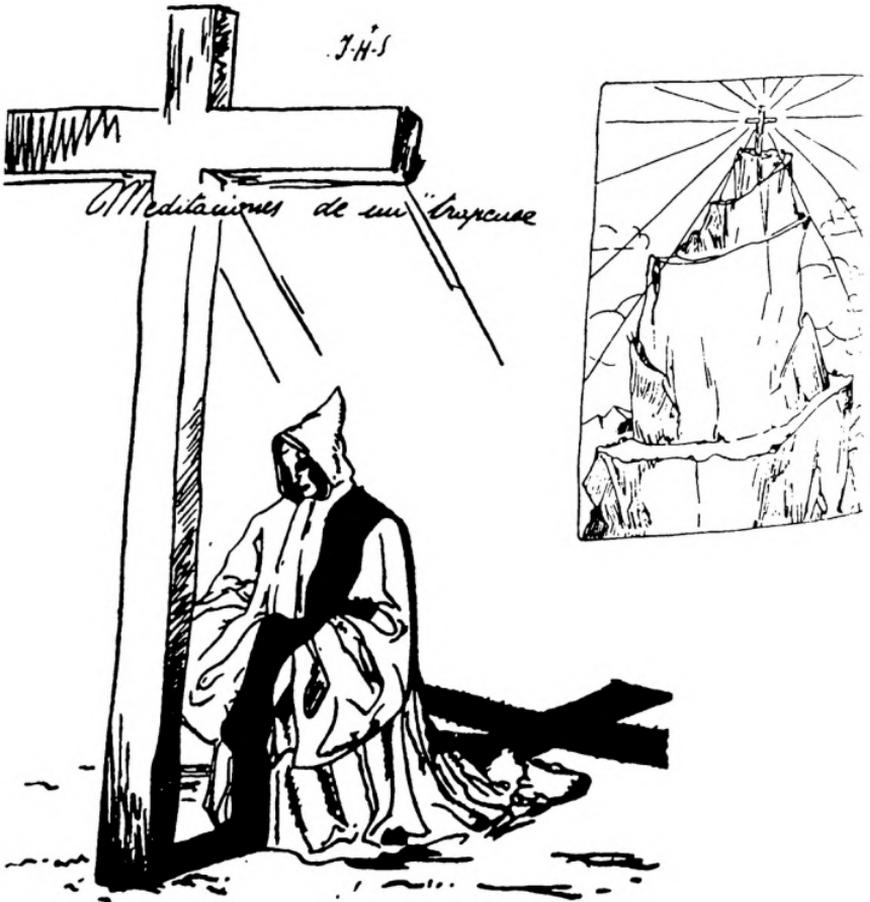
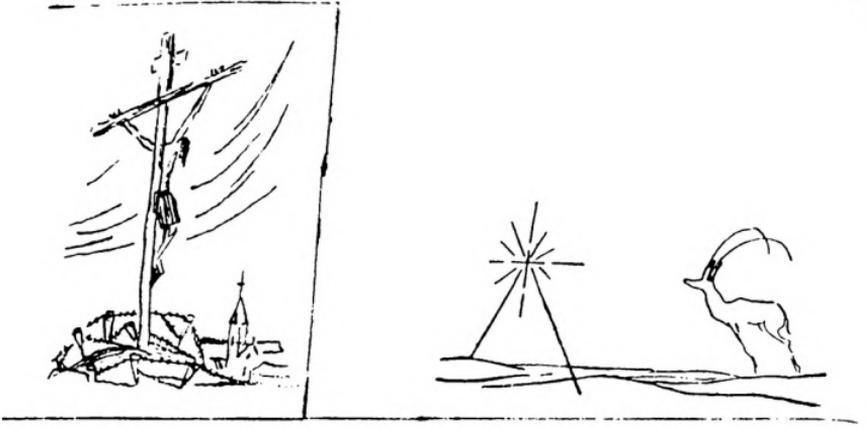




"Aunque vea siempre el aspecto sublime de la Trapa, veo también su aspecto alegre..."



"Me estoy acostumbrando a la capucha, o, mejor dicho, me estoy acostumbrando a todo..."



"Mi trabajo, algunos días, se reduce al lápiz y al pincel"

9. *La agotadora espera*

LAS RELACIONES entre Rafael y la Trapa enseguida se hacen frecuentes y cordiales. A la petición del joven responde luego el padre Marcelo León, maestro de novicios, con fecha 22 de noviembre, carta muy clara a la vez que afectuosa. Pone en antecedentes al joven acerca de la austeridad especial de la Orden cisterciense y de la necesidad, consiguientemente, de una verdadera vocación. Sin duda, la gracia del Señor, junto con la buena voluntad del sujeto, pueden superar todas las dificultades, que en este caso son mayores, dado su refinado ambiente familiar. Por tanto, es necesaria una entrevista para profundizar juntos los distintos puntos de vista. Que el mismo Rafael determine la fecha del encuentro. El tono de la carta es muy atento: "Si viene ahora, sepa que en la hospedería no hay calefacción y podrá sufrir mucho frío"; y añade amablemente: "... me remito a sus órdenes"¹.

No podemos saber con toda precisión la fecha del encuentro. Pero sabemos que el 27 de noviembre Rafael ya estaba de vuelta en Madrid para poner en orden sus "viejos asuntos". Es decir, comienza a recoger velas sin dar la impresión de ello, a prepararse para dejar definitivamente la capital. Sólo está al corriente su amigo Juan, que nota en el rostro de Rafael felicidad y paz².

De estos días —28 de noviembre— es la carta que

¹ VE, p. 49.

² VE, p. 51; cf *Summ.*, §§ 316, 331.

dirige a sus padres, en la que, entre otras cosas, se hace eco, en plan de broma, de los eslóganes electorales del momento: “¡Viva la revolución social! ¡Viva Larramendi! ¡No votar por los radicales! ¡Vivan las vacaciones de navidad que vienen! ¡Viva la geometría descriptiva! Todo son ‘vivas’, como veis. Yo jamás digo ‘muera’; no va con mi carácter”³. Son expresiones de alegría, propia de su temperamento. Pero, mientras tanto, su corazón está dramáticamente dividido: por una parte prorrumpe en gozo interior, y por otra comienza a saborear el amargo cáliz del desprendimiento, tanto más doloroso cuanto más fuertes y estrechos son los vínculos familiares.

Escribe al padre maestro diciéndole que, al dejar Madrid, sabe que ha dejado tras de sí el futuro de una brillante carrera y el cariño de muchas personas, pero que no le ha costado mucho esfuerzo, sea porque piensa haber hecho algo que agrada al Señor, sea porque ya desde hace tiempo había empezado este proceso gradual de desprendimiento para acercarse más y más a él, y que su corazón estaba lleno de alegría al ver acercarse el momento en el que le pertenecerá por completo. Le espera, sin embargo, la batalla final; es decir, comunicárselo a sus padres. Confía mucho en la ayuda de la santísima Virgen y pide al padre maestro que le ayude.

Las cartas se suceden y entrecruzan. Por parte del padre maestro, la seguridad de que, junto con los novicios, pide al Señor que le dé la fuerza necesaria. Por parte de Rafael, gran generosidad, pero también mucho temor para afrontar la última batalla.

Pero es necesario esperar todavía. El tío Polín había aconsejado al sobrino que dejase pasar tranquilamente las fiestas de navidad, las más significativas, las más “familiares” entre todas. ¿Por qué amargar el gozo tan profundo de los padres, tan felices de tener con ellos al hijo predilecto?

³ VE, p. 52 (OC 89).

Sin embargo, la agonía se prolonga y la herida del corazón cada vez se hace mayor. Escribe al padre maestro:

“Estoy viviendo en el hogar de mis padres, que en estos momentos son completamente felices al tenerme a mí a su lado... Aún no he dicho nada, pues cualquier cosa me desarma: un cariño, una atención de mi madre...; pero esta situación se me va haciendo insostenible y, por otra parte, no puedo dar la noticia poco a poco, pues en mí no han notado diferencia debido a que hace mucho tiempo que pienso lo mismo y actúo lo mismo... Pida por mí, querido padre, que Dios me sostenga en estos momentos tan difíciles... Mis renunciaciones a todo las voy haciendo poco a poco, y cada día, cada hora que pasa y cada detalle en la vida del hogar me lo recuerda, y es como si me fuese a hacer una operación y yo mismo, con toda calma, incluso deleitándome, fuese preparando el instrumental y todos los detalles... Y mi naturaleza y mi egoísmo me gritan: ¡Basta ya!..., ¡basta!, pronto, pues. No sé cuánto resistiré, pues cuando hay que operar, operar pronto, y si hay que abrir y herir, cuanto más deprisa se haga, mejor...

Para mí lo primero es Dios, y con su ayuda lograré vencer a las criaturas; y si luego lo único que le puedo ofrecer es un corazón ensangrentado, es porque él así lo ha querido, y él se cuidará de sanármelo, pues será suyo completamente.

Le escribo desde una habitación caliente, alfombras, buena luz, mi cama blanda y limpia; en una palabra, todo el confort y la comodidad que puede dar la vida moderna... Pero pienso en la camarilla de la Trapa, y lo cambio todo por ella, y cien veces más que tuviera... Pero Dios me pide el sacrificio de mis padres, además del mío..., pues sea; no cuento con mis fuerzas, pero con la ayuda de Dios y de la santísima Virgen todo se hará... Lo contrario sería una cobardía”⁴.

⁴ VE, pp. 58-59 (OC 102-104).

La lucha interior es evidente. La naturaleza contra el espíritu, pero “todo lo puedo en Aquel que me conforta”. El Señor le sostiene por medio del padre maestro, que ya le considera su hijo espiritual.

“Si Dios le llama, y precisamente le llama a la gloriosa Orden de San Bernardo, ¿qué ha de hacer? ¿Retrocederá siquiera un milímetro de su camino desoyendo la voz del Señor absoluto de todo nuestro ser, que le pide el sacrificio de cuanto más caro tenga en el mundo, como son sus padres?... Él le dirá lo que debe hacer. Hágalo sin titubear, con firmeza, con suavidad, con cariño, procurando antes anestesiar un poco la sensibilidad para que la operación no sean tan dolorosa...”⁵

Es el lento sorber el amargo cáliz de la separación lo que más aflige el corazón de Rafael: “¡¡¡Cuánto me pide el Señor!!! —escribe al tío Polín—, pues no solamente me pide que lo deje todo, sino que antes de dejarlo para siempre me pide que lo paladee bien... Si callo, sufro mucho; si mi alegría alegra a mis padres, sufro más... Si no fuese por él, yo no tenía por qué desgarrarme el corazón poco a poco y lentamente como lo estoy haciendo... Cuando flaqueo me acuerdo de la Virgen, y como sé que me está esperando allá en el monasterio, solamente el pensarlo me da fuerzas para seguir..., y sigo”⁶.

El año nuevo se abre sin que cambie la situación. Rafael, escribiendo al padre maestro, confiesa humildemente que el enemigo le combate en todos los sentidos, pero sobre todo en la sensibilidad. Es evidente que el ambiente de confort que había siempre rodeado la vida del joven constituye para el enemigo una poderosa arma para atacar a Rafael. Pero éste puede afirmar con toda lealtad que no ha retrocedido ni un “milímetro”. Es más: con la ayuda de la gracia ha adelantado algunos “metros”. No obstante,

⁵ VE, p. 60.

⁶ VE, p. 62 (OC 106-107).

mirándose por dentro, se da cuenta de que todavía le queda tanto lastre de que desprenderse...

“El monasterio va a ser para mí dos cosas: primero, un rincón del mundo donde sin trabas pueda alabar a Dios noche y día; y segundo, un purgatorio en la tierra donde pueda purificarme, perfeccionarme y llegar a ser santo... Parece una pretensión..., pero es la verdad. Quiero ser santo delante de Dios y no delante de los hombres...”⁷

⁷ VE, p. 67 (OC 115).

10. *La poda*

LA VÍSPERA de la epifanía, Rafael fue con toda naturalidad al teatro con su madre, comentando con ella alegremente el espectáculo. Nada hacía sospechar el lacónico y dramático coloquio que tendría lugar dos días más tarde, y que su madre ha referido con su estilo sobrio y lapídeo.

El día siguiente de la fiesta, mientras la madre estaba sentada al piano, entró Rafael y, poniéndole una mano sobre los hombros, la dijo con voz natural y serena:

“Deja de tocar un momento: tengo que decirte una cosa”.

“¿Qué te ocurre? Dímelo”.

“Madre..., Dios me llama... Quiero irme a la Trapa”.

“¡Hijo!...”

En su fragilidad, la madre no pudo refrenar las lágrimas que brotaron a borbotones, silenciosas y ardientes, y que le anegaron los ojos, el corazón y toda el alma. Pero enseñada reaccionó pensando que su hijo era del Señor y que lo había recibido como un préstamo, un hermoso préstamo. ¡Él se llevaba lo que era suyo!

Luego el pensamiento se fue a su esposo:

“¿Y tu padre...? ¿Lo sabe tu padre?”

“No; he querido que fueras tú la primera. Tú se lo dirás”.

Con voz temblorosa, la madre replicó:

“Gracias, hijo mío...”

Poco después llegó el padre, dándose cuenta inmediatamente de que ocurría algo grave:

“¿Qué pasa?”, preguntó.

“Tu hijo —dijo la madre casi sin aliento en la voz— quiere irse a la Trapa”.

Nada dijo el padre en el primer momento. Recibió el golpe con entereza, valerosamente. Apenas un imperceptible temblor en los labios... Fue sólo un instante.

“Bendito sea Dios —exclamó, haciendo un esfuerzo por que la voz fuese entera, sin lágrimas— por el favor tan grande que nos hace”.

Luego, un abrazo cuya intensidad nunca se podrá medir. Y con la coherencia propia de su carácter decidido y viril, añadió:

“¿Cuándo quieres marcharte?”

“Cuando tú quieras, no tengo prisa”

“Cuanto antes, mejor. Hoy es día siete; el quince puedes irte. Te llevaré yo”.

La madre comenta:

“No hubo más. Todo fue natural y sencillo, sin dramas ni tragedias. Dios pedía lo que era suyo, y con gusto y voluntariamente se lo daba. Un hijo obediente que acudía a la llamada de su primer Padre..., ¡Dios! Y unos padres humanos que cumplían con su deber”¹.

Comentario escueto, pero ¡impregnado de fe y amor! Cuál fuera el estado de ánimo de los protagonistas de este drama, se deduce de las frases de algunas cartas. Rafael escribe a los tíos, no en plan de crónica, sino expresando sus sentimientos al Señor por el modo con que sus padres han aceptado su decisión. Los define como “almas sublimes”; siente un inmenso agradecimiento al buen Dios y a la Virgen.

“Quisiera volcarme, pero es tan grande lo que tengo dentro que no puedo, pues si grande es mi alegría, grande,

¹ VE, pp. 70-73.

muy grande es mi dolor...; pero mucho más grande es mi amor a Dios... Si no, no sería posible”².

La madre escribe a su propia madre, dándole noticias acerca de la decisión de Rafael:

“Comprenderás la inmensidad de mi dolor... Mi alma cristiana no se rebela; acata y obedece y entrega a Dios ese tesoro tan querido... Pero mi corazón que es humano está despedazado, verdaderamente deshecho. El sol me parece que no alumbra y que la tierra se ha vuelto otra... Mi hijo es feliz, plenamente feliz. Ha hecho las cosas como un buen hijo, como no podía menos de esperarse de él. Ha esperado a que pasaran las pascuas, y dice que esperaría todo cuanto fuera preciso si nos fuese necesario. Pero nosotros creemos que debe cumplir con su vocación cuanto antes; cuando Dios te llama, hay que acudir, aunque ello produzca desgarraduras terribles, las dilaciones podrían disipar una vocación tan decidida y tan santa... Su marcha me produce un dolor intensísimo, pero al mismo tiempo siento una alegría extraordinaria al verme elegida por Dios sin merecerlo, para madre de un hijo semejante... Tú darás cuenta a los demás de esta noticia estupenda”³.

Pero también el padre de Rafael ha escrito algo que merece ser recordado. Tres días después de la inmediata y maravillosa respuesta a la espontánea manifestación del hijo, se siente en el deber y la necesidad de tomar formalmente su parte de responsabilidad en la decisión de Rafael, como un padre cristiano, en nombre de la “iglesia doméstica”, de la que ya no se siente el “patrón”, sino el jefe. Coge papel y pluma y, con la precisión sobria y viril que le es característica, escribe al padre abad:

“Mi hijo Rafael nos comunicó la resolución que ha tomado de ingresar en la Orden de ese monasterio, y al mismo tiempo que nos puso al corriente de cuantos pasos

² VE, p. 77 (OC 118).

³ VE, p. 79.

había dado acerca de vuestra reverencia con este fin, nos pidió para ello nuestra autorización y conformidad.

Aunque no nos ha cogido completamente de sorpresa esta decisión suya, la ocasión nos ha parecido un poco prematura, porque hubiésemos deseado, mirando las cosas desde un punto de vista más terrenal que desde donde las mira nuestro hijo, que hubiese esperado a terminar su carrera. Pero teniendo en cuenta que, como según parece, Dios nuestro Señor le llama para él, y ha dispuesto las cosas conforme a su divina voluntad para que ahora sea (suyo), nosotros acatamos respetuosamente sus designios, y no sólo voluntariamente, sino agradecidísimos a que su Providencia se haya fijado en uno de nuestros hijos, puesto que él nos lo dio, estamos dispuestos a devolvérselo...”⁴

El día siguiente Rafael informa a los tíos de Pedrosillo:

“Las cosas han ido por el camino que me indicó el señor nuncio. Mi padre no solamente me da el permiso, sino que él mismo va a ofrecerme... Me acuerdo de las palabras del señor nuncio: ‘Hay que hacer las cosas no solamente agradables a los ojos de Dios, sino suaves y dulces a los ojos de los hombres’... Quizá se sufra más, pero a los ojos de Dios es más meritorio”⁵.

La mañana del 15 de enero fue la señalada para la partida. Austera en su profunda sencillez, serena dentro de lo dramático del momento. Acompañado por su padre en el coche, Rafael llega a la trapa de San Isidro de Dueñas.

El árbol, en el momento de la inesperada poda, ha puesto de manifiesto toda la pureza y la fuerza de sus raíces.

⁴ VE, p. 75.

⁵ VE, p. 77 (OC 119).

11. *El trasplante*

EL NUEVO postulante se adapta a la Regla y a sus observancias rápidamente, con sorprendente fidelidad y precisión. Pero por algunas frases que aparecen de vez en cuando en sus numerosas cartas a los padres, a la vez que se siente vibrar todo su fervor y alegría, se ve que la naturaleza está puesta a una dura prueba en la nueva vida. Frases cortas, en las que el estilo humorístico procura quitar importancia a las dificultades que de hecho encuentra:

“... Tengo muchas ganas de fumar, pero no sé lo que me pasa que no me acuerdo que las tengo”¹.

Son las seis de la mañana... Y tengo un sueño que me caigo. Fray Damián me lo ha notado y me ha hecho señas de que escribiendo no me dormiré”.

Así, sin más preámbulos que un Ave María, se pone a escribir:

“Llevo en el monasterio, con hoy, ocho días justos, en los que he tratado de sujetarme en lo posible a la Regla, y por ahora lo que sí puedo decir es que tengo mucho sueño... A las siete de la tarde me acuesto, y con la gracia de Dios me duermo enseguida. A la una me despierta un dolor de riñones, pues no es un colchón de plumas precisamente sobre lo que duermo; cambio de postura a la una, como digo, y cuando ya parece que estoy otra vez dormido..., ¡zás!, la campana que me dice que son las dos

¹ VE, p. 88 (OC 124).

y que tengo que bajar a maitines... No lo dudo ni un minuto, ni un segundo; me pongo las sandalias y el abrigo, pues duermo vestido, me lavo un poco la cara, y con el pensamiento puesto en Dios y el corazón alegre, bajo las escaleras del noviciado a toda velocidad y entro en la iglesia donde mi Dios está en el tabernáculo esperando a sus monjes para que empiecen a cantar sus alabanzas... Y una vez allí, en el coro de una abadía cisterciense, medio centenar de hombres comienzan cantando las palabras del ángel a María... Yo creo que en este momento la reina del cielo ha de mirar a sus hijos con ternura, y el mismo Dios se recreará en María... Bien vale, pues, la pena de levantarse a las dos y pasar un poco de sueño... ¡Dichosa naturaleza!, qué guerra das; pero espero que, con la ayuda de Dios, te he de sujetar... Seguramente, sin que yo me dé cuenta, al cabo de cierto tiempo ya no tendré tanto sueño como ahora...”²

Leyendo estas líneas, llenas de detalles, ¿cómo no volver a los años pasados y recordar su vida cómoda, desahogada, confortable, que vivió con su familia? Algo muy distinto de las comidas con etiqueta, los trajes elegantes, las camas blandas, libre de cualquier horario.

Al día siguiente, demasiado pronto para que la naturaleza hubiese sido domada, nos encontramos con otra confirmación de la lucha interior. En una carta a su padre alaba el silencio de la Trapa, “donde todos nos entendemos con sólo mirarnos...; este silencio alegre del claustro, del jardín y de la huerta, donde todo calla, excepto los pájaros que cantan a Dios... Estoy convencido, el silencio ayuda mucho para no perder la presencia de Dios...; pero es una gran penitencia, sobre todo en ciertos momentos y a ciertas horas. Por ejemplo, hace un día espléndido, vas a salir a trabajar en el campo, el trabajo en el campo es alegre; pues bien, esa alegría, que quisieras manifestar dando saltos y cantando, te la tienes que callar y se la

² VE, p. 89 (OC 125-126).

ofreces a Dios en silencio... Esto es muy hermoso, pero hace falta acostumbrarse. Le dije al padre maestro que algunas veces me dan ganas de dar voces, y me contestó que guardara mis energías para cantar en el coro, y así lo hago”³.

Tratando también del silencio, Rafael nos dice que en el trabajo en la chocolatería, empaquetando chocolate, no se cansa ni se aburre porque “piensa”:

“Pensar es una cosa difícil. Claro que yo me refiero a pensar bien, pensar ordenadamente, sacar provecho, pensar con calma, sujetar la imaginación, llevándola por donde quieres”.

Unos días más tarde escribe a su madre que se está acostumbrando muy bien a la Regla. “La única cosa dura es la cama”. Que en la abadía hay una paz profunda, una alegría silenciosa; que toda la actividad del monje tiene como centro el sagrario; que las horas que pasa en la iglesia le parecen minutos.

“La fe nos dice que estamos alabando a Dios. Yo cada vez le doy más gracias a Dios de mi vocación, y le pido que me lleve de Venta de Baños al cielo, para allí, ya cara a cara con él, poder seguir cantando... Ahora te voy a decir lo que más me agrada y lo que más me cuesta...; ya te lo podrás suponer. Lo que más me gusta es estar en el coro, y lo que más me cuesta es levantarme a las dos, pues aquí no es eso de primero un ojo y después otro ojo, y después pensarlo, y acabar por dormirse otra vez, sino que al toque de campana, sin esperar que haya dejado de sonar, ya debemos estar en pie, calzados y vestidos, pues a las dos toca la campana y a las dos y diez se empiezan los maitines”⁴.

En otra ocasión relata los distintos trabajos que hacen a lo largo del día⁵:

³ VE, pp. 89-91 (OC 127-128).

⁴ VE, p. 92 (OC 130-131).

⁵ VE, pp. 93-97 (OC 133-137).

“Te aseguro que me sale muy bien la carga y descarga de los sacos, y después de la jornada voy a que me apunten lo que he hecho, es decir, voy a la capilla y se lo digo al Amo, y siempre que voy a verle tengo algo para que me apunte. Un día son unas cuantas cepas arrancadas u hoyos tapados; otro día son pastillas de chocolate; otro día el barrido del dormitorio, etc. Al fin y al cabo, no voy más que a mi negocio, y te aseguro que con un Amo tan generoso como el mío he hecho un negocio redondo”.

“Hoy ha caído una helada magnífica. En el coro, a las cinco de la mañana, acababan mis labios de pronunciar las palabras del *Benedicite* ‘hielos y fríos, bendecid al Señor’; cuando salí de la iglesia no me molestaba estar bajo cero, pues precisamente el frío que yo tenía estaba bendiciendo al Señor; pero, sin embargo, somos tan flacos, que mi alma estaba cerca de Dios, pero mi cuerpo se aproximaba al radiador del noviciado...”

“Ayer hacía un viento muy fuerte, que silbaba al rozar la aguja de la torre y que ondulaba los cipreses del cementerio. A la hora de vísperas no se percibían en el monasterio más que dos cosas: el viento al correr por la llanura, y el canto de la salmodia; la naturaleza y los hombres tributaban a Dios sus alabanzas; el viento acariciaba el monasterio, resbalando sobre las campanas, y los monjes en el coro acariciaban con los salmos a Jesús en el sagrario”.

“Esta vida, que parece monótona, tiene tantos atractivos que no me cansa ni un momento. Cada hora es diferente, pues aunque exteriormente sean iguales, interiormente no lo son, como no son iguales todas las misas, y cada vez que vas al coro el oficio te parece diferente. Claro que esto no quiere decir que las lentejas un día sepan a perdices y otro a tortilla de patatas. No..., las lentejas serán siempre lentejas mientras dure mi vida en el monasterio; pero, a pesar de todo, las como con mucho gusto, porque las sazono con dos cosas: con hambre y con amor a Dios, y así no hay alimento que se me resista... Y

así, poco a poco, esperando tranquilamente a que Dios nos llame para seguir bendiciéndole por toda una eternidad y sin empaquetar chocolate ni comer lentejas.

Verdaderamente, cada vez que pienso que los trabajos son sólo un día y el descanso es una eternidad, se hace todo con gusto y con alegría..., todo llega y todo pasa”.

Escribiendo a sus padres las primeras impresiones de postulante, en las que se alternan las experiencias de fervor y piedad con las de dolor y trabajo, Rafael oculta bajo su buen humor, que nunca le falta, las inevitables y difíciles luchas que tiene que sostener para domar su cuerpo.

Efectivamente, más adelante, el 17 de junio, escribiendo al tío Polín, recordará que, siendo postulante, algunas veces el trabajo le costaba mucho. Era tan duro y fatigoso que llegaba a derramar lágrimas “como puños”, y entonces reaccionaba:

“Me acordaba de la pregunta que se hacía nuestro padre san Bernardo: ‘Bernardo, ¿a qué has venido?’, redoblando así mis fuerzas en el trabajo...”

“Otro día también cogí una perra, ¿sabes por qué? Cada vez que me acuerdo me río... Pues sencillamente que una mañana, a las cinco, se me juntaron el hambre —estábamos en cuaresma—, el sueño y el frío, y entre los tres le dieron tal paliza a este miserable cuerpo, tan acostumbrado al regalo, que le hicieron saltar las lágrimas... Te aseguro que cuesta dominar la carne, pero con la ayuda de Dios tan grande que tienen los trapenses, se hace de ella lo que quieres...”⁶

⁶ VE, p. 130 (OC 179)

EL 18 de febrero de 1934, primer domingo de cuaresma, Rafael se convierte en fray María Rafael. Recibe el blanco hábito trapense. Se ofrece a Dios con toda la generosidad. Dando noticias de ello a su madre, manifiesta su gozo profundo, dejando caer en las cartas expresiones que denotan toda la seriedad del compromiso consciente de su entrega, junto con las pinceladas humorísticas que forman parte de su temperamento:

“Ya estoy todo pelado como una bola de billar; bueno, como una bola de billar, no...; con un poco más de pelo...”

“Cuando estaba yo arrodillado en mitad del capítulo y todos mis hermanos los monjes cantando solemnemente el *Benedictus*..., mi alma estaba delante de Dios y le ofrecía mi sacrificio con el corazón rebosando de alegría, pero con unas lágrimas como puños... Yo creo que los ángeles en aquel momento, al verme llorar, también cantaban el *Benedictus*...”

“Lo que da mucho calor es la capucha..., excuso decirte cuando llegue el verano..., me voy a ir derritiendo poco a poco, y un día van a buscar a fray María Rafael y no encuentran más que el hábito. La capa, el escapulario, la túnica, la camisa, las medias y los escaarpines, todo es de la misma tela y del mismo género: de lana blanca. Lo único diferente son los calzones, que son más ásperos y de color pardo. Te aseguro que estoy muy cómodo”¹.

¹ VE, pp. 98-100 (OC 139-140).

¿Cómo no notar esta seguridad que el hijo quiere dar a la madre? Ella sabía muy bien y podía valorar la diferencia entre esta clase de ropa y la del refinado y exigente Rafael del mundo. No obstante, concluye:

“Cada vez me convenzo más de (que) la Trapa la ha hecho Dios para mí y a mí para la Trapa”.

Al día siguiente, antes de iniciar el riguroso silencio epistolar, que es uno de los factores de la penitencia cuaresmal, Rafael tiene permiso para escribir de nuevo a los suyos; y esta vez dirige la carta a su padre con un tono ameno que respira serenidad en sus relatos.

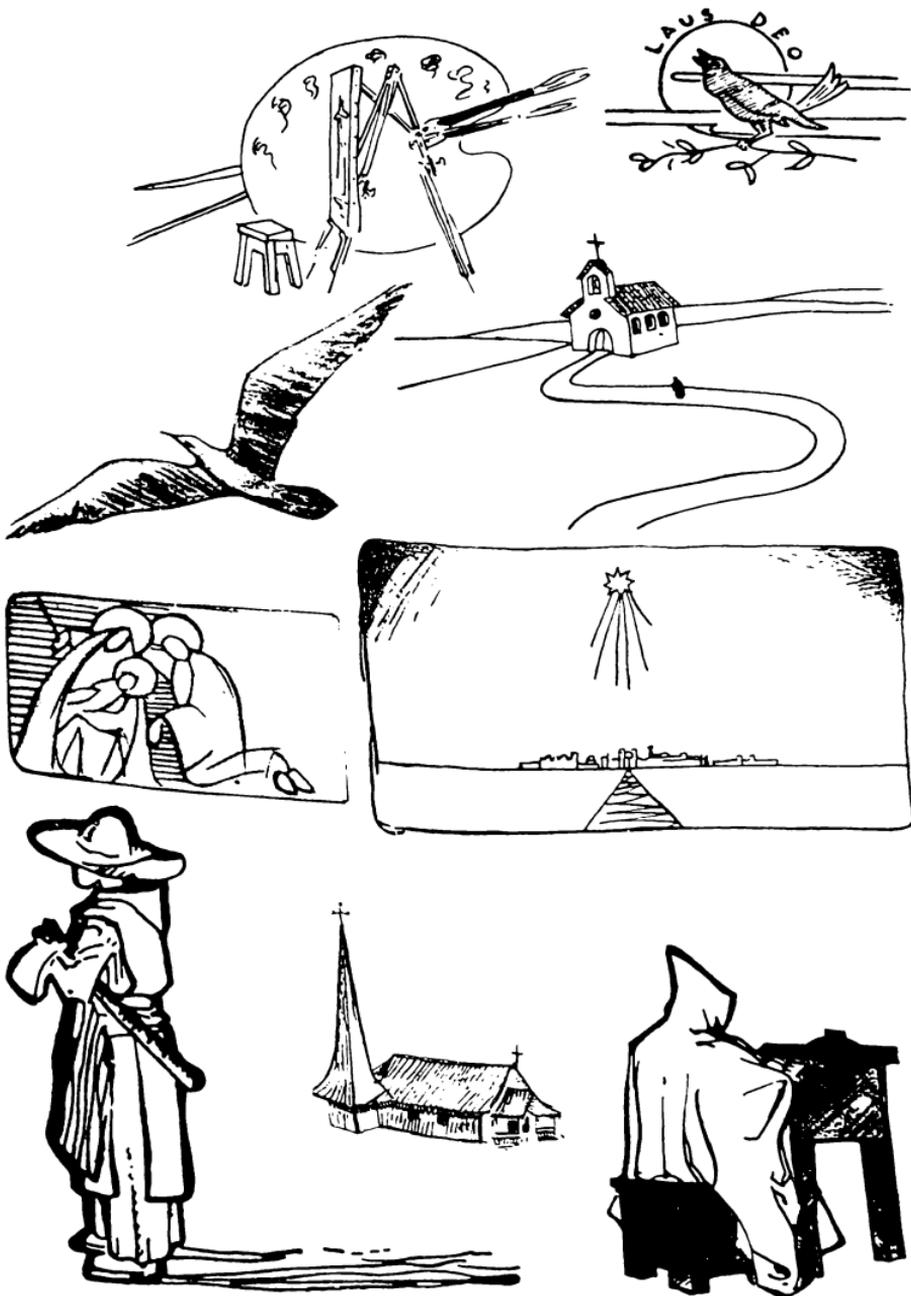
“Donde me vino la gran llorera fue a la colación en el refectorio, pues nos dieron alubias blancas con zanahoria y después ensalada, que nosotros mismos nos preparamos, y que consistía en remolacha, unas hojas verdes que no sé lo que eran y, ¡oh cosa terrible!, una cebolla de esas largas, del grueso de un puro y de veinte centímetros de larga. Me acordé mucho de mi madre que tanto le gustan, y yo no sé si fue el recuerdo materno o la excitación de la cebolla, la cuestión es que se me enrojecieron los ojos y lágrimas abundantes corrieron por mis mejillas... Ahora, en confianza..., yo creo que fue la cebolla la que me hizo llorar.

Soy un fraile muy disipado..., por desgracia... Tengo, como siempre he tenido, muy buen humor; pero como no puedo hablar, ni gritar, ni correr, pues me lo tengo que comer... Así que me dan a lo mejor unas ganas terribles de silbar, al ver a mis hermanos, y yo entre ellos, tan encapuchados comiendo cebolla... Se me ocurren mil diabluras, pues aunque siempre veo el lado sublime de la Trapa, también le veo el lado divertido...”²

Se alternan las expresiones de bromas con otras de un tono muy distinto:

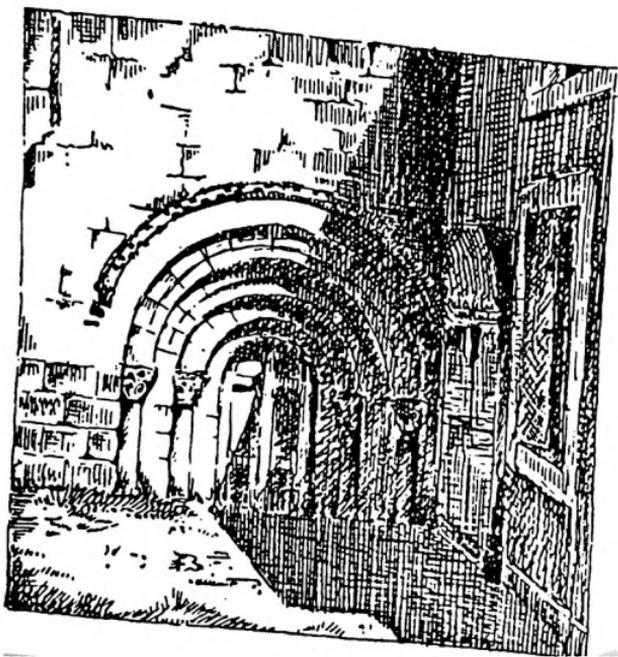
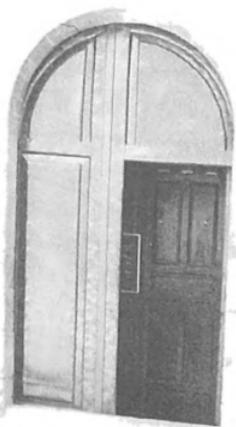
“Cuando te encuentras en el coro y con el salterio

² VE, pp. 102-103 (OC 143-144).



... y otros días, a la escoba para ayudar al hermano enfermero”

Portada romana
de la iglesia
de san Isidro
en foto...



... y un dibujo
a plumilla
del H. Rafael

4 de Mayo de 1938.

Con que facilidad juzga el mundo, y con seguridad también se equivoca.

Para mi familia es la vida más natural que yo esté en la Tierra.

Mis hermanos llevados del camino, desearan mi felicidad, en vista mientras he estado en el mundo, mis deseos de ir y venir tranquilos. Ahora que ya vivo en el "Mansión", dicen, que Dios te regale, por fin vives en tu centro, tal vez no tengas que volver a salir, eres feliz en el momento; el mundo no es para ti.

Estas y otras razones se hace mi familia.

Es natural, es mi vocación.

Si el mundo supiera el martirio contínuo que es mi vida... si mi familia supiera que mi centro no es la Tierra, ni el mundo, ni ninguna criatura sino que es Dios y Dios glorificado... mi vocación es salir afuera en un sacrificio por el mundo entero, inmolarme como a Jesús por los pecados de mis hermanos, los sacerdotes, los Misioneros, por las necesidades de la Iglesia, por los pecados del mundo, las necesidades de mi familia, a la que quiero ver, no en la abundancia de la Tierra, sino muy cerca de Dios.

¡Ah! si el mundo supiera lo que es mi vocación en la Tierra... si supieran en sus vidas lo que como pacífica consueña, si supieran en sus vidas las luchas detrás de la paz aparente... que no, eso no tienen sólo... sólo Dios. Bien está así.

Esto no es un juego, ni cosa que se debe entender.

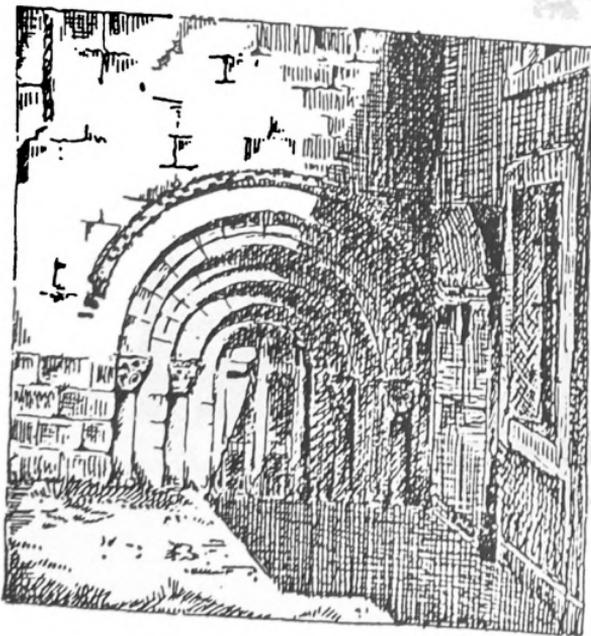
Mis amigos de Cruz no te niñan ni me niñan. Aunque es vivir ignorando, mi vocación, la vocación, que ella a Dios bendigo escucha de todo corazón en el mundo... que el alma es suya por Jesús y sólo por Él y sus intereses.

En la Tierra mi centro dice el mundo... que para mí,

"Mi centro es Jesús y su cruz"



*Portada románica
de la iglesia
de san Isidro,
en foto...*



*... y un dibujo
a plumilla
del H. Rafael*



La "Señora" de la Salve Regina, del ábside de san Isidro

delante de ti, pueden transcurrir horas y horas sin darte cuenta”.

No podemos menos de referir en este momento una de sus miles de diabluras, que no quedaron sólo en su cabeza, y que nos la cuenta un connovicio suyo, el padre Amadeo:

“Un día, el grupo formado por los novicios y oblatos se dirigía al campo. Hacía una mañana hermosísima; lo tibio y perfumado del ambiente, el radiante azul del cielo de Castilla en el que brillaba un sol espléndido, el canto de los pájaros, la paz, la calma y tranquilidad de la conciencia, todo ello hacía que en nuestro interior se engendrara una alegría retozona, contenida a duras penas”.

“Rafael, no pudiendo reprimirla, cogió una cañita de trigo e hizo un silbato, con el que lanzó algunos sonidos. Risa general en el grupo, y al poco rato los oblatos y algunos novicios, armados con su correspondiente silbato, hicieron resonar en el campo la más sonora y alegre tocata. Intervino la autoridad y, con pena de los murguistas, todo volvió al silencio anterior”³.

¿Sería faltar al respeto el pensar que “nuestro padre san Bernardo haya mirado desde el cielo, con mucha complacencia, al golfo del novicio?

Para suplir al riguroso silencio cuaresmal, el padre maestro, con gran delicadeza, informa a la familia de Rafael de las estupendas condiciones de salud del joven novicio, que afronta los ayunos y penitencias con gozosa generosidad. Cuando el primero de abril, fiesta de pascua, Rafael les vuelve a escribir, describe a grandes líneas cómo ha vivido la cuaresma:

“En estos cuarenta días, lo que he hecho ha sido ayunar, hacer oración y penitencia y nada más, pues con eso ya tengo bastante; y no creáis que en esta época del año litúrgico abundan las caras largas y tristes a causa del ayuno...; nada de eso... Se pasa hambre, pero se pasa con alegría, pues se pasa por Dios..., y puedo aseguraros que

³ VE, p. 116.

nunca me he levantado de la mesa más contento que algunos viernes después de no comer más que pan y agua...”

“El reverendo padre abad nos ha premiado a la comunidad por lo bien que ha salido el canto en estos días con un ‘alivio’ en la comida de hoy, de dos huevos fritos y una taza de café. Como veis, también en la Trapa se hacen algunas veces extraordinarios... Los dos huevos fritos me han sabido a gloria”⁴.

¿Cómo no recordar aquí que Rafael había sido siempre amante de la buena mesa y que conocía al dedillo los restaurantes de España donde mejor se comía? Prosigue Rafael:

“En estos días he tenido que cantar en el púlpito unas ‘lecciones de maitines’, y puedo aseguraros que nunca he pasado tantos apuros. Me salía la voz temblorosa, cogía el tono o muy alto o muy bajo, tropezaba en la capa al subir las escaleras; en fin, un verdadero desastre. Pero no se puede remediar: al verme a las tres de la mañana subido en un púlpito y dominando todas las calvas y peladas cabezas de los monjes, las letras del *Leccionario* me bailaban; de repente se me olvidaba la pronunciación del latín, y no daba ‘pie con bola’”.

El humor con que cuenta esta aventura no quita nada al sentido que tenía de la importancia de la liturgia y de sus ceremonias:

“Aquí, en la Trapa, cualquier ceremonia adquiere una gran importancia... En la iglesia siempre estamos de ceremonia... Se anda despacio, sin ruido, se hacen inclinaciones profundas al Señor que está en el tabernáculo... En una palabra, lo que debe ser y exige el culto divino; eso a mí me entusiasma... En fin, esta vida es tan distinta a la que hasta ahora he llevado, que no os podéis imaginar por mucho que os contase”.

Le gustaban mucho los ritos litúrgicos, pero también a

⁴ VE, pp. 104-109 (OC 146-151).

veces le creaban problemas y le daban... disgustos. El padre Damián, connovicio suyo, cuenta las dificultades que tenía Rafael para encender las velas de los grandes candelabros del altar mayor. A veces pasaba todo el tiempo de la *Salve* —muy solemne y larga en el rito cisterciense— intentando encender las dos luminarias a la Virgen, sin conseguirlo⁵.

Por lo que respecta al alma, Rafael afirma que tiene mucha paz dentro y que cada día que pasa siente la necesidad de bendecir al Señor por haberle llamado a servirle en la Trapa:

“En el propio renunciamiento a sí mismo y en la entrega total a Dios se encuentra lo único que merece la pena de vivir..., que es la paz en Dios... En ciertos momentos quisiera comunicaros mi alma, mi amor a Dios, para que vierais que vuestro hijo ha encontrado el verdadero camino”⁶.

Y puesto que en este pasaje de la carta se ha detenido, dirigiéndose también a los hermanos, invitándoles a una visión completamente sobrenatural de la vida, en un determinado momento se para y escribe: “Bueno, ya me salió el sermón”, y vuelve enseguida entre lo serio y la broma:

“Ya parece que me estoy habituando a la capucha...; mejor dicho, ya me voy acostumbrando a todo. El cuerpo es un animal de costumbres y lo único que hay que hacer es domarle”.

Luego se observa que cualquier actividad que se realice en el monasterio es igualmente importante a los ojos de Dios. Lo que importa es poder presentarse un día al Señor y, “enseñándole las manos llenas de callos y sabañones, decirle: ‘Señor, las obras ejecutadas por mí son pobres y despreciables, mis manos han trabajado mal..., pero yo, Señor, todo lo hacía en tu nombre, y cada vez

⁵ VE, p. 117.

⁶ VE, p. 107 (OC 151).

que el cuerpo se inclinaba en tierra para ganarme el pan, mi corazón se elevaba a ti para poder algún día ganar el cielo'. Es un gran consuelo tener callos por amor a Dios".

"Todo por Dios", éste puede considerarse que es ya desde ahora el lema de Rafael, sea que trate cosas serias, sea que cuente los aspectos de su nueva vida en plan humorístico. Parece como que, cuando Rafael escribe abriendo rendijas que dejan entrever sus relaciones con Dios, o su trabajo interior, tenga enseguida casi necesidad de hacer olvidar estas experiencias suyas quitándoles importancia por medio de su estilo humorístico.

"Ya he aprendido a afeitarme con navaja sin cortarme. Las mangas de la camisa me llegan a las narices. Ya sé pelar patatas con toda mi elegancia características..."

Y luego vuelve a hablar en plan serio de la vida comunitaria:

"La vida de la Trapa no se comprende bien, pues se relaciona con el mundo, siendo así que la vida del mundo es completamente distinta. Para el trabajo, para comer y para dormir, y en el cementerio, todos somos iguales..., siendo así que hay una escala desde el reverendo padre abad al último novicio, y cada uno tiene supuesto, su cargo y su dignidad. Es decir, que en el Cister están compenetrados la jerarquía con la igualdad: es una sociedad perfecta, dentro de lo que cabe, siendo cosas de los hombres"⁷.

Para penetrar más en la personalidad de nuestro novicio, nos ayudan las impresiones que respecto a Rafael ha anotado un monje. El padre Amadeo se impresiona por el gran fervor del joven y su recogimiento en la oración, pero sobre todo por su comportamiento en el refectorio, donde nadie pudo percibir nunca la más mínima repugnancia de Rafael respecto a la comida, tan distinta de aquella a la que estaba acostumbrado. Comía de todo indistintamente, no dejando nada en el plato.

⁷ VE, p. 109 (OC 154-159).

“Su trato era muy ameno, su fina ironía que le hacía ver el lado cómico de las cosas, su gracia natural para imitar la voz y los gestos de otras personas, hacían que su conversación fuera agradable y chispeante, pero nunca llegó a traspasar los límites de la caridad. Por eso era querido de todos... Nada de esas modestias adustas, silencios hoscos, que hacen repulsiva la virtud. Él todo lo hacía con tal sencillez y naturalidad, que nunca se pudo notar las luchas que en su interior se entablaban”⁸.

Así como se ve con toda transparencia la perfecta serenidad de espíritu de Rafael, del mismo modo nos consta el perfecto estado de salud a finales del mes de abril. Efectivamente, el 29 de abril fueron a verle su amigo Juan Vallaure y otro estudiante de arquitectura. Juan, amigo también de la familia, con delicadeza se siente obligado a tranquilizar a la señora Arnáiz Barón no sólo respecto a la gran tranquilidad y paz de Rafael, sino también de su estupenda salud, y le describe “más moreno, más fuerte y más gordo”⁹.

Pocos días después comienza a perfilarse el impensable e imprevisible drama.

⁸ VE, p. 117.

⁹ VE, p. 111.

13. *El encuentro con la cruz*

EN MAYO aparecieron los primeros síntomas de la enfermedad: Rafael no puede ya trabajar, oprimido por un enorme cansancio y falta de fuerzas. Sigue a sus hermanos en el campo, pero poco después tienen que mandarle que se siente, con una gran palidez en el rostro.

No decía nada a pesar de sufrir muchísimo, dominado, más que por el dolor físico, por la humillación de no poder trabajar.

El abad, que le trataba como a un hijo predilecto, apenas supo que Rafael estaba en la cama enfermo, fue a su celda y, viéndole en aquel estado, dio órdenes de que le pasaran inmediatamente a la enfermería y le cuidasen con toda atención¹.

¹ En la carta del 3 de junio al tío Polín, Rafael describe el imprevisto y desconcertante desarrollo de los acontecimientos: "En los cuatro meses de noviciado, ni un mal dolor de cabeza; una salud estupenda y encantado de la vida... Comienzan los trabajos de la escarda. Los primeros días en el campo, muy bien, alabando a Dios en medio de los trigos. Un día me siento muy cansado; al día siguiente, más; a otro ya no resisto, y mientras mis hermanos trabajan, yo me siento..., estoy agotado; hace dos o tres días que tengo una eliminación de orina tremenda, habiendo noches de levantarme seis veces... El padre maestro no me deja ir al campo; me quedo en casa lavando lechugas; al día siguiente, después de maitines de la Virgen, a las tres de la mañana, no puedo estar más tiempo en el coro y subo a acostarme. Al día siguiente sube el padre abad al noviciado y me manda unos días a la enfermería.

El padre enfermero me analiza la orina, y se queda asustado. Llega el médico y dice que tengo que ponerme un tratamiento inmediatamente, y es imposible en el monasterio. Al día siguiente llega papá con el coche. A Oviedo llegué a las cuatro de la tarde, y a las seis me ponían la primera inyección de insulina... Tengo mucho azúcar..., un hambre terrible y una debilidad tal que el leer me marea, el andar me cansa, apenas veo... Todo ha sido cuestión de seis o siete días..." (VE, pp. 127-128 [OC 168-169]).

Pero la situación se precipita. En ocho días Rafael pierde 24 kilos. Llega, tajante e inexorable, el diagnóstico médico: diabetes *mellitus*. Y con el diagnóstico, un agravamiento rapidísimo.

El 25 de mayo el padre Marcelo, maestro de novicios, manda urgentemente al padre de Rafael el siguiente mensaje:

“Cuando menos lo pensábamos, se ha notado hoy que Rafael padece actualmente de diabetes *mellitus*, que podrá curarse con un tratamiento apropiado y una medicación racional. Consultado el caso con nuestro médico, opina que es conveniente marche al lado de ustedes, y ponerle ahí un tratamiento a la mayor brevedad. Por esta razón..., ruego a usted venga con su coche para llevárselo, y aquí se le darán todas las instrucciones convenientes”².

El señor Arnáiz sale inmediatamente y por la tarde ya está en San Isidro, donde pernocta. La mañana siguiente vuelve para Oviedo llevando a la casa paterna, destruido por la enfermedad, aquel hijo con veintitrés años que cuatro meses antes había salido lleno de vida y de entusiasmo.

El padre Teófilo, su confesor, nos describe la dramática escena de la partida de Rafael:

“Al fin, después de muchas horas de discusión, por mediación de la Virgen, le convencí de que debía aceptar con sumisión la voluntad de Dios. Pero la mañana siguiente, cuando apenas se tenía en pie, al despedirse, casi agonizante se agarró a mí y me dijo: ‘Padre, quiero morir en sus brazos’, a la vez que lloraba, sollozando tan fuerte que tuvo que intervenir el enfermero para separarlo de mí y meterlo en el coche, donde poco después cayó en coma”³.

La comunidad, que muy pronto se había dado cuenta del valor de aquel novicio tan dulce y manso, lo saludó en

² VE, p. 112.

³ *Inform. Alleg.* 15, p. 27.

silencio, sin lágrimas ni palabras, pero con la profunda pena de verle deshecho, agotado, con el sufrimiento que reflejaba todo su ser.

El padre abad, con un gesto de delicadeza exquisita —y veremos que no será el último—, le dio aquel hábito blanco que apenas tres meses antes había tomado⁴.

¿Cuáles fueron las reacciones de Rafael después de un golpe tan duro? Cedamos de nuevo la palabra a su madre:

“Llegaba pálido, sin vista, casi moribundo, con el traje seglar colgándole de los hombros, pues fueron 24 kilos perdidos en ocho días, y... sonriente, como si fuese el hombre más feliz de la tierra... Y después, al verse acostado de nuevo en su cama, atendido, rodeado de médicos, mimos y cuidados, dijo tranquilo y con una tristeza infinita en su mirada dulcísima: ‘¿Lo ves? Ya estoy aquí otra vez... ¡Dios lo quiere...!’”⁵

Apenas recobró las fuerzas, aunque sólo muy limitadamente, volvió la plena sumisión a la voluntad de Dios. Aceptó de buen grado todas las prescripciones de los médicos, incluyendo el reposo y la dieta. Pero la mente y el corazón estaban siempre allá, en la Trapa.

En la *Biografía espiritual* de don Gonzalo Fernández se analiza muy finamente la prueba que Dios impuso a Rafael. Su personalidad destacaba por una intensa sensibilidad afectiva y emotiva. Amaba la Trapa con un amor en el que se mezcla en parte cierta satisfacción humana. Su corazón estaba satisfecho con todo lo que le ofrecía el monasterio: sus superiores, que le amaban como a un hijo, y los hermanos en religión, tan íntimamente unidos a él por el afecto. El Señor venía ahora a arrancar las pequeñas raíces que estaban brotando en su corazón y que habrían podido impedir el vuelo a lo alto⁶.

Rafael es consciente de esta prueba purificadora, a pe-

⁴ VE, p. 113.

⁵ VE, p. 114.

⁶ BE, pp. 46-47.

sar de estar plenamente convencido de que su puesto está en la Trapa. “En la Trapa era demasiado feliz”⁷, escribirá al padre maestro apenas le sea posible volver a tomar la pluma, que entre tanto lo hace la madre. “Respiraba alegría por todos los poros”, se lee en una carta al tío Polín⁸.

Efectivamente, de sus cartas se desprende cómo se halla enraizada en él la idea del ofrecimiento absoluto y total a Dios y hasta qué punto esto le permite aceptar los acontecimientos con animosa generosidad. En la primera carta que puede escribir a su padre maestro —aunque con trabajo— aparece con toda la evidencia que Rafael quiere vivir en fe y entrega en pleno abandono en las manos de Dios, aunque no sin luchas interiores.

“Lo mejor es cerrar los ojos y dejarse llevar por él, que él sabe lo que nos conviene... La prueba que me ha exigido es dura, pero con su auxilio saldré adelante; y aquí, allí o donde sea seguiré adelante, sin retroceder... Dios tiene la palabra. Él da la salud y él la quita... Nosotros los hombres no podemos hacer más que confiar en su divina Providencia... Creo que la verdadera perfección es no tener más deseos que: ‘que se cumpla su voluntad en nosotros’”⁹.

Vuelve a hablar de la vida en la Trapa con nostalgia, y luego nos cuenta detalles de su vida ordinaria:

“Me levanto tarde, me acuesto tarde. Recorro todas las butacas de la casa para no estar siempre en la misma; y para no ocultarle nada, le diré que he vuelto a fumar. El hábito no me lo pongo para no llamar la atención, y lo tengo cuidadosamente guardado; para mí fue un consuelo el traérmelo. No recibo a nadie; los primeros días, porque la gente me mareaba realmente, y ahora porque lo que me digan no me interesa lo más mínimo”¹⁰.

⁷ VE, p. 123 (OC 174).

⁸ VE, p. 130 (OC 179).

⁹ VE, pp. 123-124 (OC 174).

¹⁰ VE, p. 125 (OC 176).

Que Rafael vaya comprendiendo la “lección” que el Señor le quiere dar, lo demuestra una frase de la carta que escribió el 3 de junio al tío Polín:

“Yo en la Trapa era feliz... Había conseguido desprenderme de las criaturas y no ambicionaba más que a Dios... Pero me quedaba una cosa: el amor a la Trapa, y Jesús, que es muy egoísta del cariño de sus hijos, también ha querido que me desprendiese de mi amado monasterio, aunque no fuese más que temporalmente”¹¹.

Tiene la mente clara y el estilo es fluido como siempre. Pero las fuerzas todavía son débiles: “Estoy todo el día sentado sin hacer nada”¹². La nostalgia de la Trapa no abandona nunca a nuestro enfermo.

“Ahora lo que pido al Señor es que me cure para volver a mi monasterio con mis hermanos. Le pido la salud para ofrecérsela nuevamente a él”¹³.

A mitad de junio se empezaron a sentir los primeros efectos de los cuidados que recibía. Volvieron las fuerzas, volvió a tocar el violín y a pintar. En lo profundo la herida sigue abierta, pero por fuera procura estar alegre, sea porque quiere “vivir la voluntad de Dios con paz”, sea para no hacer sufrir a los suyos. Pero a pesar de los esfuerzos de Rafael, su madre se da cuenta de lo que está sufriendo, y pide al padre maestro que ayude a su hijo. Llovieron las cartas de la Trapa, tanto de parte de los monjes como de los novicios, para levantar el ánimo del hermano “exiliado”.

A finales de julio recibe el consentimiento del médico para que pueda pasar en San Isidro tres días con motivo del onomástico del padre abad. En una larga carta al padre maestro, llena de agradecimiento por todas las que de él ha recibido, pide el permiso para ir al monasterio. En la carta hay muchas consideraciones negativas acerca

¹¹ VE, p. 126 (OC 166).

¹² VE, p. 128 (OC 169).

¹³ VE, p. 131 (OC 180).

de la vida en el mundo y otras siempre positivas sobre la vida en la Trapa, con el acento puesto en el sacrificio, la mortificación y la oración.

Llega enseguida, cordial y paterno, el asentimiento del padre maestro... Llega el momento de volver, aunque no sea más que por un brevísimo tiempo, a la amada Trapa. Rafael parte el 31 de julio. Es fácil imaginar cómo pasarían volando aquellos tres días.

De vuelta a Oviedo, escribe al padre maestro. La nostalgia se hace cada vez más profunda, pero Rafael se da cuenta de la lección que el Señor le está dando:

“Mi corazón está aún muy apegado a las criaturas, y Dios quiere que lo desate para entregárselo a él solo. Mire, padre, el día que salí del monasterio, cuando aún en el oficio de nona estaba yo en la tribuna vestido de seglar, al mismo tiempo que los padres cantaban, yo al mirarles y al verme arrancado del coro derramé lágrimas muy amargas... Comprendí que estas lágrimas hubieran sido más agradables a Dios si en lugar de mirar tanto a mis hermanos en religión, a quienes tanto quiero, hubiera mirado más al sagrario... Al fin y al cabo, más triste es salir de la casa de Dios que separarse de los hombres... Pero sobre el corazón no se manda, y el mío es algo que siempre me ha hecho sufrir...; y como Dios me quiere más perfecto y mejor, se ve claramente entonces que esta prueba tan dura que me envía es necesaria...”¹⁴

¹⁴ VE, pp. 144-145 (OC 211).

14. *Apología del trapense*

PASA el verano, la salud mejora; Rafael pide poder hacer los ejercicios espirituales con la comunidad, pero la prudencia aconseja a los superiores no aceptar esta petición¹. Entonces Rafael se dispone a escribir algo que, por un lado, afirme cada vez más su vinculación con la Trapa, y por otro, a la vez que le confirma en sus convicciones, explique a quien se le oponga a que vuelva más o menos pronto al monasterio —y son tantos!—, que la Trapa no es, en modo alguno, el lugar en el que la vida es imposible por su austeridad. ¡Todo lo contrario! Se hace llevadera por la comprensión y la gran caridad de los que viven en ella. Y busca a la vez explicar la esencia de la Trapa, poniéndola en contraste con la vida del mundo. Son páginas que merecen ser conocidas.

Rafael comenzó a escribir estas notas el 19 de septiembre de 1934 y las terminó a finales del mes. La idea central de sus reflexiones está en la antinomia mundo-Trapa. Veremos que es un “tema con variantes”. Llenó un cuadernillo de 34 páginas, sin título ni subtítulo. Sólo después fue “bautizado” como *Apología del trapense*.

Partiendo de que para él el escribir es “un esparcimiento de su espíritu y que goza hablando de Dios”², da por descontado que lo que salga de su pluma no tiene pretensiones literarias, sino que son reflexiones sobre las

¹ VI, p. 148.

² *Apol.*, p. 7 (OC. 231).

impresiones de su alma y de su corazón, y que es una auténtica expresión de su gran sensibilidad. Por tanto, no faltan párrafos llenos de sentido poético:

“Yo veo a la creación muy hermosa; gozo con las almas de los hombres que aman a Dios... La vida no es triste cuando se posee a Dios... El sol brilla, me gustan las flores, los pájaros y los niños. Todo es un motivo de alabanza al Creador: las estrellas, la noche y los campos llenos de luz; y en una Trapa se goza de todo eso, porque todo eso le lleva a uno a Dios... El monje canta las maravillas del Creador. Es alegre y dichoso de ver la bondad de Dios reflejada en las criaturas”³.

Observa y juzga al mundo desde varios aspectos. Se encara con él con cierta virulencia: “Tú, ¿qué le ofreces?... Miserias, mentiras, vanidades, todo lo falso y todo lo que no dura”⁴. Aquí se trata de aquel mismo “mundo” por el que el Señor “no ora”⁵, del que Santiago afirma que aquel que lo ama es “enemigo de Dios”⁶, y a quien Juan, el evangelista del amor, manda “no amar”⁷.

Pero reconoce que hay en él afectos purísimos y alegrías santas..., y que, entre tantas lágrimas, hay también sonrisas, y en medio del dolor de las espinas, las flores son más bellas⁸. Pero éste es un “mundo” distinto del primero. Éste es aquel que Rafael ha vivido en medio de su maravillosa familia, motivo por el que puede añadir:

“No me fui por temor al mundo... ni entristecido al ver que todo lo que él me daba era mentira y engaño... A mí el mundo no me engañó ninguna vez... Apenas empiezo a vivir, pues los veintiún años no creo que sean de una experiencia tal para que yo, enfáticamente y con voz sonora, diga: Me voy al claustro porque soy un des-

³ *Apol.*, p. 16 (OC: 241).

⁴ *Apol.*, p. 13 (OC: 235).

⁵ Jn 17,9.

⁶ Sant 4,4.

⁷ 1 Jn 2,15.

⁸ *Apol.*, p. 16 (OC: 241).

engañado de la vida, y con el semblante compungido me retire a la soledad monástica para llorar mis pecados... No hay nada de eso. A mí la vida me florecía, me acariciaba y Dios me mimaba... Soy un carácter alegre y era feliz... Gozaba con la música y con la naturaleza; no he tenido apenas tiempo de conocer el mundo... Lo vi de cerca y nada más”⁹.

“Entonces, ¿por qué me fui a la Trapa?... El regalo al cuerpo con todos sus cuidados, como vi que era un poco de barro y que no merecía la pena de ocuparse de él, concentré mi atención en mi alma que es inmortal... Los deseos y el interés de ser algún día un buen arquitecto los cambié por los de procurarme un puesto en el cielo amando a Dios”.

Por tanto, no se trata de un pesimismo negro, sino de la supremacía del espíritu sobre la materia, y ante todo del amor a Dios, después de haber visto “con claridad que Dios me amaba mucho más de cuanto yo lo pudiese amar”.

Es clara, pues, para Rafael la distinción entre el “espíritu” del mundo, que se insinúa y atrae arrastrando poco a poco para apartar de Dios, no sólo para poner su atención en lo que pasa, sino para darse al pecado, a las pasiones, al egoísmo, y el “mundo” como creación de Dios. Consiguientemente, no tiene una visión maniquea, sino, podríamos decir, casi franciscana.

En el juicio de condena del mundo es lógico que ponga el acento en el plano *social*. Conviene recordar que precisamente en los días en que Rafael escribía estas notas estaba asistiendo en Oviedo a la explosión de la revolución: incendios, tiroteos, bombas, muertes. Su misma casa fue invadida y allanada por los mineros rojos de Asturias¹⁰.

Podía parecer esto un tema extraño al que estaba tra-

⁹ *Apol.*, pp. 17-18 (OC 243).

¹⁰ *BE*, pp. 57-58.

tando. Rafael, en cambio, conduce la cuestión de un modo tan lógico y consecuente que hoy mismo parece de una actualidad impresionante.

Una tarde observa que en una iglesia apenas hay unas personas que mascullan oraciones junto a un altar; que otras están junto a un confesonario. Pero, por desgracia, el sagrario está completamente abandonado y olvidado, y siente una gran pena:

“En la paz y en el silencio del templo mi alma se abandonaba a Dios. Veía pasar por delante de mí todas las miserias y todas las desgracias de los hombres: sus odios y sus luchas, y pensaba que si este Dios que se oculta en un poco de pan no estuviese tan abandonado, los hombres serían más felices”¹¹.

Antes de terminar el párrafo, naturalmente, tiene un pensamiento lleno de nostalgia para la Trapa: “Me acordaba de los cantos de la salmodia en la Trapa, veía a mis hermanos los monjes cantando delante de Dios, y yo me veía separado de ellos y solo...”

Pero luego hace una descripción realista y angustiada de la triste miseria de los suburbios más alejados de Oviedo y del consiguiente conflicto ético social:

“Las casas sucias y negras dejaban ver de vez en cuando el interior mal alumbrado de las habitaciones, olor a polvo y humedad; mujeres desgredadas chillando a los chiquillos que juegan en el arroyo... De vez en cuando, una taberna de la que se desprende un olor a tabaco, a vino y a comida barata... Esto es el pueblo, el pueblo pobre, donde el hambre es una cosa corriente y adonde los habitantes del centro de la ciudad no quieren venir porque la miseria les molesta. Allí hay comercios de lujo, las casas tienen portero y ascensor... Los coches, brillantes y limpios, se pueden deslizar por el asfalto sin llenarse de barro y sin tropezar con chiquillos que juegan en el arroyo. Sin embargo, tanto los pobres como los ricos son hijos de

¹¹ *Apol.*, p. 19 (OC 245).

Dios, todos tienen las mismas miserias y los mismos pecados...; pero algún día, cuando Dios juzgue, ¡qué sorpresas nos vamos a llevar! La desesperación del que tiene hambre se puede justificar, pero el egoísmo del que tiene dinero y los pobres le molestan, eso no tiene perdón. Si a Dios le olvidan los de arriba, ¿por qué nos extrañamos que se rebelen los que están abajo?... No hay que ir al pobre a predicarle paciencia y resignación, sino que hay que ir al rico y decirle que si no es justo y no da (de) lo que tiene, la ira de Dios caerá sobre él...

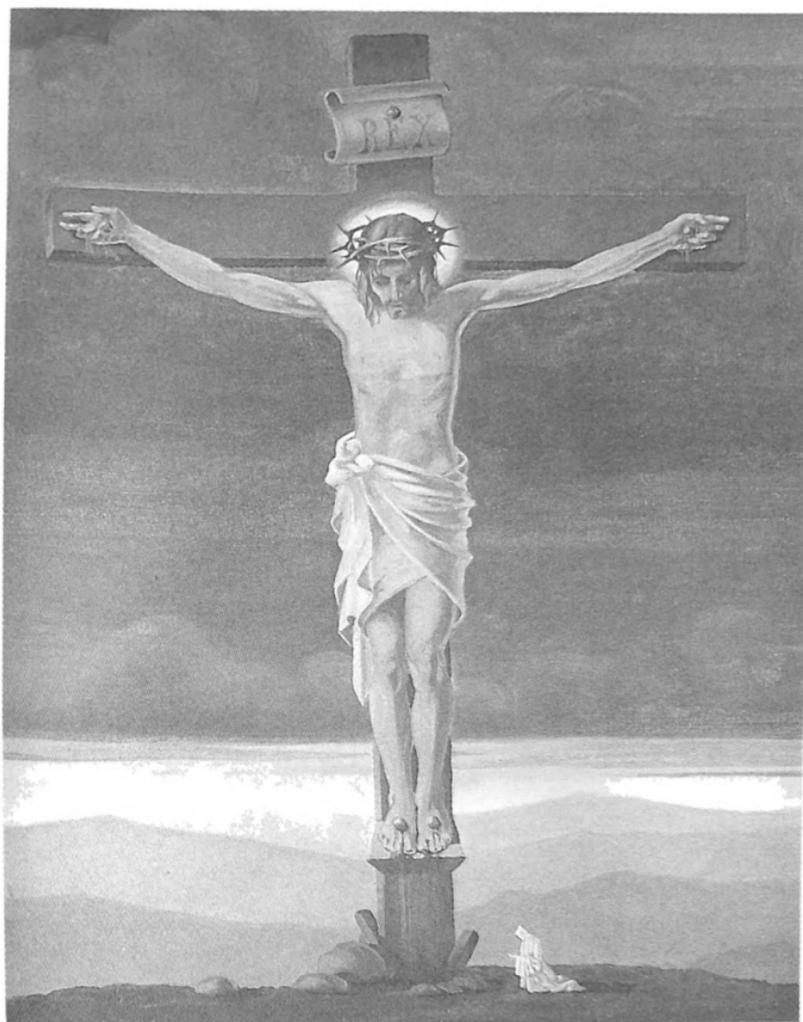
¿Qué pasará el día que el nombre de Dios sea maldecido por unos y por otros?... Si al pobre le quitan la idea de Dios, ya no le queda nada; su desesperación es justificable, su odio a los ricos es natural, su deseo de revolución y anarquía es lógico. Y si al rico la idea de Dios le estorba y no hace caso de los preceptos del evangelio y las enseñanzas de Jesús..., entonces que no se queje; y si su egoísmo le impide acercarse al pobre, no se extrañe que éste pretenda arrebatarse a la fuerza lo que tiene”¹²

La “solución”: “Cuando pienso que todos los conflictos sociales y todas las diferencias se allanarían si mirásemos un poco hacia ese Dios que tan abandonado estaba en la iglesia que yo acababa de visitar...”¹³. Rafael ve la solución fácil, “pero éstos, ciegos o locos, no la quieren ver”, y siente la necesidad —como buen trapense— de orar por todos: “Señor..., Señor, mira a tu pueblo que sufre... Los hombres no son malos, Señor...; pero si tú les abandonas, ¿quién podrá, Señor, subsistir?” Y de nuevo vuelve el pensamiento dominante e inexorable de la Trapa:

“Desde que salí de mi Trapa no escucho más que ruidos... La única música que no me molesta es la plegaria..., pero ésta en el mundo no se oye... El silencio de la Trapa no es silencio..., es un concierto sublime que el mundo no comprende... Es el silencio que dice: ‘No metas ruido,

¹² *Apol.*, pp. 20-21 (OC 246-247).

¹³ *Apol.*, p. 22 (OC 248).

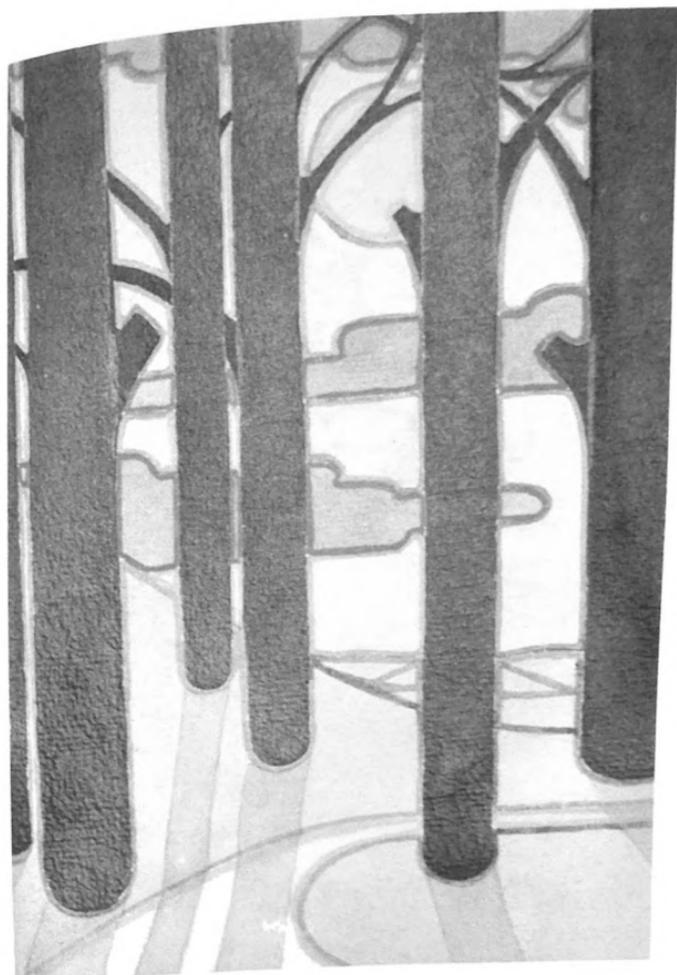


“A los pies del crucifijo, un monje muy pequeño...”

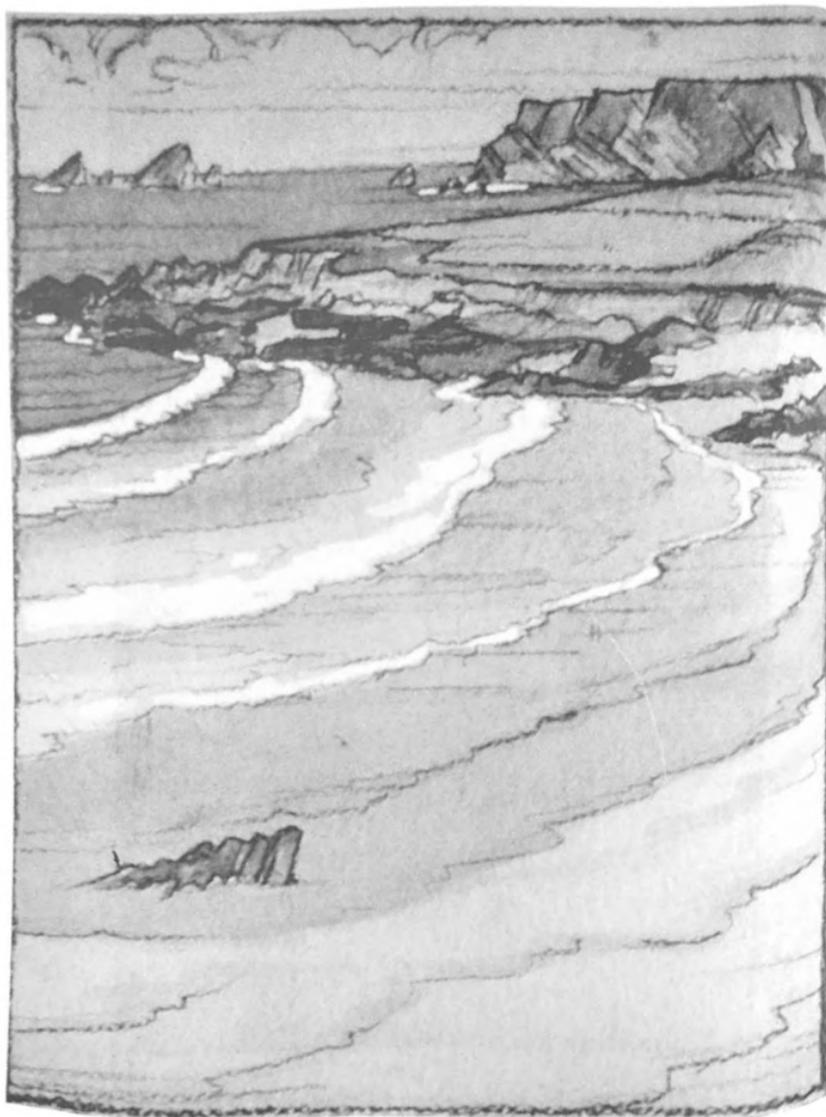


44

“Ante la sangre de Cristo todo discurso enmudece...”



Fascinado por el Absoluto...



Los arrecifes del Cabo de Peñas

hermano, que estoy hablando con Dios'. Es el silencio del cuerpo para dejarle al alma gozar en la contemplación de Dios. No es el silencio del que no tiene nada que decir, sino el silencio del que, teniendo muchas cosas dentro y muy hermosas, se calla para que las palabras, que siempre son torpes, no adulteren el diálogo con Dios"¹⁴.

"El silencio nos hace humildes, nos hace sufridos. Al tener una pena, nos la hace contar solamente a Jesús, para que él, también en silencio, nos la cure sin que los demás se enteren... El silencio es necesario para la oración. Con el silencio es difícil faltar a la caridad, con él se agradece más que con palabras el amor y el cariño de un hermano... Ahora que estoy en el mundo, todo lo que no es silencio me parece ruido, y a veces inoportuno, pues como el trapense para lo único que abre la boca es para cantarle a Dios..., aquí en el mundo es lo contrario: cuando se quiere hablar de Dios, todos cierran la boca".

En uno de los párrafos más impresionantes, Rafael imagina a la humanidad reunida en un valle inmenso: "Todos los hombres están en él; van y vienen, se mueven y gritan... Dios está en lo alto de una montaña desde donde domina el valle, que es más inmenso que el mar... De la inmensa muchedumbre, es toda la humanidad, llega hasta la cumbre del monte donde está Dios un clamor como de un trueno... Son las conversaciones de los hombres, su música mezclada con gritos de combate, ayes de dolor y de alegría, retumbar de tambores, pitidos de fábricas, motores eléctricos, gritos de las plazas y de los circos, millones y millones de discusiones, conversaciones, conferencias, cines y teatros; todo ese grito capaz de enloquecer a quien no fuese Dios llega hasta la cumbre del monte... Pero allí se para; Dios no lo oye. Todo ese ruido lo desdeña, le ofende y no lo oye... ¿Por qué Dios no barre de un soplo toda esa muchedumbre de gente que no hace más que un ruido insoportable?... Parece que a Dios algo

¹⁴ *Apol.*, p. 23 (OC 249).

le detiene... Algo escucha complacido. ¿Es un murmullo? No... Apenas se oye... Entonces, ¿qué es?... Nos ponemos a mirar detenidamente a los hombres del valle, y vemos que algunos no gritan, no corren ni pegan martillazos... ¿Qué hacen? Parece que no hacen nada... Están en silencio y de rodillas... Los demás los miran y se extrañan. Entonces vamos a ellos y les preguntamos: ¿Qué hacéis? ¿Por qué no (os) unís a nosotros en el progreso, en la civilización?... Y entonces ellos nos dicen: *Calla, hermano, no metas ruido, que estoy hablando con Dios.*

¿Qué sería del mundo sin la oración?... ¿Si lo único que agrada a Dios, si lo único que impide barrer a la humanidad desapareciese? ¿Por qué se extraña, pues, el mundo de que unos hombres llenos de buena voluntad se dediquen a hincar su rodilla en tierra y eleven el corazón a Dios? ¿Los creen inútiles? Les llaman egoístas, locos y que están perdiendo el tiempo..., pero no es así; los hombres que se dedican a la oración son los únicos que saben aprovecharlo”¹⁵.

Con esta imagen del valle y con las observaciones que hace nos parece haber señalado los puntos más importantes de la “demostración” que Rafael quiere dar de la antítesis mundo-Trapa; y su tesis resalta fuertemente, poniendo en evidencia la importancia y la utilidad de la oración.

Él mismo nos lo revela: “El escribir es un medio de dialogar, mejor dicho, monologar..., expansionarme, hablarle a Dios, como si a él fuera a quien estoy escribiendo. Mis escritos son, al mismo tiempo, reflexiones conmigo mismo y oraciones a Dios”. Consiguientemente, dejando el tema principal, proclama que su único interés es Dios, el único objeto de su búsqueda es él. Si bien éstos son sus sentimientos sinceros, reconoce que frecuentemente está envuelto en las cosas que no tienen valor, y pide al Señor obrar de modo que las criaturas nunca le separen de él.

¹⁵ *Apol.*, pp. 24-25 (OC 250-251).

“Una cosa me alarma y me hace sufrir mucho...: es mi excesiva sensibilidad. Cualquier cosa me produce gozo, pero cualquier contratiempo me hace llorar. Estoy como una guitarra muy bien templada. que a la menor sacudida de aire o al menor roce las cuerdas vibran”.

En una oración llena de humildad, Rafael pide el desprendimiento total de las criaturas e invoca a la divina misericordia poder contemplar un día a Dios por toda la eternidad ¹⁶.

Los días de la revolución de Oviedo, el 3 y 4 de octubre, interrumpen bruscamente la anotación diaria de las reflexiones de Rafael. Después de aquella trágica experiencia, anota en su cuaderno:

“Burgos, 25 de octubre de 1934.

Ahora que pasaron unos días, después de la espantosa catástrofe ocurrida en Oviedo, ya con el ánimo más tranquilo y con los nervios calmados, procuro continuar mis interrumpidos escritos.

No pretendo hacer un resumen de lo ocurrido en los nueve días de comunismo libertario que padecimos los habitantes de Oviedo... Fue algo tan espantoso que no recuerdo más que una casa de vecinos en la que parecíamos todos locos, un rezumar incesante de ametralladoras, fusiles y dinamita; unos incendios formidables que iluminaban el cielo con un fuerte resplandor de color sangre, y unos revolucionarios que con sus fusiles y sus pistolas nos amenazaban continuamente. He visto por unos días desatado el odio de los hombres, pues bajo el pretexto de renovación de la sociedad, enaltecimiento del obrero y supresión del capitalismo, se cometieron en España, principalmente en Asturias, las más horribles atrocidades.

Mi espíritu ha estado en estos días horrorizado, y nunca creí que los hombres se pudieran matar y destruir con tanta saña” ¹⁷.

¹⁶ *Apol.*, p. 31 (OC 255-257).

¹⁷ APG, *Escritos II* (25-10-34), p. 211 (OC 272).

Para completar el cuadro será bueno reproducir aquí algunos detalles interesantes y significativos sobre aquellos acontecimientos, tomados de una cara de la madre de Rafael:

“Nuestra casa estuvo rodeada por revolucionarios que apuntaban con sus fusiles desde todas las partes... A la noche siguiente incendiaron el convento de los dominicos, matando a cinco religiosos... Las balas han atravesado las paredes en agujeros formidables, han destrozado cristales y puertas, pero a nosotros nos han respetado... ¿Cómo no hemos muerto de pavor y de angustia y cómo no habremos librado del fuego, que ha rodeado esta casa por todas partes hasta arder la manzana casi entera..., ahogándonos con la enorme humareda y asfixiándonos con el horrible calor de las llamas, que parecían subir al cielo en las explosiones de depósitos de aceite y gasolina de garajes y almacenes?... Yo bien sé quién nos ha librado de la muerte, que por todas partes nos acechaba... ¡Mi ángel trapense, a quien Dios permitió salir de su Trapa para que nos sirviera de salvaguardia...! Él, que tantos cuidados y alimentos necesitaba, ha vivido estos días sin comer, sin dormir y alentándonos y diciéndonos que nada malo nos pasaría y que Dios estaba con él”¹⁸.

¹⁸ BE, pp. 58-59.

LA SALUD de Rafael, después de una mejoría que daba esperanzas, sufre un nuevo retroceso, alternando momentos de regresión con otros de alivio. Por lo demás, los días de la revolución de Oviedo, con el allanamiento de la casa, no habían sido ciertamente el mejor ambiente para curarse.

Pasado un mes con un tío en Burgos, Rafael, antes de volver a Oviedo, hace un brevísimo alto en la Trapa, y con mucha sinceridad pone al corriente del empeoramiento de su enfermedad a sus superiores. Obviamente, el padre abad y el padre maestro le desaconsejaron volver a entrar en el monasterio. Era un aplazamiento *sine die*, que hizo sufrir mucho a nuestro fogoso novicio.

Llega el año nuevo. Rafael, aparentemente, parece volver a la vida cómoda y placentera. Su padre le ha comprado en Francia un coche nuevo. Su madre, en cambio, descubre un cilicio que lacera su carne¹.

Para consolar el corazón dolorido de Rafael, viene una sorpresa inmensamente agradable: la visita del padre abad a la casa Arnáiz en Oviedo. ¡Pequeño alivio en medio de una gran amargura!

Una carta al padre maestro fechada en febrero nos hace comprender que la cruz se hace cada vez más pesada: “Me veo muy lejos de mi monasterio, que cada día que pasa lo añoro con más cariño; para mí aquello es mi vida,

¹ VE, p. 154.

y veo que el tiempo pasa y no veo lo que Dios quiere de mí... Dudo si no he pretendido demasiado al aspirar a la santidad”².

Teme haber pecado de soberbia. Se ve miserable y pequeño. A veces se siente solo y abandonado, expuesto al huracán del mundo. Con el cilicio, Rafael maceraba su carne, pero, para santificarlo, el Señor maceraba todo su ser. La mirada de Dios y de la Virgen se posaban sobre él con gran amor, casi siempre sin que él se diese cuenta. Sólo alguna vez llegaba a entreverlo a través del denso espesor de las nubes que lo rodeaban.

Pero la ternura de la madre del cielo quiso una vez mostrarse de un modo tangible cuando Mercedes, la predilecta de Rafael, enferma ya desde hacía unos meses, se agravó con una peritonitis diagnosticada incurable. El empeoramiento era rápido y el fin parecía próximo. Los agudísimos dolores requerían considerables dosis de morfina. Rafael se dedicaba completamente a la joven enferma, escogía y leía para ella los libros que podían entretenerla; dibujaba muñecos y caricaturas que podían hacerla reír³.

En los primeros días de junio la situación se agravó aún más, y Mercedes pidió a su hermano que rogase al Señor para que se la llevara cuanto antes. Rafael le respondió:

“No te apures, nena. Ahora mismo voy a ir a la iglesia y voy a decirle a la Virgen que os quite de sufrir a mamá y a ti; esta noche lo pasarás bien, ya verás”.

Al cabo de un cuarto de hora volvió contento y sonriente, diciendo a su hermana con una encantadora sencillez:

“Ya está. Ya se lo he dicho a la Virgen: ‘A ver qué haces, madre mía, con mi madre; pon buena a mi hermana’”.

A las once de la noche se le puso la última inyección de morfina. No volvió a necesitar más. Todos los dolores se

² VE, p. 156 (OC 278).

³ VE, pp. 159-161.

le pasaron y un mes y medio más tarde Mercedes había recuperado los 25 kilos de peso que había perdido. La santísima Virgen había respondido a su querido hijo.

Durante tres meses Rafael se dedicó a atender a Mercedes en su convalecencia, llevándola frecuentemente al circo, donde también él se divertía tomando nota de los chistes y repitiendo en casa las payasadas que había visto. Por de fuera, nadie habría podido reconocer en aquel joven elegante, con el cigarrillo en la mano enguantada, de aspecto hasta frívolo, el austero trapense que llevaba en la carne un afilado cilicio y que soñaba con pasión en el silencio monástico, mientras su corazón sangraba bajo la cruz aún más que su carne.

“Señor, si para amaros necesito cruz, mandádmela, pues veo claro que cuanto más cruz tenga más os amo, y ya sabéis que el amaros es mi única ocupación en la tierra, y cuanto más os ame más alegría os doy. Virgen santísima, tú que me llevaste a la Trapa para que aprendiera a amar a tu Hijo, ayúdame en mi propósito de amarlos más y más cada día”⁴.

A finales de septiembre, en su coloquio con el Señor, Rafael nos deja ver el largo camino espiritual que ha recorrido:

“Señor, cada día que pasa voy viendo mejor lo que tengo que hacer para santificarme. Antes veía que era yo, desgraciado de mí, el que ponía la virtud, y que si algo bueno hacía, también lo hacía yo; y no, ¡Señor!, no es eso. Todo lo bueno lo pones tú... Por tanto, lo mejor es dejarte hacer en mi vida...”⁵

Una profunda humildad ha sustituido a aquel inconsciente y presuntuoso... “creer que podía hacerlo todo”, fruto más de su fervor que del orgullo.

Todo el mes de octubre lo pasa Rafael en Ávila con su madre y su hermana, procurando fortalecer la salud de

⁴ VE, p. 162 (OC 294).

⁵ VE, p. 163 (OC 295).

Mercedes en el agradable clima otoñal de Castilla. La elección, sugerida por los tíos de Pedrosillo, había sido apoyada por Rafael en una carta a su padre del 24 de septiembre: “Ávila representa mucho para mí”, no sólo por la cercanía de los tíos, “que me quieren tanto”, sino sobre todo por “la paz de este pueblo de santa Teresa, a quien veo en todos los rincones; mi alma goza mucho espiritualmente en Ávila”⁶.

Es precisamente desde Ávila desde donde, el 9 de octubre, escribe al padre abad una carta muy importante y trascendental, que marca un nuevo rumbo en su vida y que deja ver claramente lo que Dios ha hecho por él en medio de la cruz y la purificación llevada a cabo en el “crisol”.

“Llevo casi año y medio fuera de mi querida Trapa, y si viera, padre, ¡qué grande es la obra de Dios en mí!... y cuánto le agradezco al Señor la prueba por la que me está haciendo pasar... Yo buscaba a Dios, y Dios se me daba de una manera fácil... Tenía ilusiones, deseos, quería ser santo, pensaba con delicia en el coro, en ser algún día un verdadero monje... Yo buscaba a Dios, pero también buscaba a las criaturas y me buscaba a mí mismo... Mi vocación era de Dios y es de Dios, pero había que purificarla, había que limar asperezas. Me di al Señor con generosidad, pero todavía no se lo daba todo; le di mi persona, mi alma, mi carrera, mi familia...; pero aún me quedaba una cosa, que eran las ilusiones y los deseos, las esperanzas de ser trapense, hacer mis votos y cantar misa. Eso me sostenía en la Trapa; pero Dios quiere más, quiere siempre más: tenía que ‘transformarme’, quería que solamente su amor me bastara... (Él) no nos da explicaciones cuando nos manda algo que nos conviene. Después, el tiempo y las luces que él nos envía servirán para ver claramente su obra. ¡Cuántas lágrimas cuesta el llegar a besar la cruz!”⁷

⁶ APG, *Escritos I/B*, n. 29 (24-9-35), p. 37 (OC 285).

⁷ VE, pp. 165-166 (OC 309).

La carta prosigue, pero detengámonos nosotros un momento. Este paréntesis de un año y medio fuera de la Trapa constituye una etapa de grandísima importancia en el camino espiritual de Rafael. El Señor ha conseguido lo que se había propuesto. Rafael ha sido probado como el oro en el crisol, y en él ha dejado mucha escoria. Su personalidad, ya de suyo fascinante por las dotes con que Dios le había enriquecido, cada vez se nos presentará más radiante, ya que cada vez está más identificada con la cruz de Cristo.

De este preámbulo de la carta brota la segunda parte, que contiene el motivo principal que realmente la había motivado: la demanda de volver al monasterio como *oblato*. Ya había hablado con el padre maestro y había recibido un acuerdo de principio. Pero Rafael escribe:

“Usted me dijo que esperara... He esperado un año que me ha parecido un siglo... El Señor me quiere junto al sagrario, y yo al sagrario quiero ir. Vuelvo, pues, a pedir a la comunidad que admita a este pobre hombre, que no quiere nada ni desea nada más que estar en la casa de Dios.

No merezco ser monje... ¿El cantar la santa misa?... Señor, si te he de ver muy pronto, ¿qué más da?... Los votos..., ¿no amo a Dios con todas mis fuerzas? Pues, ¿qué más votos? Nada de eso me impide el estar a su lado, el consagrarle mi silencio con los hombres y el amarle, calladamente, humildemente, en la sencillez del *oblato*.

Con mis fuerzas no podré, pero con Jesús y María a mi lado lo puedo todo... Usted me habla de la humillación que eso representa, el no ser nada ni nadie. Pero ¿acaso soy yo algo?... ¿No se humilló Dios? Eso sí que puede llamarse humillación, pero ¿nosotros? En nosotros, despreciable polvo, no cabe esa palabra... Las penas y las lágrimas que por él he derramado se han tornado en paz y calma. Tengo al Señor; déjeme vivir junto a su sagrario, recogiendo las migajas del convento, y soy feliz, feliz en mi nada... Yo no tengo ni virtud ni ciencia, pero sé lo que

soy... Jesús se valió de un rudo golpe para hacerme ver claro; pero si delante de Dios usted considera mi situación, verá a un hombre que, a pesar de todo, sigue pensando en su Trapa. Han pasado dos años —van a pasar dos en enero— desde que entré en el noviciado. Pues bien, quizá no delante de los hombres, pero (sí) delante de Dios, ni un momento he dejado de ser el hermano Rafael, novicio del Cister, y le aseguro que, aunque estuviera toda mi vida en el mundo, en espíritu seguiría siendo trapense...”⁸

Teme dar mal ejemplo a la comunidad al no observar la Regla, y se da cuenta de que el Señor le quita también este consuelo. Observa que el seguir la Regla constituye ciertamente una gran mortificación, pero aún mayor es la mortificación de tener que ser dispensado en parte. Sin embargo, espera poder seguir la Regla durante muchos años, ya que la diabetes no requiere más que cierta clase de alimentación, es decir, la sustitución de algunos alimentos por otros y, quizá, la mitigación de algunas austeridades.

“Si prácticamente fuera un absurdo lo que pretendo, no me hubiera ni atrevido a proponérselo; solamente me atengo a las palabras que me dijo el padre Marcelo: que en muchos monasterios de Francia existían casos como el mío o muy parecidos. Si necesitara una limosna para no ser gravoso a la comunidad, no creo que mi padre me la negara... Espero que vuestra reverencia decida y me conteste lo que tengo que hacer, o ir a hablar de palabra... Fui a Madrid a ver a un médico famoso en estas cuestiones, y me dijo que tenía una diabetes pancreática de tipo leve que llegaría a corregirse, pero no para hacer excesos en cuanto a féculas y azúcar... En el monasterio no tendría dificultad de seguir el régimen, bien en el refectorio o en la enfermería, lo mismo me da; o en la portería, si así lo dispone vuestra reverencia. Al fin y al cabo, el Señor,

⁸ VE, pp. 167-172 (OC 311-315).

cuando le vayamos a recibir en la comunión, no nos pregunta si hemos comido esto o lo otro... No me va a querer a mí menos que al hermano Damián o al hermano Bernardo porque ellos tomen pan con alubias y yo huevos y leche... El día que nos veamos todos reunidos en su presencia, que será pronto, desaparecerán esas pequeñas diferencias, que son nada más que humanas, y de todo lo que es humano hemos de prescindir, no digo ya solamente en el cielo, sino aun en la tierra; pues si lo sobrenaturalizamos todo, todo nos lleva a Dios”.

Termina la carta después de haber recordado y mandado saludos a los monjes que más había conocido en el monasterio, pidiendo al padre abad que le responda pronto.

“Con (su respuesta) proporcionará un consuelo a mi alma, al saber que aún puedo, aunque indignamente, poner delante de mi nombre el fray María cisterciense. Cuenta con un *oblato* que lo único que quiere es dar gloria a Dios, amarle, servirle, con un alma que no quiere nada...”

El final de esta larga carta es una de las pruebas —de las que todavía encontraremos más— del largo camino recorrido por Rafael durante el penoso período del destierro. Al fin del mismo mes de octubre (1935) el abad de San Isidro respondió afirmativamente a la petición del novicio.

En los primeros días de noviembre, Rafael está de vuelta en Oviedo; pero aún pasarán dos meses antes de que vuelva por segunda vez al monasterio. Como veremos, será una delicadeza para con su familia, sugerida por el mismo abad. Aparentemente este período carece de acontecimientos especialmente significativos, a no ser la peregrinación al santuario de Covadonga, realizada juntamente con sus padres y hermana a finales de noviembre.

LA ESTANCIA de todo el mes de octubre en Ávila, a tan corta distancia de Pedrosillo, sirvió también para profundizar en aquellas relaciones de afinidad e intimidad espiritual con su tía, que desde las primeras vacaciones, al acabar el bachillerato, se habían creado entre Rafael y el tío Polín. Nos lo pone de manifiesto un intenso y apretado carteo, nada menos que de 21 cartas —frecuentemente escritas a altas horas de la noche—, que a partir del 8 de noviembre hasta principios de enero Rafael dirige desde Oviedo a sus tíos (casi siempre a su tía), llamándoles afectuosamente con el apelativo familiar de “hermano” y “hermana”, con el único fin de hacer crecer en su espíritu aquel ardor de amor que el Señor había encendido en él en aquellos largos meses de “destierro” de la Trapa.

Se trata de una correspondencia verdaderamente muy valiosa que, sin la más mínima pretensión de dárselas de sabio, responde a las apremiantes demandas de la “hermanilla” con sencillez y caridad y con mucha humildad, en un clima de comunión y comunicación fraterna, constituyendo un verdadero y pequeño tratado de vida espiritual a través de la propia experiencia personal de la vida.

Hay que precisar que Rafael quería expresamente que fuese completamente reservado, con el pacto explícito de que ambas partes deberían destruir las cartas después de leerlas¹. Pacto que, sin embargo, su tía consideró “unila-

¹ VE, p. 174.

teral", conservando con todo cuidado, y para nosotros providencialmente, las cartas del sobrino. Estas cartas tienen un gran valor, ya que nos introducen en los profundos niveles de intimidad con Dios alcanzados por Rafael, a la vez que nos revelan la importancia que han tenido para su camino espiritual los largos meses que ha pasado fuera de la Trapa.

Según un juicio humano y superficial, parecería casi una "crueldad" el haber arrancado del monasterio a un joven que con tanto ímpetu y generosidad había abrazado la vida monástica. Sin embargo, todo revela que, en la sabia economía divina, era un maravilloso plan de purificación, de desprendimiento y de abandono en la voluntad de Dios y un efficacísimo instrumento de "crecimiento" espiritual, tan poderoso como rápido.

Hay que notar también que Rafael, al volver a la Trapa el 11 de enero de 1936, fiel a la línea de su desprendimiento "de todo", cortará radicalmente aquella correspondencia que le había mantenido tan ocupado la mente las semanas anteriores. Desde San Isidro escribirá una sola vez a su tía, después de mes y medio de su ingreso, diciendo expresamente que "los superiores me han permitido contestarte 'por esta vez'"².

Son muchas las cuestiones que Rafael trata, deteniéndose largamente en ellas. Se pueden encontrar fácilmente correspondencias con las enseñanzas de muchos santos, desde santa Catalina de Siena a san Francisco de Sales, san Juan de la Cruz y santa Teresa de Lisieux, sin citarlos, pero como algo que tiene asimilado. Procuraremos resaltar sólo algunos entre los más importantes, es decir, aquellos que más se relacionan con su espiritualidad y, al mismo tiempo, son más útiles para "dar luz" a su tía.

"No te veo a ti..., no veo ni a tía María... ni a mi queridísima hermanilla. No veo la criatura..., puedes creer-

² APG, *Escritos I/C*, n. 28 (30), 23 de febrero de 1936, p. 126 (OC 617).

me... Ahora no veo más que un alma de Dios; como cosa de Dios quiero tratarte, como cosa de Dios quiero ayudarte”³.

“Él guía mi pluma y sin él no sabría escribirte... Quiero que lleguen a tu alma, no mis palabras, no mis ideas, ni mi cariño, ni nada mío. Quisiera alimentar tu pobre corazón sediento de Dios, con ese Dios que me mueve a mí, que me hace vibrar”⁴.

“En tu carta no he visto más que esa duda que me refieres (la dificultad de conciliar la vida de oración con los deberes familiares). Mira, hermanilla querida, cuando yo salí de la Trapa me pasaba lo que a ti... Salía de un mundo sobrenatural para entrar en un mundo material; en este mundo material incluyo incluso el cariño de mi familia. A cualquier cosa saltaba. Mi vida interior era Dios y mi vida exterior eran los hombres. Salía de mi Trapa, en la que, no necesito decirte, tenía a Dios por dentro y por fuera; y cuando tuve que salir, coleaba como pez fuera del agua. Pero mira, es que en ese amor a Dios que yo tenía y en esa vida interior que llevaba había mucha imperfección, y el Señor quiso perfeccionarme en este sentido... Yo sé lo que a ti te pasa. Crees que para hundirte en Dios tienes que olvidar que estás entre las criaturas. Crees que tu vida interior está en lucha con tu vida exterior... Como la única fuente de experiencia en esto es mi propia alma, de ella te escribo”⁵.

“... Si me daba de lleno a mi vida de Dios y en Dios..., cuando volvía a casa... incluso me ponía de mal humor después de comulgar por tener que desayunar y luego hablar de esto y de lo otro; incluso faltaba a la caridad... Quería recogimiento... y quería recogimiento en los demás para que a mí me ayudaran... Venía a lo mejor de la

³ APG, *Escritos I/C*, n. 20 (21), 15 de diciembre de 1935, p. 105 (OC 473).

⁴ VE, 18 de noviembre de 1935, p. 190 (OC 363).

⁵ APG, *Escritos I/C*, n. 20 (21), 15 de diciembre de 1935, pp. 105-107 (OC 474-480).

iglesia pensando en Dios y suspirando por mi Trapa, y si algún hermano me importunaba con otra cosa..., me daban ganas de contestarle mal... o de veras le contestaba... Todo me irritaba por dentro... Creía que tenía que hacer una trapa en mi casa... y que, como en el monasterio, después de recibir al Señor, nadie hablara y todo me ayudara a guardar mi oración... ¡Qué equivocado estaba!... El Señor me hizo ver, pero a fuerza de lágrimas, que estaba equivocado... Que podía quererle mucho, tener una vida intensa en Dios y al mismo tiempo estar entre las criaturas con verdadera alegría... Hacer participar a los demás de lo que llevaba dentro... Ahora soy más cariñoso con mis padres; a mis hermanos les trato con más caridad. Es lo que Dios quiere... Quisiera hablar a todas horas de él o no hablar; pero como esto no puede ser, pues no es voluntad suya, me contento con hablar a él solo... Mañana tengo que ir al taller mecánico para arreglar no sé qué del coche..., pues lo hago con verdadera alegría; veo a Dios entre el aceite y las tuercas; pienso que aquellos mecánicos que me rodean tal vez no conocen a Dios; pido por ellos... Antes quería que el mundo entero guardara silencio, que todo el mundo viera a Dios y que al solo nombre del Señor se pararan incluso los tranvías. Era un amar a Dios muy especial y un amarme a mí mismo... también muy especial. En el recogimiento externo me buscaba a mí mismo. Ahora no es así, gracias a Dios y a la Virgen; y si algún hermano necesita de mí para otra cosa que no sea Dios, en nombre de Dios lo hago..."

"Ánimo, hermanilla, no te importe el mundo; haz un sagrario dentro de tu corazón; pon en él al Señor... Perfecciona tu vida interior, y ya verás cómo la exterior no te quita la paz, sino al contrario... Ya verás cómo entonces se te quita el geniecillo, y cuando vuelvas recogida de tu comunión, cuando vuelvas a tus quehaceres en casa..., verás cómo incluso la alegría de vivir te inunda por todos lados... El pensar que Dios te quiere te dará alas... Pasarás por el mundo, y el mundo no se enterará".

Luego añade en un tono severo: “Y si das ocasión ahora a que las criaturas vean en ti desabrimiento en lugar de paciencia, impaciencia en lugar de caridad y haces gestos donde debe haber serenidad y dulzura..., entonces desconfía, hermanilla; pues o no tienes humildad o el demonio anda en medio”.

Concluye la carta recordando que santa Teresa podía haber tenido un arrobamiento por la mañana, sin que esto la impidiese tratar con unos y otros por la tarde de cosas materiales que tuviera entre manos. “Solamente quiero mandarte esa paz tan grande que da el saberse amados de Dios”.

A propósito de la verdadera humildad, Rafael ve muy claro, y con esa misma claridad quiere explicar a su tía el modo de practicarla:

“Hemos quedado en no ‘coger flores’, y al ser tú nada, tu consuelo..., no te detengas en ti. Si el verte pequeña delante de Dios te alegra, bien está; pero a mí me parece, perdóname, pues yo no soy nadie..., que si no te alegraras por eso sería más perfecto. Si prescindieras de ti sería mejor... Cuando menos te mires a ti misma mejor verás a Dios. Que el Señor te conceda la verdadera humildad...; pero una vez que la hayas sentido sigue adelante, no te detengas en la humildad, pues te detienes en ti misma... Sigue adelante; sube hasta el Señor, que cuando estés con él, entonces ya verás cómo efectivamente te sientes nada... No te mires a ti misma, mira a ese Jesús en la cruz, mira a Dios que te ama, seas como seas... No midas tu amor porque es tuyo... Mide el que Dios te tiene a ti... No remires y rebusques lo que tienes en tu corazón, porque también es el tuyo, y pierdes el tiempo: no hallarás nada. Si en el mar tiras un granito de sal, desaparece, pues la sal se disuelve con el agua, y entonces el mar y el granito de sal serán todo uno. Pero si en lugar del granito de sal, que es muy pequeñito, tiras un granito de arena, el granito seguirá siendo pequeño y estará en el mar, pero no se disuelve... Procuremos ser ese granito de sal que se di-



Las luminosas olas del Cantábrico

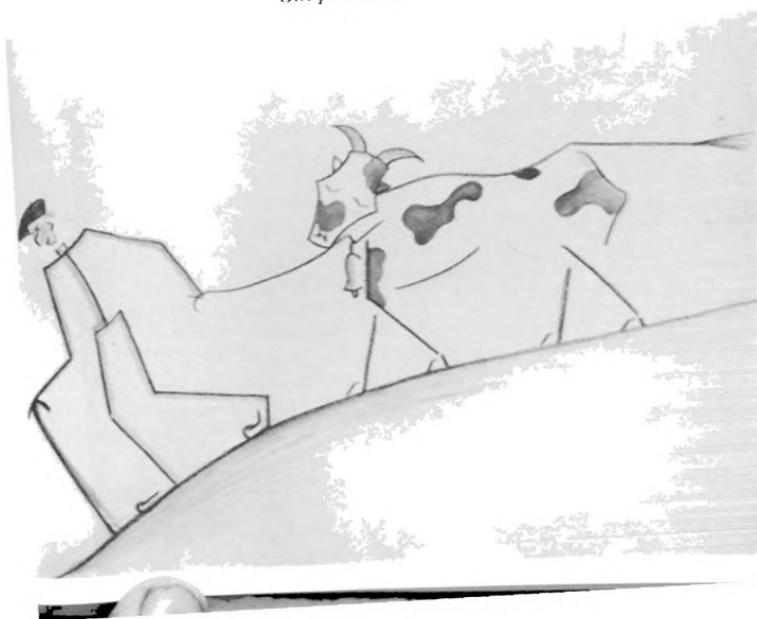


Vista nocturna de la casa de Oviedo



Naturaleza muerta

Sin palabras...





Vista de Villasandino

*Último cuadro: "... en las austeras naves
de la iglesia parroquial de Villasandino"*



suelve en Dios y que desaparece..., y no el granito de arena... Es mejor que prescindamos de nosotros mismos para poder subir hasta él..., pues si no estaremos siempre detenidos en nuestra propia humildad”⁶.

En la base de su espiritualidad encontramos una confianza incondicional y una ternura filial para con la santísima Virgen. Por algo fue ofrecido por su padre a la Virgen cuando era niño. Ella siempre respondió a sus angustiosas llamadas de hijo de san Bernardo. Pero también es verdad que, precisamente por eso, Rafael habla a la Virgen con un amor ardiente y sugiere incansablemente a su tía que deje en sus manos todos sus problemas espirituales y, sobre todo, que le pida poder amar más al Señor.

“Ya verás qué bien, con la santísima Virgen iremos a donde sea, no se te olvide. Pídeselo a ella... A mí me quiere mucho; mi vocación es suya y a ella se la debo. San Bernardo dice que *todo* lo recibimos por mediación de María, y es verdad. Me he propuesto que ames mucho a la Señora, porque veo es lo primero que tienes que hacer para ser santa”⁷.

“¡Es tan dulce amar a María!... Yo antes tampoco sabía lo que era la devoción a la Virgen..., pero en la Trapa me enseñaron a quererla mucho, y desde entonces quisiera que todo el mundo la conociese y la reverenciase... No te extrañe. Al fin y al cabo, la vida de un monje del Cister no es otra cosa que Dios y la Virgen”⁸. “Me gusta hablar a la Virgen en voz alta, como si estuviese a mi lado. Cuántas veces, cuando nadie me veía, le hablaba de mis proyectos, de mis deseos... La hablaba de su hijo Jesús”⁹.

Otro tema fundamental es la cruz, el amor a la cruz sin ver a Jesús; estar en el calvario, a los pies de la cruz.

⁶ VE, 1 de diciembre de 1935, pp. 213-215 (OC 241).

⁷ VE, 11 de noviembre de 1935, p. 180 (OC 334-335).

⁸ VE, 16 de noviembre de 1935, p. 183 (OC 342).

⁹ VE, 18 de noviembre de 1935, p. 191 (OC 364).

“Cruz seca, negra y ensangrentada... Quedamos solos con las tinieblas y la cruz. Ni sabemos pedir, ni oímos a Dios, *nada*...; sólo sabemos sufrir... Miramos a Cristo..., y no está. ¿No es esto lo que el Señor quiere?... Ánimo. Detrás de todo eso que tú no ves está Jesús. Ama a Dios sin verle y sin sentirle, aunque yo veo muy difícil no sentirle, sobre todo cuando de veras se le ama... Entonces *se le siente no sintiéndole*, ¿me entiendes? Te crees lejos de él, y no es así. Déjate hacer; sufre, pero sufre amándolo, amándolo mucho a través de la oscuridad, a pesar de la tempestad. Ama el madero desnudo de la cruz... El llanto pasará, el sufrir pasará, la noche pasará, ¡qué alegría!...; pero el amor, eso no pasa, se aumenta, se agranda; y en los momentos que el Señor dispone que llegue a nosotros un rayito de luz..., ¡cuánto se le quiere y cómo se le agradece!... Cuando más parece que sufres y Dios se muestra un poco..., ¿qué pasa entonces? ¡Entonces sí que ‘bulle el agua’, aunque no sea más que un momento! Que luego vuelve la cruz a estar sola... ¡Bendita sea!”¹⁰

“No me importa que sufras o que goces... Lo que me importa es que *todo* eso, que no es *nada*, sea para amar a ese Jesús de Getsemaní que llamó bienaventurados a los afligidos; que vayas en pos de él a todas partes; que no veas otra cosa que ese amor con que te mira y te atrae... Unas veces es en los trigos y campos de Judea, en la placidez de la tarde, oyéndole hablar. Otras es en el huerto de los Olivos, queriendo ayudarle un poco y enjugar sus gotas de sangre... Otras veces vamos por la calle de la amargura; otras es en la cruz y al lado de la Virgen... Siempre con Jesús en todo momento, sin acordarnos ni del hambre, ni (de) la sed, sin ocuparnos de nosotros. Siempre con él... Seguirle callando, sin esperanza de que ni siquiera nos mire. ¡Qué bien se vive así!”

Este amor al Señor lleva a Rafael a una confianza sencilla y filial, confianza que quiere inculcar a su tía:

¹⁰ VE, 16 de noviembre de 1935, pp. 182-188 (OC 338, 339, 345, 357).

“Mira, mañana vas a hacer una cosa: cuando te acerques a comulgar le dices al Señor lo que te pasa, de la misma manera que me lo has dicho a mí, con toda sencillez y toda claridad. Le cuentas al detalle tus sufrimientos, no para que te los quite, no; sino para desahogarte con él. Tus penas son las tuyas; tú quieres ser suya, pues empieza por eso, por dárselo y contárselo todo. Te apoyas en sus rodillas y sobre la humilde túnica de Jesús depositas tus lágrimas. Ya verás cómo el señor te escucha, estoy seguro. Si durante el día tienes alguna flaqueza, no importa, le vuelves a recordar al Señor todo lo que le has ofrecido por la mañana... Le pides las miguitas de su mesa, ¿cómo no ha de dártelas?”

“Acabo de recibir al Señor... Tenía tantas cosas que decirle... Pequeñeces de esta vida nuestra..., pero en medio de esas pequeñeces anda el Señor... Le he dicho que yo no puedo hacer nada, y me ha dado a entender que no me apure, que él no quiere nada de mí más que le ame, que le acompañe, que tenga oración, que con ella lo puedo todo, y que confíe en él..., pues él lo hará todo... ¡Ánimo, pues!; no quieras aliviar tu sufrimiento; tampoco quieras aumentarle, no quieras nada. ¡Qué fácil es decirlo y aconsejarlo!, ¿verdad? Pero si queremos ser santos, eso es lo que hay que hacer... La poca experiencia que tengo de mí mismo, te la digo llana y sencillamente...”¹¹

En otra parte comunica a su tía su amor por la vida escondida y el deseo de desaparecer y de hundirse en él. De aquí procede su deseo del cielo. Pero Rafael sabe distinguir bien lo que puede ser egoísmo:

“¿Hasta cuándo, Señor?... Queremos dejar de sufrir..., queremos escaparnos de nuestros cuerpos y volar a Dios. No sabemos lo que decimos, y en nuestra locura lanzamos esas exclamaciones de amor a Dios... Si fuese por *puro amor*, pase; pero ese *puro amor*, ¡es tan difícil! ¡Lo tenemos mezclado con tanto egoísmo! En esta exclamación

¹¹ VE, 19 de noviembre de 1935, pp. 191-192 (OC 365, 366).

ponemos mucho *más de lo nuestro que de lo de Dios*. El día que, efectivamente, tengamos tanto amor a Dios que no podamos con él, ese día no nos hará falta pedir al Señor que nos lleve... Él nos llevará sin que nosotros le digamos nada”¹².

En otra ocasión, en cambio, dirigiéndose a su tío, trata del tema vida-muerte de un modo drástico:

“Para el trapense la alegría de vivir consiste en la esperanza cierta de morir”.

¿Pesimismo? ¿Nihilismo? ¡Todo lo contrario! Efectivamente, añade a continuación:

“Toda nuestra ciencia consiste en *saber esperar*. Entonces sí que se siente la alegría de vivir... Se es feliz en el esperar, y en el esperar padeciendo... El pensar en que todo se acaba es alegría; el pensar que somos extranjeros en la tierra... es santa alegría, y el pensar que hemos de morir muy pronto para ver al Señor y a la Señora es un verdadero alborozo en el corazón de un monje... El momento sublime del trapense, el momento del *Te Deum*..., es el momento de morir..., ¿me entiendes?... Mientras tanto, su vida es ‘esperar’... Esperar con fe, con amor, con santa paz... Ésa es la única alegría del vivir..., arder en amor a Dios y saber que ese Dios nos espera”¹³.

“Hace unos días que no sé lo que me pasa... Voy a recibir al Señor todas las mañanas con un deseo ardentísimo; voy a pedirle perdón; a decirle que le quiero y que jamás me separaré de él. Pues bien, créeme, nada más salir de la iglesia, *todo* se me olvida; estoy todo el día a lo bobo y la oración la hago mal... Nada ni nadie me ayuda y son unos días de verdadera prueba; no cuento más que con la virgen María. De ella no me olvido, pero a veces *caigo en lo humano*...”¹⁴

“Me quedan ya muy pocos días de estar en mi casa,

¹² VI, 22 de noviembre de 1935, p. 195 (OC 376, 377).

¹³ APG, *Escritos I/C*, 16 de diciembre de 1935, p. 107 bis (OC 484).

¹⁴ APG, *Escritos I/C*, 20 de diciembre de 1935, pp. 108-109 (OC: 494-498).

muy pocos días de relación con el mundo... Ahora me interesa todo el doble; no entiendo lo que me pasa... Estoy obrando como si realmente no me fuera a ir nunca... Por otro lado, nada me interesa; estoy impaciente por tener silencio y dejarlo todo. Quisiera volar, y todo me sujeta... ¡Si vieras qué lucha más fuerte!... ¡Cuánto tardan en pasar estos días, pero qué cortos se me están haciendo!... Estoy atontado... No creí yo que tanto me iba a costar todo. Pero no me quejo... Y si el Señor quiere prolongar la lucha, aunque yo esté en constante agonía..., sea Dios bendito”.

“Qué bonito gesto es para el mundo lo que voy a hacer... Qué bien resultan las heroicidades cuando se hacen con la sonrisa en los labios... Pero mira, a ti te lo cuento para que veas lo (que) soy y me desprecies... Debajo de todo ese *aparato* hay a veces lágrimas muy amargas, cruces que el mundo no conoce y que las llevo mal, a la rastra. Debajo de todo eso no hay más que miseria, miseria asquerosa... ¡Qué vergüenza!, no sé cómo puedo ser así... Debajo de este gesto de irme a la Trapa, que el mundo cree que lo hago con gusto extraordinario, llevo un hombre, que *soy yo*, refinado, con aversión al cilicio y horrible repugnancia a la disciplina... Llevo una materia que se rebela... Me aterra el sufrimiento, debiendo ser todo lo contrario. Debía amar la cruz, debía gozar en ella..., pero al tropezar en las espinas... Señor, Señor, no sé lo que digo...”

¡Qué contraste entre las palabras llenas del fuego del amor de Dios y esta humilde confesión que pone al desnudo toda su naturaleza! Y, sin embargo, precisamente a través de este violento contraste resplandece el heroísmo del protagonista. Es el claroscuro que resalta más la belleza de la obra de arte. Y el ver que la virtud puede nacer y superar, con la ayuda de la gracia divina, la naturaleza humana, sujeta a debilidades y rebeldías, es para nosotros una enseñanza y un estímulo.

Detengámonos, pues, aquí respecto a la corresponden-

cia que mantuvo Rafael con sus tíos, aunque podríamos haber hablado de otras muchas cuestiones importantes de estas preciosas cartas. Dejamos a Rafael en un momento ciertamente dramático, de lucha interior. La última carta lleva fecha del 7 de enero.

Después de haber pasado las fiestas de navidad con la familia toda reunida —incluso Fernando había venido de Bélgica—, las últimas navidades que toda la familia las pasará reunida, el 11 de enero Rafael vuelve a la Trapa. Vuelve lleno del amor de Dios, pisoteando de nuevo la repugnancia de la naturaleza.

17. *En un rincón de la Trapa*

EL 11 de enero de 1936 Rafael ve por fin realizarse su deseo de volver a entrar en la Trapa. Se le admite no como postulante o novicio, sino como “oblato”. La condición de “oblato”, según los usos cistercienses de la época, era un modo de pertenencia a la comunidad que no llevaba consigo la emisión de los votos ni la participación en las deliberaciones capitulares y que permitía la exención de algunas observancias regulares, a la vez que el hábito religioso se diferenciaba del de los monjes y del de los novicios.

Rafael, de acuerdo con el padre abad, había ponderado largamente y, por fin, escogido esta alternativa como la única posible para sentirse incorporado a la comunidad de San Isidro. Para él no se trataba de una cuestión “jurídica”, sino de la única solución que le ofrecía la divina Providencia para realizar su vocación... Un mes antes, el 10 de diciembre, en una carta a su tía, él mismo había explicado el sentido profundo de lo que para él significaba el término “oblato”:

“En un rincón de mi Trapa pediré al Señor, rogaré a la Virgen en silencio... Pide tú también para que el Señor acepte mi ofrenda... Eso significa “oblato”: ofrenda... A él le ofrezco lo que soy y como soy, bueno o malo, con salud o sin ella; mi vida, mi cuerpo, mi alma, mi corazón; todo..., absolutamente todo. Me he ofrecido por todos: por mis padres, mis hermanos, por los misioneros, los

sacerdotes..., por los que sufren y por los que le ofenden... Que haga de mí lo que quiera...”¹

Efectivamente, el género de vida que le espera corresponde perfectamente a su “oblación”, pero ¡qué distinto de aquel que había vivido en los primeros meses de noviciado! ¡A cuántas cosas que, aun dentro de la repugnancia de la naturaleza, le habían atraído a la Trapa debe renunciar ahora!

“¡En un rincón de la Trapa!” Sí, será precisamente así. Él había escrito a su tía una frase de san Juan de la Cruz: “No cogeré las flores...”², significando con estas palabras el tener que continuar en el camino sin concesiones, prescindiendo de todo consuelo³. Es lo que hace Rafael. Sufre viéndose excluido de las asperezas de la Regla, pero tiene consigo al Señor, y por tanto es feliz.

El hermano Tescelino, un buen enfermero, lo cuida con auténtica caridad, es decir, con un gran afecto humano que, junto con el amor de Dios, hace sentirse bien al enfermo. Escribe, cuando los superiores se lo permiten, a la familia, especialmente a su padre. Da noticias de la salud, que generalmente va bien, y nunca deja de subrayar que su principal ocupación consiste en orar. Ha empezado a estudiar latín, lo que para él supone un gran esfuerzo. Preferiría la escoba y la azada que usaba antes. A sus veinticuatro años, teniendo como compañeros chicos de doce, el estudio, ciertamente, no le resultaba agradable. Pero, como siempre, se entrega con todo el interés⁴. Da fe de ello el abad en una carta del mes de febrero dirigida a su padre.

Mientras tanto, la situación en España se hace cada vez más confusa, y Rafael responde a una carta de su padre llena de preocupación, tranquilizándole acerca de la situación de la Trapa y exhortándole a fiarse de Dios. El

¹ VE, p. 225 (OC 466, 467).

² SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual* 3.

³ VE, p. 176 (OC 397).

⁴ VE, pp. 239-240 (OC 597).

tenor de la carta está lleno de ternura para con su padre y de abandono en las manos de Dios.

La cuaresma, sin embargo, vuelve de nuevo a interrumpir la correspondencia, cuaresma, por lo demás, carente en gran parte de aquellas penitencias que dos años antes Rafael había acogido con tanto fervor.

Hacia mediados de julio comienza a escribir una serie de "monólogos" dedicados a la Virgen. Serán llamados "meditaciones". Son reflexiones, consideraciones y, en cierto sentido, "confesiones", muy útiles también en este caso para seguir el ascenso de su alma que, sin interrupción, tiende siempre a la perfección.

Como ya se ha notado varias veces, Rafael ama intensamente el silencio con las criaturas, pero tiene gran necesidad de hablar con Dios y de sus relaciones con él.

La primera de estas meditaciones, del 12 de julio de 1936, se detiene en la contemplación de la grandeza de Dios. "¡Qué grande es Dios!" se convierte en el motivo dominante de un alma enamorada de Dios, que siente su grandeza cuando le acoge benevolamente, a pesar de todas sus miserias, igual que acoge su alabanza en el coro, hecha "con los ojos cargados de sueño"⁵.

En otra parte anota la diferente valoración que el mundo hace sobre el tiempo que pasa. El correr del tiempo es considerado por los hombres casi con un sentido de desesperación. El monje, en cambio, lo considera lleno de alegría y de paz: "Cada día que pasa es un día más que nos acerca al comienzo de la verdadera vida. Lo que para el mundo es el fin, para el monje es el principio"⁶.

En la tercera meditación, escrita en el amanecer del 19 de julio, Rafael, hablando en tercera persona, describe su estado de alma durante una de las precedentes visitas a la Trapa:

"Hace unos años se detuvo en esta abadía un joven

⁵ VE, p. 243 (OC 647-649).

⁶ VE, p. 246 (OC 652).

mundano. Pasó unos días hospedado entre estos buenos monjes, y como era un enamorado de la música, del color y de todo lo que en sí llevara algo de arte, se impresionó profundamente al escuchar la salmodia en el coro... Se emocionó del silencio de estos hombres..., gozó lo indecible al ver en los campos, revestidos de primavera y llenos de frutas y flores, trabajar a unos hombres vestidos de blanco que con el sudor de su frente y los callos de sus manos se ayudaban para mantener su cuerpo y, al mismo tiempo, para ganar el descanso en la verdadera patria. Cuando aquel joven del mundo vio lo que vio, su alma sufrió un cambio, y quizá el Señor se valió de la impresión de sus sentidos para hacerle pensar.

Y el joven pensó. Hoy es un trapense más en el coro, un trabajador más en el campo... En aquel cuadro que hace años vio en la abadía encontró arte y motivos para gozar”⁷.

Rafael renueva aquí, siempre con un vocabulario lleno de poesía, la descripción que ya había hecho de la Trapa, y se da cuenta de que el Señor, “para llegar con su luz divina a su alma un poco soñadora, se ha valido de cualquier cosa externa”. Sigue luego la reflexión que más impresiona: después de habernos dicho que aquel joven cambió sus trajes del mundo por los del monje, que cambió de costumbres, abandonó la carrera, etc., continúa:

“Ahora, al verse como parte integrante, y no como espectador, del cuadro que admiraba años atrás, se dio cuenta, con gran sorpresa de su alma, de que entonces faltaba en las impresiones de su sentir una cosa..., faltaba en el cuadro el sentimiento de Dios... Hoy es diferente... Hoy a ese trapense, al antes joven alocado y soñador..., ya no le importan tanto las campanas, ni los pájaros, ni el sol. Ahora ha visto, con la ayuda de María, que lo principal de una Trapa es Dios... Ahora ya no le impresiona tanto el color de los campos, como no sea para ver en ellos

⁷ VE, pp. 248s (OC 654, 655).

al Creador... Todo lo que impresiona sólo a los sentidos es humo, y como el humo también se esfuma y no queda... Las flores se marchitan, el alegre sol de la primavera palidece y se torna triste en invierno, las aves del cielo se esconden y pierden el color los campos verdes y esmeralda. Todo pasa. Sólo Dios permanece. Todas las impresiones de aquel joven del mundo al contemplar una Trapa se han convertido hoy en una sola cosa; una cosa que antes faltaba: Dios”⁸.

Rafael insiste en que para encontrar a Dios hay que prescindir de lo externo. Pero añade y explica: “Ese trapense, ahora, al contemplar los serenos cielos de Castilla, ve en ellos la grandeza de Dios; su alma se abisma en la bondad del Creador, y elevando el corazón sobre las cosas de la tierra exclama: Señor, admirable eres en tus criaturas; por medio de ellas te manifiestas a mi alma, pero no permitas que en ellas *me quede*. Hermoso es el cielo, la tierra y sus moradores, *pero no eres tú*, y a ti quiero llegar a través de todo y de todos”. Y después de haber afirmado que sólo el Señor debe llenar el alma, que no es el silencio el que da la paz, ni los cipreses del claustro, ni el canto de los pájaros, concluye que “para el trapense la paz es Dios, y fuera de él no hay nada en una Trapa que merezca la pena...”

Apenas había terminado Rafael de escribir estas reflexiones y bajado a la iglesia para la misa, cuando se da cuenta enseguida de que hay cierto revuelo entre los monjes. Las campanas no tocan y no se canta. ¿Qué pasa?

Una vez salidos del coro se entera de lo que ocurre. El día antes se había declarado la guerra civil en España⁹.

No es éste el lugar para adentrarnos en la complejidad de los acontecimientos políticos que convulsionaron a España en aquellos años. Nos limitamos a señalar que las elecciones de febrero de 1936, con la victoria del Frente

⁸ VE, p. 251 (OC 657-662).

⁹ VE, p. 252 (OC 663-664).

Popular, habían llevado a la constitución en Madrid de un gobierno “democrático” presidido por Largo Caballero, cuyas violencias subversivas culminaron el 13 de julio con el asesinato de Calvo Sotelo y desencadenaron la reacción que, desde el primer día, tomó el nombre de “Alzamiento Nacional”.

Se desencadenaba así aquella tremenda conflagración fratricida cuyos antecedentes se pueden poner en el lejano 1931, cuando Alfonso XIII se vio obligado a abandonar el trono y a España. A través de distintas vicisitudes, mezcladas de sangre y cargadas de destrucción y de muerte, el conflicto se terminó el 28 de marzo de 1939 con la entrada de las tropas franquistas en Madrid, a la vez que el 1 de abril, el último parte de guerra, anunciaba el fin de la lucha.

La tragedia de la vida civil repercutió también inmediatamente en aquellos hombres apartados del mundo. Las noticias que llegaban a los novicios eran pocas y confusas, pero las ráfagas de ametralladoras, las explosiones de las bombas, los bombardeos aéreos, incluso muy cercanos, eran más que suficientes para darse cuenta de cuánto sufrimiento estaba padeciendo la patria y de cuánto odio estaban llenos los hombres.

La trapa de San Isidro, gracias, entre otras razones, a su situación geográfica, se salvó providencialmente por muy poco de la destrucción. Precisamente en aquella misma mañana del 19 de julio el mando de las tropas “rojas” de Dueñas había enviado dos camionetas de milicianos armados para ocupar el monasterio y arrestar a los monjes, contando con la ayuda de los mineros de Barruelo. Pero unos contingentes armados de Burgos llegaron a tiempo desde Palencia y Valladolid, haciendo huir a los asaltantes. Desde aquel momento, y durante toda la guerra civil, San Isidro permaneció en lo que fue llamada la “zona nacional”¹⁰.

¹⁰ ASI.

Pocos días después, el 24 de julio, alejada ya la tormenta, Rafael, desde su rincón, saca las conclusiones, ciertamente simplistas pero eficaces y válidas también para nuestros tiempos:

“¿Por qué se matarán?... Veo claro que lo que unos quieren, otros no lo quieren; lo que unos tienen, los otros lo desean y quieren quitárselo, y todos quieren mandar... Primero, no estar de acuerdo; luego, discutir; luego, odiarse, y, por último, matarse”¹¹.

Como ya hemos visto, Rafael ya había experimentado en Oviedo, durante las jornadas revolucionarias de Asturias, un breve y terrible anticipo de lo que habría de venir. Pero entonces, aun dentro de la brutal violencia, se tenía la sensación de que era algo circunscrito. Ahora, en cambio, era evidente que fueron dos fuerzas opuestas las que luchaban y que los focos de guerra estaban extendidos por todo el país. ¿Con qué éxito? ¿Con qué perspectivas? ¿Con cuánta sangre a pagar por una y otra parte? Naturalmente, Rafael pone su confianza en el Señor y hace suyas las palabras del salmo 45: “El Señor es nuestro refugio y nuestra fuerza”; pero no se podrá medir el sufrimiento de su corazón, tan sensible ante la realidad de una guerra fratricida.

Rafael escribe estas meditaciones no según un esquema preestablecido, sino según la necesidad que siente de “hablar” del Señor o con el Señor. Así sucede en este mismo 24 de julio, siguiendo, evidentemente, el hilo interno de sus consideraciones, muy fácil de reconstruir ante reflexiones casi obligadas sobre el contraste de la gravedad de los acontecimientos que le rodean y su impotencia de trapense enfermo. Para desdramatizar, tiene una feliz ocurrencia, ironizando sobre sí mismo con el recuerdo de una escena ya vista en un circo ecuestre, en el que un payaso, yendo de aquí para allá, arrastrando sus enormes zapatos, tenía la misión de poner en orden un rincón del circo. En

¹¹ VE, p. 255 (OC. 666).

cambio, sudando y con mucho trabajo para arrastrar una silla, no hacía más que tropezar y caer, con el resultado de arrugar la alfombra, tirándolo todo por tierra. Todos se reían de él y se divertían observando sobre todo su aspecto orgulloso y pagado de haber ayudado a los otros a preparar las cosas y las alfombras¹².

Rafael se reconoce en él: “Yo conozco un trapense que en la Trapa hace igual que el ‘tonto del circo’: toda su actuación se reduce a un ‘hacer que hacemos’, arrastrando los pies y secándose el sudor. Este pobre hombre hace reír a los ángeles que contemplan desde el cielo el espectáculo del mundo, y aunque no hace los arriesgados trabajos de los demás artistas, ni da ‘saltos mortales’, ni ejercicios de fuerza o ‘volteretas en el trapecio’..., ¿qué más da? ¡Si no sabe más que desarrugar las alfombras y con ello se gana los aplausos de los ángeles!... Solamente hay una pequeña diferencia. Aquel ‘tonto’ del circo que se creía que hacía algo, y las ovaciones que el público, por broma, le tributaba, le llenaban de vanidad, y saludaba, complacido, a la gente. En cambio, a este trapense las ovaciones del público no le llegan... Hace lo del ‘tonto’, pero no tiene a quién saludar; y si en el cielo se ríen, él no lo ve. Además, como no es tonto, no se cree que de veras hace algo... Solamente, eso sí, hace lo que puede, arrastra los pies y se seca el sudor con un enorme pañuelo de hierbas”.

Es clara la alusión a su impotencia respecto a los otros novicios, lo mismo que a su sufrimiento, por muy disimulado que esté.

Otra vez el tema es sobre el silencio: “En el silencio es donde el monje encuentra el bálsamo de sus sudores y de sus, algunas veces, desolaciones... En el silencio monacal es donde el alma que goza de Dios esconde sus delicias... Cuando lentamente transcurren las horas de la noche..., de esa noche que el monje utiliza para orar delante de

¹² VE, p. 258 (OC 670).

Dios... Cuando toda la naturaleza duerme y las mismas tinieblas invitan al alma al recogimiento y a la oración... Cuando en esas horas serenas ese frailecillo se acerca al altar de Dios y recibe en su corazón al autor de la noche, al Dios que hizo los cielos cubiertos de estrellas..., entonces, cuando el alma se encuentra rodeada de paz por fuera y de luz por dentro; cuando las tinieblas envuelven al monasterio y divinos resplandores iluminan el corazón..., entonces es cuando se necesita silencio. El sol, como avergonzado de turbar la paz de la noche, va asomando poco a poco en el horizonte... Una tenue neblina rodea los objetos del paisaje... La creación se va despertando... El alma del monje se va inundando también de alegría, de paz, de agradecimiento al Señor, que es tan bueno con el hombre... Entonces, cuando todo empieza a vivir..., cuando el sosiego de la oración se cambia por los instrumentos del trabajo manual... Cuando el monje comienza su jornada, quién sabe si a padecer..., entonces el alma de este hombre, dándose cuenta de que la vida sobre la tierra es lucha, de que aún está en el destierro, eleva su corazón sobre todas las cosas, pide el auxilio a su Dios, a quien ofrece las obras del día, se abraza a la cruz de cada día y, con el pensamiento en la Virgen, se refugia en el silencio...”¹³.

“Qué hermoso es ese silencio del trapense durante su trabajo... El alma se dilata al abismarse en la grandeza de Dios. Todo canta las glorias de Dios...: los trigos, las flores, los montes y el cielo... Todo es un concierto sublime de armonía (... pero siempre en silencio)”.

Bellísima es también la descripción de las vísperas: “Vísperas..., en la iglesia el sol entra oblicuamente por una ventana e ilumina el sagrario... Es rojo... Sus rayos son débiles y al tropezar en el altar lo hacen suavemente..., parece que le besan... La oración de la tarde, del descanso. Horas en las que el alma ve que todo pasa... Pasaron los

¹³ VE, pp. 260-262 (OC 671-674).

trabajos del día..., pasaron las penas, si las hubo; pasaron las alegrías... Pasó el día, y con él pasamos nosotros arrastrando la cruz unas veces, y otras en las alas de la consolación. Todo pasó y es un día más que nos acerca a nuestro fin... Ya ese sol que despertó por la mañana a la creación, ahora la invita a descansar. Comienza a declinar, y nos hace pensar que todo en el mundo sigue el camino ordenado por Dios sin detenerse; todo sigue su curso... ¡Cómo consuelan estos momentos de tanta solemnidad en la salmodia y de tanta paz en el corazón!... ¡Cuánta alegría encierra la hora de vísperas!... Quisiera el alma detener al sol... y en un *Gloria Patri* subirse al cielo. Bueno, locuras de fraile chiflado”¹⁴.

Después de las “locuras”, Rafael vuelve a poner los pies en tierra, pero siempre en la contemplación de su amado: “Yo creo que cuando Jesús nazareno, nuestro divino redentor, estaba sobre la tierra, era a estas horas del crepúsculo en que, paseando con sus discípulos entre los trigos de Galilea, les hablaba del cielo..., del amor de su Padre..., y les consolaba prometiéndoles quedarse entre los hombres hasta el fin de los siglos...”

“Debían ser estas serenas horas cuando el Señor les hablaba de lo breve de la vida y de cómo hay que poner solamente nuestro amor en Dios... Debían ser éstas las horas en que Cristo inundaba de luz el alma de sus discípulos y les henchía de esperanza sobrenatural... Qué serenas debían ser estas horas pasadas con Jesús Nazareno entre los trigos de Galilea. Las mismas palabras que Cristo dijo a sus discípulos nos las dejó escritas para que nosotros nos consolemos en ellas, e inundando como ellos nuestras almas de esperanza, en estas horas, en estos momentos de la oración de la tarde..., nos elevemos sobre la tierra... y no pensemos más que en el amor de un Dios tan bueno que nos ha permitido estar el día en su presencia...”

¹⁴ VE, pp. 266-267 (OC 678-682).

Al día siguiente escribe: "A mi izquierda está la ventana por donde me entra el fresco de la mañana... Y alguna que otra mosca. Tengo por delante dos horas... Dos horas de paz y de silencio... Tengo además un corazón enamorado de Dios..., y una pluma y un papel... Tengo, pues, motivos (aparte de las moscas) para ser feliz. La verdad es que con qué poco se contenta un frailecillo trapense"¹⁵.

Llegado a este punto, hace la lista de lo que habría pensado hacer si estuviera en el mundo: "Quizá estaría pensando en alguna excursión complicada, cuanto más complicada, mejor... Hubiera seguramente dado mil vueltas por la casa, sin saber qué traje ponerme. Hubiera leído los epígrafes de los periódicos, sin enterarme de las noticias. Hubiera dado dos manotazos en el piano y 'enchufado' la radio, y por último, me hubiera decidido por no hacer nada, que es lo más cómodo".

No hay duda de que esta "pincelada" sobre la vida ajetreada de un joven del mundo no sólo constituye un fuerte contraste con el modo de vivir del monasterio, sino que es significativamente indicadora del "salto" dado por Rafael al hacer la opción de su vida, meditada y paciente, precisamente por la Trapa. Luego concluye su reflexión:

"Ni un millón de mundos cargados de riqueza son suficientes para compensar el acto de amor de Dios del más humilde 'oblato' trapense. El mundo dice al monje: Estás loco, lo dejas todo y hallas tu contento en nada. Pero el monje le dice al mundo: No es así, sino todo lo contrario... Dejo lo que es nada para tenerlo todo. Verdad es que aquí nada tengo, ni aun voluntad, ni libertad; pero tengo en cambio a Dios..., a ese Dios que tú no me puedes dar".

Parece que la oración de san Ignacio haya sido ya escuchada.

Luego sigue un acertijo del humor juvenil. Se encuentra a pie de página. "Pregunta: ¿Para qué haría Dios las

¹⁵ VE, pp. 270-271 (OC 683-686).

moscas? Respuesta: Para que yo me calara la capucha”.

Otro día es la vista del cielo azul y límpido la que lleva a Rafael a imaginar el manto de la Virgen semejante a aquel bello cielo, y de aquí nace un breve párrafo de contemplación de la Virgen. En otra parte es el mar el que sugiere imágenes con las respectivas analogías referentes a los diversos estados de ánimo. “La vida de silencio se puede muy bien comparar al mar; al mar en bonanza, en calma. El alma en silencio se parece al mar cuando no le azota la más ligera brisa. Por el alma silenciosa navegan los pensamientos de Dios, y cuanto más silencio, más paz, más serenidad y más facilidad para estar en la presencia del Señor. El trapense está enamorado de su silencio, como lo está el marino del mar. Pero en la vida no todo es paz. El piloto muchas veces lucha con las tempestades de las aguas... Éstas no siempre están quietas y algunas veces se cansan de estar en calma y braman, rugen enfurecidas, azotando las costas como si éstas tuvieran la culpa de su mal humor. Tal pasa en el alma que, estando quieta en Dios, ve turbada su paz al faltar al silencio. El monje, al romper su silencio, sin querer, habla del mundo, de sus recuerdos, de sus gustos y aficiones..., de sí mismo... Ya está agitado el mar... Callemos y no alborotemos las aguas de nuestros recuerdos, de nuestras pasiones, de nuestro amor propio. Callemos, lo mismo cuando somos consolados por el divino Jesús que cuando estamos a solas con nuestra cruz... Amemos, pues, al silencio como el marino al mar”¹⁶

Vamos a reproducir una de sus últimas meditaciones. La del 2 de agosto de 1936:

“Las dos de la madrugada... La comunidad se despierta... No se oye más que el roce de los hábitos al andar apresurados los monjes desde el dormitorio a la iglesia. El coro se va llenando de sombras blancas que, silenciosas, se arrodillan en las sillas. El trapense deja su sueño para

¹⁶ VE, pp. 276-277 (OC 693-695).

ir a alabar a Dios... El reloj vuelve a repetir la hora: las dos. Un hermano se levanta de su silla y pausadamente se acerca para tocar la campana de la torre. Es un momento solemne... Los hombres avisan al cielo que van a empezar a cantar. Piden a Dios que les escuche... Sus primeras palabras serán para la virgen María. Suenan graves las campanas allá en la torre... Su sonido se propaga por el valle, por los campos, y saltando de estrella en estrella llega al cielo, donde están Jesús y María... A una señal del superior, los trapenses se postran; sus frentes inclinadas casi tocan el suelo...; se oye una voz. Son las primeras palabras que se pronuncian en el monasterio..., las que dijo el ángel a la Virgen: '*Ave Maria, gratia plena, Dominus tecum*'. Y el coro responde: '*Benedicta tu in mulieribus et benedictus fructus ventris tui*'; y allá en el cielo María les escucha. Así comienzan los maitines en una Trapa: tocando una campana, postrándose en el suelo y llamando a la Virgen"¹⁷.

El mismo día dedica de nuevo una página a España en guerra: "Nuestros hermanos allá en el mundo se matan unos a otros. Los hay enemigos de Dios y los hay que militan bajo la bandera de Cristo. Unos y otros combaten bajo la mirada del rey del mundo"¹⁸.

Rafael anota que en la Trapa hay almas que se ofrecen a Dios por la paz de España y que, lejos de las luchas políticas, piden al Señor la paz entre los hermanos, el triunfo para los que siguen a Cristo y el perdón para los enemigos de Dios. "Todo lo que en España está pasando es una prueba de la misericordia divina".

Y luego hace una condena drástica, que en los labios de un manso oblato, de corazón tan sensible, deja a uno casi asombrado. Pero hay que recordar que él milita "bajo el verdadero rey, Cristo el Señor"¹⁹, de modo que el punto

¹⁷ VE, pp. 281-282 (OC 701-703).

¹⁸ VE, pp. 283-285 (OC 704-707).

¹⁹ SAN BENITO, Prólogo de la Regla.

de vista desde el cual ve la realidad no puede ser distinto del de Dios. Después de haber afirmado que en España “reinaba la impiedad entre los malos a cara descubierta; la apatía y tibieza se apoderaba de los buenos y por todos lados se infiltraba la inmoralidad y el paganismo”, prosigue: “España necesitaba una sacudida... Necesitaba una limpieza. Necesitaba una reacción... Necesita incluso mártires que mueran por ella. Y la misericordia de Dios hace desencadenar una guerra. Quizá queden destruidas ciudades enteras. Quizá mueran los españoles por miles... Quizá sea esto la ruina material de la nación. Pero no importa... si con ello se consigue purificar a los cristianos de sus pecados, se logra desterrar en parte la inmoralidad de costumbres y se eleva el nivel espiritual de España... España, que tanta gloria ha dado a la Iglesia de Cristo, patria de santos y tierra privilegiada por su catolicismo, está dormida; y Dios, con esta guerra, le está dando un toque de atención. ¿Responderá?...

Pero si el triunfo no nos sirve para ser mejores..., es preferible no triunfar... Y si hacen falta mártires, que los haya; todo, antes que seguir ofendiendo a Dios”.

Luego viene el recurso a la oración y a la misericordia divina: “Los trapenses de Venta de Baños le piden a la virgen María por España... Hoy, día 2 de agosto de 1936, tenemos toda la comunidad vela al santísimo para pedirle la paz. Pedirle por los que mueren, reparar muchos pecados... Pero no debe cundir el desaliento en el corazón... Cuando pedimos a Dios piedad y perdón lo hacemos como David... Es decir, no por nuestros pobres méritos, sino que por la multitud y grandeza de su misericordia borrarán nuestros pecados y los del mundo entero”.

En otra parte expresa también la profunda pena que le da el saber que la patria está en guerra, sin tener, por lo demás, noticias más detalladas. “Los monjes españoles no podemos permanecer impasibles...; y si cuando el mundo es feliz y se divierte no queremos enterarnos de nada..., ahora que sufre y que hay guerra, quisiéramos

saberlo todo y ayudar a todos... No es tan egoísta el fraile como la gente cree”²⁰.

Las referencias a la fragilidad de su naturaleza son frecuentes y llenas de humildad: “(Mi) alma quisiera volar a regiones de luz, pero sus párpados le pesan con el sueño..., se cierran..., y le hacen recordar que la vida es lucha, y lucha contra las tinieblas... Conténtate con caminar por el humilde sendero que Dios te señala y sírvante tus propias flaquezas para aprender a amar a Dios..., que te quiere tal cual eres: flaco y débil y con los párpados cargados de sueño”²¹.

El tema aparece de nuevo dos días más tarde: “Desgraciadamente, en la vida religiosa no todo es fervor”²². Anota que cualquier cosa puede hacer cambiar el estado de ánimo; que hay siempre lucha entre el cuerpo y el alma, y no siempre el espíritu lleva la mejor parte. Que todo es misericordia de Dios, “porque así no tenemos de qué envanecernos”. El trapense, mientras camina en este valle de lágrimas, muchas veces tiene que hacerse violencia a sí mismo. “No todo es paz y dulzura en la vida del monje... El hombre viejo algunas veces resucita y nos da guerra. La vida pasada, con tantos recuerdos, no se puede olvidar de un golpe”. “La vida eterna —concluye Rafael— no se consigue más que por la renuncia, el sacrificio y abrazándose a la cruz de Cristo”.

“Pero cuando Dios permite que la fe se oscurezca, que la esperanza se pierda y la caridad se debilite, ¡ah!, entonces..., cuando se encuentra el alma con su cruz a secas, las tinieblas la rodean y sus miserias y flaquezas la persiguen..., ¡ah!, entonces es cuando se ve el martirio de la vida religiosa”. Y luego exclama sabiamente: “Cuán necesarias son las ‘altas’ y ‘bajas’ en la vida espiritual”.

Un día, teniendo que atar gravillas, observa que una

²⁰ VE, p. 290 (OC 713).

²¹ VE, p. 286 (OC 708-710).

²² VE, pp. 294-295 (OC 718, 720).

cosa es comer el pan y otra el ir a trabajar a los campos en el mes de agosto, y bromeando añade: “¡Son tan gruesos nuestros hábitos!... Con un pantalón blanco y una camisa quizá se estaría bien... Claro que a la sombra y tomando refrescos”²³. Menos mal, comenta Rafael, que toda esta literatura sobre los trigos y las gavillas, con toda su retórica, tiene muchos resabios bíblicos, y por tanto, él, sudado y lleno de polvo, da gracias al Señor ofreciendo sus “pequeños trabajos”. En fin, concluye: “Allí en el cielo no hay que atar gavillas... porque no hay trigo”.

Cerramos esta reseña, por desgracia demasiado incompleta, con un cuadro lleno de encanto en su sencillez y su tinte de gracia... “Hoy me mandó el padre maestro, cuando llegamos al lugar del trabajo, a recoger las pajas y espigas que, una vez hechos los haces, suelen quedar en el suelo. A mi derecha están los trigos aún sin segar, atravesados por un camino de carros, lleno de polvo color ladrillo. A mi izquierda está el soto, donde hay muchos árboles, muchas hierbas, mucha sombra y muchos pájaros. Y encima de mí, el cielo azul, muy claro y sin una nube. En mis manos tengo el rastrillo con el cual voy recogiendo las espigas que están desparramadas en el desigual suelo... No hay nadie en los alrededores... Un silencio absoluto reina a estas horas en el campo, interrumpido solamente por un ruiseñor que canta en el soto y los demás pájaros que le hacen coro... Yo también me pongo a cantar... Aquí nadie me oye... Mi trabajo es sencillo y no me cansa... No hay que hacer muchos esfuerzos para arrastrar las espigas. En esto se oyen a lo lejos las pisadas de un borriquillo..., me callo. Por el camino de polvo color ladrillo viene una buena mujer con un pañuelo a la cabeza, un cesto y cabalgando airosamente en el jumento, que alegremente taconeá con sus pasitos cortos y menudos... La mujer me ve, y al pasar junto a mí me lanza un estruendoso ‘buenos días’, alargando quizá demasiado la

²³ VE, p. 288 (OC 711-712).

última sílaba de la palabra 'días'. Yo, como no puedo hablar, contesto agradecido a su saludo, levantando la mano a la altura de mi sombrero y haciendo un movimiento muy raro con los dedos. Hacía calor... El sol cumplía lo que Dios le ha mandado hacer en el mes de agosto, que es calentar..., y hoy lo hacía bastante bien. La buena mujer ya estaba alejada una regular distancia cuando, parando su cabalgadura y dirigiéndose de nuevo a mí, me gritó: 'Si bajas al soto, mi marido te dará una pera'... Le volví a levantar el brazo, y con el alegre taconeo del borriquito al pisar el camino de color ladrillo la caritativa mujer se alejó... Miré el polvo que levantaba... Miré después al soto donde estaba su marido y, por consiguiente, las peras...; y, por último, miré el cielo, que seguía muy azul y muy claro, y seguí arrastrando con mi largo rastrillo las espigas diseminadas por el suelo" ²⁴. Rafael no lo dice, pero ¡cuánto le hubiera gustado aquella pera!

Llegados a este punto —estamos a 8 de agosto— se deduce fácilmente que este segundo período transcurrido en la Trapa, y que corre ya a su término, ha sido muy fecundo. El camino espiritual de Rafael hacia la perfección es un continuo ascenso en el que no faltan las imprescindibles y necesarias luchas entre el hombre viejo y el nuevo, que él no trata de ocultar, bendiciendo siempre al Señor.

Según todo lo que hemos leído en estas "meditaciones", vemos que para Rafael el fin principal del trapense es buscar a Dios, el Absoluto. "La cuestión es ver a Dios en todo" ²⁵.

Meta; aún no conquista. Un mayor crecimiento de la fe y un mayor abandono confiado en los brazos del Señor parecen ser los objetivos que nuestro oblato quiere proponerse y alcanzar. El Señor y la Virgen están sin duda de acuerdo en aprobar las aspiraciones de su predilecto.

Las notas del 8 de agosto cierran el ciclo. Antes de dos

²⁴ VE, p. 296 (OC 721-722).

²⁵ VE, p. 300 (OC 726).

meses Rafael tendrá que dejar de nuevo el monasterio por ser llamado a filas. Pero una carta del 30 de agosto al tío Polín añade una última pincelada al cuadro de los acontecimientos vividos y descritos por Rafael en el dramático verano de 1936.

“Estoy tan alejado de lo que pasa en el mundo, que, créeme, no sé qué decirte... Sé que hay guerra, sé que España pelea una mitad contra la otra mitad. A mis oídos llegan noticias espantosas; no sé más... Por aquí han venido alguna vez mis padres, y en los breves momentos que he estado con ellos me han llenado la cabeza de batallones, de heridos, de muertos, fusilamientos, ciudades arrasadas, himnos nuevos para mí, banderas nuevas... Te aseguro que, visto todo eso desde aquí, es para volverse loco, si no fuera porque se ve en ello la misericordia de Dios, y a su sagrario acudimos los monjes para suplir algo que parece que falta en el mundo. ¡Qué difícil le es a un trapense hablar de guerra! Te aseguro que no concibo lo que pasa, y si no fueras tú a quien escribo, temería que mi carta y mis palabras fuesen una nota discordante en medio del tráfago del mundo en que te supongo metido... Me han dicho que andas por Ávila con un fusil. Aquí todo el que llega no hace más que hablar de la guerra; todo parece que es nerviosismo, temores, afanes, ansiedad; debe de ser terrible... Por eso quizá te resulte extraña mi carta, en la que no te puedo dar ninguna noticia, en la que mis palabras quisieran llevarte algo de paz... No de la paz del mundo, que es engañosa, sino de esa otra paz que precisamente el mundo no concibe...”

“No tengo nada de particular que decirte... He empezado a estudiar filosofía, pues quiere el padre abad que adelante años. Todo aquí sigue lo mismo y como si no hubiera guerra. Claro está que exteriormente, pues ya sabes tú que los trapenses somos penitentes públicos y ahora tenemos muchas obligaciones...”²⁶

²⁶ APG, *Escritos I/C* (30-8-36), p. 132 (OC 728, 732).

18. *Paréntesis militar*

COMO CASI todas las guerras, la guerra civil española duró más de lo que habían pensado los que la habían desencadenado. Así es que en septiembre de 1936 fueron movilizadas varias quintas, entre ellas la de Rafael. Dejó la Trapa el 29 de septiembre para presentarse en el mando militar de Burgos, donde se reunían las tropas nacionales y adonde, por otra parte, se había trasladado su familia. Más de 30 monjes dejaron en aquellos días San Isidro para servir a la patria, bien en los frentes o en la retaguardia. Pero sólo Rafael fue declarado “inútil para el servicio militar”.

Fácilmente se puede intuir el sufrimiento moral de este joven, de un espíritu ardiente, pero falto de fuerzas, tanto que no podía ser útil a la patria para nada. Por lo demás, así lo cuenta la madre: “¡Cuánto sufrió al ver marchar a sus compañeros..., al verse impotente para la lucha que comenzaba, al ver humillada su gallardía y prestancia físicas con aquel estigma de ‘inútil’! Y, sin embargo, sonreía ocultando a los demás su sufrimiento, siempre contento y resignado con la voluntad de Dios”¹.

Así es que volvió a vivir de nuevo durante algún tiempo con su familia y a convivir con la gente del mundo, pero siempre con el corazón puesto en la Trapa. Demoras burocráticas relacionadas con la respuesta negativa respecto

¹ VE, p. 306.

del servicio militar le impedían efectivamente el volver al monasterio.

Oviedo estaba asediado, pero las tropas de Franco consiguieron liberarlo a principios de octubre. Rafael, con su padre y con su hermano Leopoldo, intentaron entonces llegar en coche hasta su ciudad, entrando en Asturias por Galicia, dirigiéndose a La Coruña.

Desde aquí Rafael escribe a la madre, el 18 de octubre, el entusiasmo de toda la ciudad y de toda Galicia por la liberación de Oviedo. También se asocia a este entusiasmo: “¡Viva Galicia! ¡Viva el ejército y la ciudad de Oviedo!”² Y prosigue: “Yo he festejado como he podido el triunfo de España, alabando hoy en la comunión al único jefe de todo, al verdadero defensor y libertador... Ya estamos cerca de ver lo que ocurrió en Oviedo, de ver qué queda de nuestra familia y de nuestra casa... No hay que apurarse: los que dieron la vida por Dios y por España, felices ellos; y en cuanto a los bienes materiales..., ¿qué quieres que te diga este pobre aprendiz de trapense que tú no sepas?... Sólo Dios basta... Te aseguro que en medio de los escombros y rodeado de cadáveres también se puede y se debe alabar a Dios y agradecerle su misericordia infinita... Hay mucha alegría... Pero se ve oscurecida a ratos por tantas desgracias, muertes, fusilamientos... Es algo espantoso. De Asturias no quedará nada; será la tragedia de la guerra la que dure por muchos años en el alma de todo asturiano y de los que amamos a Asturias”.

Añade que está contento de ser útil por lo menos a su padre, ya que no puede ser utilizado para coger un fusil y servir a la patria: “Está visto que he de estar en el mundo en los momentos en que es menos *divertido*... ¿Te acuerdas de octubre? Te abraza y te manda todo su cariño tu hijo que, sin gritos, sin banderas y sin música, pero con toda su alma, su alma de trapense silencioso, lanza también su ¡viva España! a los pies de Jesús en el sagrario”.

² VE, pp. 307-308 (OC 744-748).

Sin embargo, los tres no consiguieron entrar en Oviedo y tuvieron que volver a Burgos. Rafael pudo hacer una breve visita a los tíos de Ávila, juntándose luego con su padre y su hermano en Burgos. Pero de allí se alejó toda la familia por un conjunto de circunstancias de carácter bélico, refugiándose en Villasandino, un pueblo de la provincia, en el que tenían algunas fincas. Esto era a mediados de noviembre. A la familia Arnáiz se sumó la de los tíos de Ávila con sus hijos. Juntos tendrían que afrontar las penurias y privaciones en una zona relativamente alejada de la sangrienta tormenta.

Rafael, terminadas todas las diligencias inherentes a su inhabilitación, renuncia por tercera vez al calor de la familia y vuelve a entrar en la Trapa el 6 de diciembre.

19. *A los pies del crucifijo*

ESTA TERCERA permanencia en San Isidro durará sólo tres meses, hasta el 7 de febrero de 1937. Sin embargo, a pesar de su brevedad, es una etapa muy importante en la vida de Rafael, no sólo para él, en cuanto constituye un período de intensa y profunda vitalidad en la identificación cada vez mayor con el misterio de la cruz, sino también para nosotros, en cuanto que, precisamente en estos tres meses —de los que, inexplicablemente, no hay rastro de correspondencia epistolar—, nos ha dejado referencias preciosas de su vida interior y de su trabajo de escucha y de respuesta a la gracia.

Efectivamente, a los dos días de su vuelta a la Trapa, en la fiesta de la inmaculada, Rafael vuelve a escribir, dando rienda suelta a la torrentera de sus estados de ánimo, volcándolos en las páginas de un nuevo “cuaderno” que dedica a su hermano Leopoldo.

Son muchos los temas que trata, aunque sea de un modo mucho más breve de lo acostumbrado. Frecuentemente están inspirados en sus contemplaciones personales de los momentos litúrgicos que está viviendo: adviento, navidad, epifanía, a la vez que domina constantemente el trasfondo el inagotable misterio del amor de Dios crucificado. Como en las anteriores “meditaciones”, tenemos que presentar sólo una selección de aquellas páginas que sirva para iluminarnos y guiarnos en su evolución y en el camino de gracia en el que Rafael está progresando.

“En la Trapa tengo un crucifijo y en el mundo un

hermano. Comienzo a escribir este cuaderno teniendo delante el primero y acordándome del segundo. Quizá algún día mi hermano Leopoldo lea estas líneas escritas con el alma y el corazón” para llegar a su corazón, a fin de “hacerle reflexionar y acercarle más y más a ese Dios al cual no se llega ni por el estudio profundo ni por largas discusiones con los hombres, sino por la continua y simple mirada a los pies del crucifijo... Si el mundo supiera cuánto se aprende a los pies de la cruz... Allí la discusión enmudece ante la sangre de Cristo... Hazme caso; para ti escribo... Nada hay difícil para el espíritu cuando éste navega en el inmenso valle de la humildad, y la humildad nace a los pies de un Dios clavado en el patíbulo... En este cuaderno verás de todo: flaquezas y virtudes, angustias y alegrías. Entre líneas leerás días claros y días nublados, calmas y tempestades...; pero todo eso es un alma, y mucho más... No te pido más que una cosa... Que te pongas a leer estas páginas en el mismo sitio en que han sido escritas, o sea, pidiendo la ayuda de la virgen María y sentándote a los pies de la cruz de Jesús”¹.

A un cierto momento, él mismo describe el origen y el sentido de estas páginas. Son el fruto del silencio que, por una parte suscita el deseo de prolongarlo transformándolo en una oración recogida, y por otra incita al alma a “pregonar al mundo entero... que aquello por que sufres es Dios..., que aquello en que piensas es Dios..., que aquello por que vives es Dios... A veces dejo la pluma, que no dice lo que quiero porque no sabe y no puede, y me postro ante el sagrario y allí escribo, canto, rezo o lloro..., lo que Dios me da (a) entender..., y lo que nadie leerá jamás. Otras veces me siento delante de estas páginas blancas, las voy llenando... A veces también me sirve de oración, pues el escribir de Dios *es también un método de*

¹ VE, pp. 311-314 (OC 751-754).

oración. Pero sobre todo me anima el deseo de que, al que esto lea, le acerque más a Dios”².

Concluye comprobando que es incapaz de escribir con claridad y de expresar la grandeza del Señor: “Soy un trapense, y cuando escribo también debo mantener el silencio”.

La antinomia entre la carne y el espíritu sale con mucha frecuencia: “En el silencio de la iglesia, todo es lucha. El espíritu que quiere volar y la carne que se arrastra. El alma que llora de no ver aún a Dios y unos ojos que se cierran por el sueño y la vigilia”³.

Podemos preguntarnos: ¿El deseo de morir para empezar a vivir ya es una estrechez de espíritu? No. Rafael no es un cobarde, es un alma “que tiene sed del Dios vivo”. “Como el ciervo desea las fuentes..., así mi alma suspira... la vida eterna, vida en la cual esa centellica que tengo dentro se dilatará, se inflamará, y a la vista de su rostro dará más luz que el sol”. Rafael siente que “en la tierra hace frío. Es el frío de la vida mortal. Es el frío del peregrino sin casa ni hogar en una ‘tierra desierta e intransitable’”. Pero afirma: “Todo consiste en *saber esperar*”.

Su espíritu está “caminando”. En las páginas precedentes habíamos asistido al canto que entonaba ante el maravilloso cuadro de la naturaleza. Ahora escribe: “Grande es la misericordia divina cuando pone a un alma en este estado en el cual todo contribuye a elevar el corazón muy por encima de todo lo criado y todo lo terreno. Cuando el alma pena de no ver a Dios, ¿qué le puede interesar el mundo?... El alma sufre por estar aún en la tierra... y no concibe apego a nada que no sea el cielo, o sea, Dios... ¡Qué pequeño es todo para el que siente vértigos de amor a Dios!”

“¿Qué importa la salud?... ¿Qué más da el sitio este o

² VE, pp. 374-376 (OC 853-855).

³ VE, pp. 315-318 (OC 756-761).

aquel..., ser querido o despreciado, ser pobre o ser rico?... Todo eso es nada para el alma que de veras vive más de la ilusión de cielo que de realidades terrenas. Qué bien se entienden aquellos versos de santa Teresa que dicen:

“Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero
que muero porque no muero”⁴.

Y he aquí que, al sumergirse en la contemplación del crucificado, se supera la antinomia y el espíritu sale ganando: “Se llega a no sentir el frío ni el sueño, se abisma el espíritu en la intensidad de Dios, en su amor infinito... Cuanto más hombre se es y más humanamente sentimos, más y con mayor ansia se llora la vida y se desea morir. El ciervo con sed es el animal acosado por los cazadores... El hombre que ansía la vida inmortal es hombre acosado también, como el ciervo, de peligros mortales: cazadores le acechan, miserias le afligen, pasiones le turban. El alma con ansias de cielo es alma que ve sus flaquezas; el hombre que busca la fuente de Cristo es que está sediento; y la sed es de hombres y no de ángeles”.

En la página siguiente Rafael hace el elogio de la soledad. Enseguida percibimos cuánto haya adelantado su alma: “Qué difícil es expresar la alegría de la soledad al que algunas veces tantas lágrimas le ha costado”⁵. Y sólo después de haber hecho referencia al gozo de estar solo con Dios —el “solus cum Solo” de san Juan de la Cruz—, nos indica que la antinomia siempre existe: “El alma está sola y debe estar sola, como el Señor la quiere. Pero ¡cuánto cuesta subir esa pequeña pendiente en la que se van dejando tantas ilusiones, a veces afectos, a veces parece que pedazos del alma entera!... ¡Cuesta, Señor!... En esta soledad goza el alma del enorme consuelo de saberse *sola* de Dios”.

⁴ SANTA TERESA DE JESÚS, *Poesías* 2.

⁵ VE, p. 319 (OC 764-767).

Sigue una imagen muy sugestiva: “En un paisaje dominado por la niebla, seguramente que está el Señor; pero sin contornos, confuso, impreciso. Así sucede con el que está acostumbrado a ver al Creador en los más pequeños detalles de la creación, en las maravillas de la naturaleza, en la armonía del introito de una misa o en el corazón de un hombre...” Ciertamente, se puede ver al Señor de este modo, “mas es de una manera imperfecta, pues antes de llegar al paisaje su vista se ha detenido en la niebla. Dios está en todo, pero ese todo no es Dios”⁶.

Aunque sea a través de la lucha, Rafael siempre quiere trascender todo lo que es “creatura” en sentido lato, y termina citando un pasaje de san Juan de la Cruz:

“En soledad vivía
y en soledad ha puesto ya su nido,
y en soledad la guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido”⁷.

El 12 de diciembre de 1936 era un día lluvioso. He aquí cómo hace la descripción un tanto humorística y no carente de aquel “brío” que de vez en cuando aflora a sus escritos: “El día está triste. Unas nubes muy feas, un viento ‘sí es, no es’ fuerte, algunas gotas de agua que caen como de mala gana y que lamen los cristales y, dominándolo todo, un frío digno del país y de la época”⁸. Rafael tiene frío por dentro y por fuera; tiene los pies y las manos heladas y está sufriendo de un modo que le parece que todo está nublado. “Algo me abrumba el silencio, y parece que unos diablillos están empeñados en hacerme rabiar, con una cosa que yo llamo recuerdos. En mis manos han puesto una navaja y delante de mí un cesto con una especie de zanahorias blancas muy grandes y que

⁶ VE, p. 321 (OC 768).

⁷ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual* 34 (35).

⁸ VE, p. 323 (OC 772).

resultan ser nabos. Yo nunca los había visto al natural tan grandes y tan fríos. El tiempo pasa lento y mi navaja también entre la corteza y la carne de los nabos que estoy lindamente dejando pelados. Los diablillos me siguen dando guerra. ¡Que haya yo dejado mi casa para venir aquí con este frío a mondar estos bichos tan feos! Verdaderamente es algo ridículo esto de pelar nabos con esa seriedad de magistrado de luto. Un demonio pequeñito y muy sutil se me escurre muy adentro, y de suaves maneras me recuerda mi casa, mis padres y hermanos, mi libertad, que he dejado para encerrarme aquí entre lentejas, patatas, berzas y nabos. El día está triste... Mis manos están coloradas, coloradas como los diablillos; mis pies, ateridos... ¿Y el alma, Señor?; quizá el alma sufriendo un poquillo... Mas no importa..., refugiémonos en el silencio... ¿Qué estoy haciendo? ¡Virgen santa!... ¡Qué pregunta! Pelar nabos..., ¡pelar nabos!... ¿Para qué?... Y el corazón dando un brinco contesta medio loco: pelo nabos por amor..., por amor a Jesucristo. Ya nada puedo decir que claramente se pueda entender, pero sí diré que allá dentro, muy dentro del alma, una paz muy grande vino en lugar de la turbación que antes tenía... Que el pelar unos nabos por verdadero amor a Dios le puede a él dar tanta gloria y a nosotros tantos méritos como la conquista de las Indias... El pensar que por sólo su misericordia tengo la enorme suerte de padecer algo por él... es algo que llena de tal modo el alma de alegría que, si en aquellos momentos me hubiera dejado llevar de mis impulsos interiores, hubiera comenzado a tirar nabos a diestro y siniestro, tratando de hacer comunicar a las pobres raíces de la tierra la alegría de mi corazón... Hubiera hecho verdaderas filigranas malabares con los nabos, la navaja y el mandil. Me reía “a moco tendido” (quizá por el frío) de los diablillos rojos que, asustados de mi cambio, se escondían entre los sacos de garbanzos y en un cesto de repollos que allí había”⁹.

⁹ VE, pp. 323-325 (OC. 773-774).

El relato prosigue, pero parémonos aquí, ya que parece que la “escenita” pintada tan bien por el Rafael “escritor” habrá sido más que suficiente para hacer reflexionar a Leopoldo y también a nosotros.

El 14 de diciembre el elogio se refiere a la vida oculta. Observa Rafael que para un alma enamorada de Dios y “que ha encontrado en la tierra el tesoro escondido” no basta el silencio y ni siquiera el recogimiento en la soledad. “Le es necesario ocultarse a todos, le es necesario ocultarse con Cristo... *El secreto del rey se mancha y pierde brillo al publicarse... Ese secreto del rey se reduce muchas veces a una cruz... Ocultemos en el último rincón de la tierra nuestras lágrimas, nuestras penas y nuestros desconsuelos... No hagamos llegar a nadie la más pequeña parte de nuestras aflicciones. Seamos egoístas para sufrir y generosos en la alegría*”¹⁰.

Luego añade una fina observación psicológica: “En nuestro egoísmo hacemos, o por lo menos queremos hacer participar a los demás de lo nuestro para así descargarnos, y conseguimos con esto alivio ficticio y falso, pues si te duele una muela, te seguirá doliendo lo digas o no. En resumidas cuentas, casi siempre es un acto de egoísmo y también falta de humildad dando importancia a lo tuyo, como si, por ser tuyo, fuera importante”.

Como se puede ver, el fin didáctico es aquí más claro que en otras partes. Al mismo tiempo, nos damos cuenta del sufrimiento que ha tenido que pasar Rafael. Luego sabremos la verdadera causa de tanto sufrimiento. Por lo demás, al fin de la página afirma que “sólo hay un camino para llegar a él..., el camino de la santa cruz”.

Otro capítulo es dedicado a la “libertad”. Partiendo de los numerosos aviones que atravesaban el cielo, compara el concepto que tiene el mundo con la “libertad que se encuentra en el alma cuya única razón de existir es Dios... Yo también alguna vez, allá en el mundo, corría por las

¹⁰ VE, pp. 328-330 (OC 781-783).

carreteras de España, ilusionado en poner el marcador del automóvil a 90 kilómetros por hora (*sic*)... ¡Qué estupidez! Cuando me di cuenta de que el horizonte se me acababa, sufrí la decepción del que goza la libertad de la tierra..., pues la tierra es pequeña y, además, se acaba con rapidez. Horizontes pequeños y limitados rodean al hombre... ¡Volar a las regiones de lo sobrenatural en alas del amor divino! He aquí lo que es libertad. ¡Hombres libres que recorréis el planeta, no os envidio vuestra vida en el mundo! Encerrado en un convento y a los pies de un crucifijo tengo libertad infinita, tengo un cielo..., tengo a Dios”¹¹.

En vísperas de navidad, 22 de diciembre, surge espontáneamente en Rafael el recuerdo de las fiestas pasadas con su familia, y con el recuerdo, la comparación con las de la Trapa. “Mi alma de monje, que sólo busca el amor de Jesús en el silencio y la soledad, y mi alma de hombre sensible, aún no muerta a los quereres humanos, y que en su flaqueza añora el calor de la navidad entre los suyos, en su casa, con sus padres, sus hermanos... Ahora es distinto. Ahora Dios no me admite ni el turrón, ni el mazapán, ni música, ni cantares... Ahora Dios me pide más. Me pide algo que ya le he dado..., pues se lo he dado todo”¹².

Recuerdos, sí; pero añoranzas, no: “Aprenda en la vida el alma entregada a Dios a no añorar lo pasado ni a temer el porvenir... Dios es presente y sólo él basta...” De todos modos, los recuerdos se hacen presentes: “Claro está que habrá momentos en que el corazón recuerde sus cariños en el mundo, sus pasados días felices..., el calor de los hogares, entre risas infantiles... Momentos en que recuerde la alegría de los hombres, tan distinta a la de la alegría tranquila, alegría pura y santa de los humildes trapenses”. La fiesta entonces era necesaria, pero también es necesario el silencio de los monjes mezclado con los coros de los ángeles y las baladas de los pastores. “En la armonía

¹¹ VE, p. 334 (OC 786-790).

¹² VE, pp. 337s (OC 794-800).

perfecta de la creación, cada hombre, cada cosa, sigue el curso trazado por Dios. ¡Cuánta alegría nos causa el sabernos apoyados en su voluntad!”

Y por fin, después de haber meditado en el amor de Dios que se ha hecho hombre, Rafael concluye: “Hoy en la oración, un frailecillo, pensando sobre esto y mirando a su alrededor, no pudo por menos de cerrar los ojos, y olvidando sus propios sentires y propios pesares, elevó la vista al cielo y oyó claramente a su alma...: ¡Hermano..., hermano!, ¡ama a Cristo!... Lo demás... ¿Qué más te da?”

En el mismo ambiente de las fiestas de navidad, el 27 de diciembre Rafael ofrece al Señor su pobreza absoluta, su alma vacía: “Si no le entoné himnos como los ángeles, procuré cantarle coplas de pastores... Las miserias y flaquezas ofrecidas a Jesús por un corazón de veras enamorado son aceptadas por él como si fueran virtudes”¹³.

Unos días después el tema se lo sugiere la oración de la noche, cuando a las dos “los monjes comienzan a vivir, y quién más quién menos toman su cruz diaria para seguir a Cristo”¹⁴. Para Rafael, una pequeña parte de la cruz —más adelante veremos cuál es la mayor— está en su naturaleza.

“¡Qué sueño tengo, Señor! Estoy casi dormido. Los vapores del sueño no me quitan, sin embargo, de musitar entre dientes un ‘ave María purísima’. Yo no sé si la santísima Virgen me oirá...; creo que sí. ¡Estoy tan atontado durante ese minuto!..., que casi me acuerdo de ella maquinalmente. Señor..., Señor, qué sueño tengo y qué frío hace... Algunos días debe estar el dormitorio a cero, o por lo menos a dos o tres grados. Dicen los higienistas que esto es muy sano, no lo dudo...; pero, bueno, a mí me parecen muy pocos grados... No importa, aprovechémosnos ahora, lo mismo en frío que en calor; no es hora de

¹³ VE, p. 345 (OC 806).

¹⁴ VE, pp. 346s (OC 807-812).

hacer estúpidas reflexiones, aunque a veces yo conozco quién las hace aun en los momentos más serios... Pronto me doy cuenta de que soy un fraile al que ha llamado la campana para rezar maitines, porque, como digo, el primer minuto no sé lo (que) soy; solamente veo un montón de ropas y un hombre que se levanta vestido de una dura cama de paja... Mi alma quiere y venera mucho a la Virgen..., pero la realidad de la vida sobre este valle de dolores es eso...: penitencia, sueño, frío y, a veces, dolor de riñones... Pobre hombre que aún peregrina en la tierra, sírvante tus flaquezas de escalón para amar a Dios... Tu carne mortal te hace andar a rastras...; no te apures..., el que es infinito ve tu intención...; quizá se sonría al ver a ese frailecillo, calada la capucha puntiaguda, andando a tropezones por los claustros del monasterio, con frío y con sueño, pero que allá dentro de su corazón le canta a su Dios el salmo de David que dice: "*Laudate Dominum omnes gentes*"... El alma quisiera volar por el mundo entero y gritar a los cuatro vientos la grandeza de Dios..."

El trayecto que separa el coro del dormitorio es breve, pero, observa Rafael, pueden suceder muchas cosas: "Se puede gozar y se puede sufrir". Es decir, puede haber ímpetus de fervor que llevan al alma al Señor "en santa alegría". Pero a veces también se acuerda del mundo... De ese mundo que no conoce y a quien pasan desapercibidas estas pequeñas cosas, que a veces son pequeñas tragedias o a veces grandes alegrías, que ocurren en los conventos... No todo es consuelo y devoción, pues cuando nos vemos rodeados de tinieblas y dueños de un corazón humano y sensible..., y de un cuerpo de carne... Cuando algunas veces nos vemos tan cerca de nosotros mismos y tan lejos de Dios..., de veras que se sufre".

De todos modos, la conclusión es serena, ya que Rafael dice que "los ángeles del cielo quizá ayuden a cantar a ese pobre hombre lleno de miserias, que rumia en su corazón

las alabanzas divinas, en medio de la soledad de una noche de la tierra”.

El principio de 1937 lleva a Rafael a unas reflexiones de carácter filosófico:

“El tiempo no se puede medir... No importa, no merece la pena... Para mí no es más que una cifra... Lo que debe ser mejor no es el año; somos nosotros los que debemos mejorar. Somos nosotros los que existimos, y no el año que comienza”. De todos modos, “bienvenido año de 1937, seas lo que seas, pues Dios te envía... ¿Qué me traerás? Lo mismo me da, pues también el Señor es quien lo envía. Que él me ayude a servirle mejor dentro de tus días y meses...”¹⁵.

El deseo del “solo con el Solo” aparece en las páginas siguientes y se siente vibrar en el espíritu poético de Rafael:

“Una Trapa..., un monasterio..., hombres... Sólo Dios y yo”.

“El alma está ansiosa de verse en el cielo, mirando a la Virgen, contemplando a Dios”.

“Monasterio de hombres..., casa de un día. Monjes penitentes..., aves de paso que vuelan cantando. Flores y espinas. Llantos y cruces. Vientos y hielos. Himnos de alegría. Momentos de angustia. Campanas. Incienso... Todo lo que vibra, todo lo (que) al alma en la vida rodea..., todo es flor de un día, que ahora viene y luego se va. Nada la interesa que no sea Cristo, nada la conmueve que no sea Dios, y esconde muy hondo sus ansias, sus penas, sus cruces... Sólo Dios y yo”¹⁶.

Con ocasión de la epifanía, Rafael nota que la pregunta de los reyes magos es la misma que “la que le sale al alma después de un largo tiempo de peregrinación a través de desiertos y tierras desconocidas”, y “esos caminos que

¹⁵ VE, pp. 352-354 (OC 813-816).

¹⁶ VE, pp. 355-356 (OC 817-819).

conducen a él, que son la humildad, el renunciamiento, el sacrificio y, casi siempre, la cruz”¹⁷.

Espigando entre sus líneas, encontramos un aspecto de Rafael que no nos puede sorprender: el poeta es siempre un soñador. “La noche de los reyes magos... ¡En cuanto a la ilusión!, en eso sigo siendo niño. Niño que espera ilusionado un dulce despertar... Ilusión que hace que la noche de la vida se lleve con santa alegría y que el sueño sea tranquilo... Ya despertaremos un día en los brazos de Dios y de María... Ilusiones de cielo... Ilusión que dura la vida y que después no defrauda. ¡Qué contentos volverían los reyes magos después de haber visto a Dios! Yo también le veré..., no hay más que esperar un poco. Pronto llegará la mañana y con ella la luz”.

Algunos días después, Rafael, que ha recibido una carta de su hermano desde el frente, se pone a escribir sobre la guerra. Pero únicamente desde su punto de vista, que es el de la oración: “Cuando en el oficio de vísperas el coro entona el *Magnificat* a la Virgen, a los pies de María se postra un oblató cisterciense, y aprovecha esos momentos para pedirle muchas cosas... El otro día le dije a María que tenía yo un hermano en la guerra. Seguro que ya lo sabía”¹⁸. Añade Rafael que en la Trapa hay muchos monjes que piden paz para todos los que están en guerra. “Yo por mi parte le digo al Señor que, como no entiendo sus planes..., que haga lo que quiera, y ofrezco mis oraciones y mis súplicas, pero para que él, que sabe más que yo..., ponga el motivo, y así no pido lo que no conviene. En cambio, a la virgen María sencillamente le digo lo que pasa... Cristo dijo: ‘Pedid y recibiréis’, pero para no pedir lo que no conviene, le pido a Dios lo que él quisiera que le pidiera... Ahora bien, también le digo: ¡Señor, mira bien lo que haces, que tengo un hermano en el frente!... Virgen María, acuérdate. Estoy seguro que tanto Jesús

¹⁷ VE, pp. 357-359 (OC 822-826).

¹⁸ VE, pp. 360-361 (OC 828-829).

como María me oyen..., y no les pido nada..., por lo menos eso a mí me parece, aunque vaya usted a saber, ¡son tan cucos los frailes!”

Cuando, el 10 de enero, Rafael se pone a escribir como de costumbre, nos enteramos por sus mismas palabras de que está en la enfermería, en la cama, por el empeoramiento de su inexorable enfermedad. Así estará hasta el 7 de febrero, día en que saldrá, por obediencia, por tercera vez del monasterio. Así escribe él sobre su enfermedad: “Sólo me causa cansancio, hambre y mucha sed, y una falta absoluta de fuerzas. Todo lo demás está bien”. Y prosigue: “Ahora, gracias a Dios, estoy enfermo... Bendito sea Dios y bendita sea mi enfermedad, que es el medio de que él se vale para cumplir sus designios en mi insignificante persona”.

Lo que escribe Rafael, lo escribe con plena conciencia y con toda sinceridad, aunque a nosotros nos pueda extrañar. Pero todo es una “conquista”. “Cuesta a veces pequeños sufrimientos (*sic*) llegar a esta paz del alma, a esa alegría santa de vivir cumpliendo nuestro fin de enfermos”.

Después de haber dicho que a veces se sentía humillado por no poder observar la Regla, hace esta reflexión: “¡Humillación! Qué mal entendemos esta palabra. Me he dado cuenta de que para humillarse hay que bajarse... ¿Y dónde voy yo a bajar?... ¿Acaso estoy elevado?... ¡Qué tristeza la del que no puede hacer penitencia pública! ¡Cuánta soberbia se puede encontrar en un ayuno o en una ruidosa disciplina!... Con qué facilidad nos fijamos en todo lo externo... y qué pocas veces amamos la voluntad de Dios y nos unimos a ella... ¡Feliz el que vea la mano de Dios en todo lo que le suceda!”¹⁹

Evidentemente, Rafael era uno de éstos. En efecto, añade: “¡Cuánta alegría se puede encerrar en los muros de una enfermería! ¡Qué felicidad es el poder amar a Dios

¹⁹ VE, pp. 362s (OC 831-840).

en la inutilidad de todo y viéndose incapaz de nada... De unos labios enfermos se escapa una oración... Es san Juan de la Cruz quien la compuso... Es sólo una estrofa de uno de sus versos: 'Rompe ya la tela de este dulce encuentro'²⁰. ¡Dulce encuentro!... ¿Hay alguna manera más divina de nombrar la muerte?"

Cierra luego este discurso tan sublime con un indefectible golpe de gracia. Desearía tener no sólo las palabras de Job, sino también su paciencia, y anota —como un "detalle magnífico"— que a Job el Señor se lo quitó todo menos... la mujer, tan quisquillosa. Y prosigue: "Dios, que todo lo hace, sabe lo que hace. Por eso a mí no me ha hecho casado..., sino que me ha hecho fraile". ¿Es desconcertante este nuestro Rafael? Quizá sí. Pero él mismo se comenta: "¡Qué de tonterías se me ocurren a veces!"

En otra parte escribe una página maravillosa en la que hace resaltar el contraste entre lo que él podía ver cuando correteaba por el mundo y aquel limitadísimo espacio que puede ver desde la ventana de la enfermería: "Cuando yo era libre (?) en el mundo, el asomarme entre los imponentes acantilados del Cantábrico y contemplar el ancho horizonte del mar me entusiasmaba... Veía las maravillas de Dios. Lo que hoy veo desde mi ventana... es mucho mejor que el mar. Cuando era libre y mi cuerpo gozaba del aire, del sol, de la salud, y mis piernas, libres de la glucosuria, me llevaban a los riscos de las cabras y rebecos, en las nevadas montañas de Asturias..., ¡cuánto gozaba mi alma viendo la inmensidad de Dios reflejada en lo profundo de los valles y en las escarpadas cimas de las sierras y los montes!... ¡Cuántos ratos me tengo pasados viendo los mares de nieblas y escuchando el silencio solemne de una naturaleza donde pocas veces llega el hombre! Lo que desde mi ventana veo... es más grandioso. Cuando yo era libre y en mis ansias de horizonte recorría las llanuras de Castilla, llenándome los ojos de la luz de los cielos, inun-

²⁰ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva* I

dando mi alma de la paz de sus campos, gozando de la austeridad de sus paisajes y amando esa tierra que es mi tierra..., también bendecía a Dios. Ahora lo que veo desde mi ventana... es más grande, es más amplio, es mayor. Mi ventana no da al mar... No da al valle ni al collado. Desde ella no veo ni mares, ni nieblas, ni riscos, ni peñas, ni puestas de sol... Desde mi ventana veo unas piedras amarillas que, junto con unas tejas y carcomidos maderos con el trabajo del hombre, contienen desde hace siglos el arca santa de Dios. El ábside de la iglesia... Ábside románico, cuya arquitectura no me interesa..., ¡asómbtrate, mar; temblad, montes de la tierra...; parad en vuestro camino todos los mundos que giráis en el espacio..., esas piedras amarillas y esas tejas... son la casa de Dios!”

“Otras cosas veo desde mi ventana... Son hierbas, árboles; se ve el cielo, se ve un pueblo..., ¡qué más da! De mi ventana al sagrario hay pocos metros... ¡Qué más vista puedo desear! En los ratos que paso mirando a través de mi ventana veo más grandiosidad en Dios, en la humildad de su casa y en el sublime misterio de su permanencia entre los hombres que en todas las obras que salieron de sus manos y que están manifiestas en el mundo... No necesita él de mi libertad, ni de mi salud, ni de mis alabanzas al contemplar las obras de sus manos. Le basta mi admiración profunda, nacida ante la vista del sagrario, escondido humildemente entre piedras de la tierra y entre el fango de los hombres. Mi ventana no da al mar... ni al alma le llegan paisajes que la hagan soñar... Dios cortó mis alas..., no puedo volar”²¹.

Un día, el 20 de enero, escribe meditando sobre algunas frases de la *Imitación de Cristo* respecto a la paciencia y a la paz²². Rafael, aquí, vuelve a compararse a sí mismo con el novicio que era y el oblato enfermo que lleva la cruz. Aquel novicio creía haber encontrado “mucho paz” en-

²¹ VE, pp. 368-371 (OC 842-849).

²² *Imitación de Cristo*, libro III, c. 12.

terneciéndose con los trinos de los pájaros del cementerio, y Rafael de nuevo habla de las cogullas blancas, del órgano, de las campanas.

“Cuando el mundo busca la paz..., así la concibe...: silencio, quietud, amor sin lágrimas..., mucho egoísmo oculto. El hombre busca esa paz para descansar, para no sufrir... Esa paz que el mundo pinta en un claustro con sol, con cipreses y con pájaros. Esa paz sin tentaciones y sin cruz, en que la vida es una sonrisa de desprecio al mundo y una mirada tranquila en Dios. Efectivamente, en todo eso hay paz..., pero no es la verdadera”²³. Ésta era la paz del novicio. Ahora, perdida la salud, el oblato se da cuenta de que las campanas pueden tener grietas, que el sol se esconde y que los pájaros se callan. El paisaje ha cambiado y ha llegado la cruz: pruebas y tentaciones.

“La cruz pesa... Pero llega Cristo y me dice: ‘Ahí está tu paz’”. Rafael no quisiera volver nunca a estar como antes. “Hoy bendigo desde el fondo de mi alma a ese Dios que tanto me quiere y me lo demuestra porque me quiere como es él..., clavado en cruz, besando sus llagas y acompañándole en sus agonías... No sé si me explico, pero Dios me entiende... Amo más a Cristo cuanto más me prueba.... Goza mi alma de paz... No sé cuándo sufro, pues sufro por Cristo y sufro con gusto”.

No se trata de sentimentalismo ni de masoquismo. Todo lo contrario. “El acompañarle en la cruz cuesta a veces copiosas lágrimas, y el ver que aún tenemos voluntad propia, y por tanto miserias, defectos y pecados, no deja de causar pesar. Todo es lucha, una lucha consigo mismo, con la tribulación y con la tentación...” Y, a pesar de todo, repite de nuevo: “Gran consuelo es tener cruz... No hay mejor paz que la que proporciona el sufrimiento”.

No hay duda de que Rafael, después de haber usado con frecuencia una terminología semejante a la de san

²³ VE, pp. 378-380 (OC 858-863).

Juan de la Cruz: soledad, desierto, caminos desconocidos, tinieblas, noche, se asimile los temas y se muestre verdaderamente un discípulo dócil y aventajado. Estamos llegando realmente a grandes pasos hacia las cumbres.

Ya estamos en las últimas páginas de este "cuaderno". Todavía algunas ideas a propósito de un Cristo muerto en la cruz que Rafael ha conseguido pintar haciendo oración "con la punta del lápiz"²⁴. Luego quiere indicar, quizá acordándose de que lo que escribe está dedicado a Leopoldo, lo fácil que es encontrar al Señor: "Recógete dentro de ti mismo..., mira tu nada, mira la nada del mundo, ponte a los pies de una cruz, y si eres sencillo verás a Dios... ¿Quiere un alma vivir según Dios?... Quite de ella todo lo que no sea él..., y ya está"²⁵.

El 28 de enero el escrito es mucho más breve, pero también significativo: "Mi cielo en la tierra lo he hecho en la celda... Mi celda está llena de gente: hay risas, hay cantos, hay barullo de ángeles que enredan entre los papeles. Yo no vivo solo. En mi celda de enfermo vive Cristo; está María... En mi celda hay de todo; hay silencio, hay paz, hay alegría. Hay un fraile que sueña con el cielo, con un cielo sin penas ni llantos"²⁶.

Pocos días después, Rafael se encuentra con la "obediencia" de tener que volver con su familia, ya que en la Trapa no hay posibilidad de prestarle los cuidados que requiere un enfermo como él. Así, pues, cierra su "cuaderno" el 6 de febrero con una página en la que aparece toda la pena de tener que dejar el monasterio, pero donde también abunda una plena confianza en los designios de Dios, aunque estén ocultos a sus ojos. Pensando en los estados de ánimo de sus dos anteriores salidas de la Trapa, observa:

"La primera vez creí que me moría del disgusto... Creí

²⁴ VE, p. 382 (OC 868).

²⁵ VE, p. 386 (OC 872-873).

²⁶ VE, p. 387 (OC 875).

que Dios me abandonaba. La segunda vez salí con motivo de la guerra. La curiosidad, unos días de descanso en la penitencia, me parecieron bien... Sabía que la vuelta al monasterio no me había de costar... Veía que Dios me probaba”²⁷.

Ahora se da cuenta de que el Señor ni le abandona ni le prueba, sino que simplemente le quiere. “*Veo tan claramente la mano de Dios...*” Está convencido de que volverá a la Trapa de nuevo y que morirá dentro de sus muros. Se deja “llevar por el Señor sin entender”. “Creo que el día que haya aprendido, el Señor me dejará en un sitio tranquilo”.

La última palabra del cuaderno es: *Fiat!*

²⁷ VE, pp. 389-390 (OC 878).

20. “*El secreto del rey*”

LAS ELEVACIONES sobre el misterio de la cruz, que acabamos de leer, tocan los límites de la mística pura. No son vuelos emotivos de un poeta soñador, ni elucubraciones abstractas o dialécticas de un temperamento contemplativo. Son la expresión de la realidad de la cruz vivida en el corazón y en la propia carne, no sólo a nivel de una enfermedad irreversible ni de la austeridad trapense —aumentada por las estrecheces de la guerra—, sino que están originadas por los sufrimientos físicos y morales de cada día, ocultados generosamente por el heroico silencio de Rafael.

El *fiat* con que sella el “cuaderno” comprende también el drama de un arcano y misterioso período de incomprendiones, de humillaciones y de privaciones que la divina Providencia permitió y utilizó para esculpir cada vez más profundamente en el alma de Rafael la imagen del divino modelo crucificado.

De este misterio de crucifixión física y moral, oculta y diaria, que precisamente en este último trimestre constituyó el verdadero “tesoro escondido” de Rafael, en todas las densas páginas del “cuaderno” no dejó escapar la más mínima alusión, excepto cuando el 14 de diciembre habla del “secreto del rey”, que hay que tener “escondido en el más recóndito rincón de la tierra”.

A darnos luz acerca de este “secreto” nos ayuda la preciosa declaración del padre Teófilo Sandoval, que, como sabemos, después de haber sido el confesor de Ra-

fael cuando era novicio, siguió siendo, mientras fue posible, el confidente, el guía y el ángel consolador ¹.

Efectivamente, el motivo por el que el padre abad decidió que Rafael volviera de nuevo con su familia fue, aparte del agudizarse de nuevo la enfermedad, la situación concreta en que llegó a encontrarse la comunidad de San Isidro. Privada inesperadamente de los indispensables servicios de una treintena de monjes, movilizados en el ejército, se había visto obligada además a hacer obras extraordinarias en la fábrica de chocolate, a fin de poder alojar las secciones de italianos que, después de la derrota de Guadalajara, habían tenido que replegarse en San Isidro ².

En consecuencia, todos los servicios de la comunidad eran muy deficientes, comenzando por el de la enfermería.

Pero por lo que respecta a Rafael, hay que volver unos pasos atrás. Desde su primer reingreso en el monasterio, en enero de 1936, el abad había dado órdenes precisas al hermano enfermero para que suministrasen al nuevo oblato un alimento más abundante que a los demás enfermos. El hermano Tescelino, como ya hemos visto, cuidaba fraternalmente a su compañero de noviciado y obedecía con absoluta fidelidad las disposiciones precisas del abad, aunque esto provocara las protestas de un enfermo mental recluido en la enfermería a causa de su carácter exaltado, "que tenía grandes celos de Rafael" ³. Éste "caía en arrebatos, gritando a nuestro oblato y echándole en cara que podría haberse quedado en su casa para comer mejor y que, por tanto, no tenía por qué estar en el monasterio para ser tratado mejor que los demás y comer la sopa boba". Esto sucedía todos los días. Mas Tescelino le hacía callar y seguía dando a Rafael todo lo que necesitaba.

¹ VE, p. 328 (OC 781-782). *Inform. Alleg.*, n. 15, 25-36.

² VE, p. 394.

³ *Inform. Alleg.*, n. 15, p. 29.

Pero luego, con la movilización de septiembre, también Tescelino fue llamado al ejército.

A la vuelta de Rafael, cuenta el padre Teófilo, la situación, ya de suyo difícil, empeoró notablemente. El nuevo enfermero no tenía valor para hacer frente a aquel “enfermo mental”; las escenas se hicieron aún más violentas; Rafael procuró insistentemente convencer al sucesor de Tescelino que le disminuyera poco a poco la comida. Pero las consecuencias fueron fatales: Rafael empeoró y tuvo que volver nuevamente a casa para recuperar lo que había perdido.

Es verdad que el mismo Rafael procuró convencer al hermano enfermero que le diese una cantidad de alimento igual a la de los demás, a fin de suavizar los roces con aquel pobre infeliz; pero sentimos el tener que descubrir que el mismo enfermero no sólo se dejase convencer con demasiada facilidad, sino que además se diese prisa por terminar lo que Rafael no comía, a fin de que no se percataran en la cocina de que Rafael dejaba parte de su ración...⁴

No queremos en modo alguno juzgar el comportamiento de este enfermero, instrumento inconsciente de la divina Providencia, que no cumplía fielmente unas órdenes precisas. Rafael, en una carta a Tescelino del 1 de noviembre de 1937, se echa a sí mismo la culpa de lo acaecido con mucha humildad y heroísmo. “La culpa fue mía y de ningún otro”⁵. Pero éstas son las “mentiras” de los santos.

Así pues, Rafael, desde el 7 de febrero de 1937, está de nuevo con su familia en la propiedad paterna de Villсандino, donde durante algún tiempo se hospedarán también los tíos de Ávila⁶. Allí permanecerá diez meses, dedicando la mayor parte del tiempo a la oración, a la lectura de la

⁴ *Inform.*, l.c., p. 33.

⁵ VE, p. 412 (OC 975).

⁶ VE, p. 394.

Sagrada Escritura y a la contemplación de la naturaleza. Dedicó también mucho tiempo al dibujo y a la pintura. Los temas siempre son de carácter religioso, especialmente el crucifijo y la cruz desnuda.

De este período es su última pintura, pictóricamente quizá la mejor, difuminada de un silencio de adoración, tratada con una morbidez de colores y de luces delicada e insólita, reveladora también en este campo de la madurez interior alcanzada, lleva a orar en el interior de la iglesia de Villasandino. La madre de Rafael habla de ella con una conmovida complacencia:

“Un pequeño altar pueblerino con la figura al fondo de Cristo en la cruz... Caída sobre el pecho la divina cabeza, casi oculta bajo los lacios cabellos... En este cuadro puso Rafael mucho amor. Solo en las naves de la severa iglesia parroquial..., solo con Dios y sus pinceles, que perfilaban y acariciaban la casa de Dios, pasábase en ella horas y horas, sin medida del tiempo, sin cansancio ni fatiga”⁷.

Su vida se desarrolla normalmente en el seno de la familia. Dedicó muchas horas a la oración, aparte de la pintura. Largas estancias en el jardín, en meditación. Mientras tanto aumenta en él la intensidad de la vida interior y el contacto con Dios, a la vez que aumenta también la disponibilidad para con el prójimo; pronto para ayudar al padre en la gestión de la hacienda familiar, afable con los campesinos, con los que se entretiene con gusto.

De sus mismas palabras hemos deducido —cuando dejó la Trapa por primera vez— que el “prójimo” le molestaba y hubiese casi deseado que todos estuviesen en silencio para no turbar “su” silencio. Ahora su comportamiento es muy distinto. La obra de la gracia, a través de la purificación de tantos sufrimientos, ha actuado en lo más profundo. Antes era más sensible, ahora es más puro;

⁷ VE, p. 395.

na crecido en la fe, sin dejar por eso de ser tan humano. Antes bien, el mismo Rafael escribe en una carta: "No creas que he dejado de ser hombre humano; me parece que cada día lo soy más"⁸. Y este ser cada día más humano significa que la caridad para con sus semejantes va creciendo: "He aprendido a amar a los hombres como son y no como quisiera que fuesen"⁹.

En este largo período transcurrido en Villasandino no hay episodios de relieve e incluso la misma pluma de Rafael está como inactiva. Sabemos por su madre que un día fue a la Cartuja de Miraflores, cerca de Burgos, y con una lata, que encontró en la calle, en la mano se puso en la fila con los pobres para pedir la comida que cada día repartían aquellos monjes a los necesitados, mientras en casa, en vano, le estuvieron esperando para comer...

Durante casi un mes fue todos los días a visitar y a curar la llaga purulenta de un viejo médico del lugar, prácticamente abandonado de todos, que tenía un repugnante absceso en el sobaco¹⁰. El ascenso continúa sin cesar...

Son cinco en total las cartas a los tíos de Ávila durante este período y dos a su queridísimo enfermero, el hermano Tescelino, que ahora está en el ejército. El resorte que le mueve a escribir es siempre y únicamente la caridad. Su tío, entre otras cosas, está pasando por momentos difíciles a nivel económico, y su tía sigue teniendo necesidad de ayuda y de consejos para su vida espiritual.

Con su tía vuelve a tomar el tema, ya tratado en la anterior correspondencia, de la armonización de las exigencias de una auténtica vida de piedad con las de la caridad, especialmente para con los familiares, y con los

⁸ VE, p. 405 (OC 971).

⁹ APG, *Escritos I/C*, n. 31 (33), 18 de marzo (no mayo) de 1937, pp. 134-136; ST, pp. 126s (OC 884). Más tarde, 13 de marzo de 1938, escribirá: "amarles como Jesús los ama". VE, p. 493 (OC 1.107).

¹⁰ APG, *Dep. I/Leop.*

del propio estado¹¹. La incita a “comprender”, a “no juzgar”, a “endulzar” sus modos de vida en el ambiente familiar, a “no temer el perder la vida amando”; a “no herir a nadie”, a “no cerrarse”, evitando “los silencios, que a veces pueden hacer sufrir más que las malas palabras”. Partiendo de la realidad humana de que nadie es perfecto fuera de Dios, llega a sugerirle no sólo tener paciencia, sino “buscar a los más imperfectos, como Jesús, y amar al que quizá la desprecia y no la comprende”, ingeniándose además para “no hacer nada de particular, a fin de no hacer pesar sobre los demás la propia vida de piedad con un comportamiento no adecuado”, porque “una excesiva reserva puede parecer desprecio, y esto no corresponde a las enseñanzas de Jesús”. Parece que uno está leyendo los sabios consejos que san Francisco de Sales daba a su *Filotea*.

A su tío le dirige palabras de esperanza, y una esperanza “activa”, que tiene su raíz en el amor de Cristo y por Cristo, que extiende sus ramas en la caridad para con el prójimo.

“¿Cómo es posible que nos podamos ocupar en tantas cosas, en reír, en llorar, en hablar, en discutir, y en cambio para Dios nada? Ni el mundo puede comprender, ni tampoco es necesario, la locura del que ama a Cristo. La locura, sí; no tiene otra palabra... Bendita locura que nos hace vivir fuera del apego a la tierra y hace que los dolores de este destierro se vean a través del risueño cristal de la esperanza, de la esperanza cierta de un día esplendoroso y resplandeciente *que no tardará en llegar...* ¡Qué alegría tan grande es verse querido de Dios!... Bendita locura de Cristo que convierte las lágrimas en perlas y nos hace amar la cruz... Qué dulce es esperar para el que espera... Qué dulce es esperar haciendo el bien..., con una sonrisa a nuestros hermanos y a nuestros enemigos... Qué dulce

¹¹ APG, *Escritos I/C*, n. 32 (34), 8 de mayo de 1937, pp. 136-139 (OC 898-900).

es esperar pensando en Dios y debajo del manto de María. Pero la espera se hace larga y penosa cuando otros deseos que no son Dios nos afligen; cuando nuestro egoísmo rechaza la cruz; cuando el ansia de Dios va mezclada, aunque sea sutilmente, con el hastío de vivir. Cuántas veces nos engañamos creyendo que es Dios lo que no lo es... El ansia de ver a Dios, la impaciencia de la espera, se perfeccionan con la sumisión absoluta a su voluntad”¹². Y continúa en este plan, ensanchando los espacios del corazón y de la contemplación.

Pero al escribir, Rafael, como para reforzar sus palabras, siente la necesidad de detenerse en lo que Dios está realizando en lo más profundo de él mismo. No es en absoluto el análisis de sus sufrimientos; todo lo contrario. Rafael, efectivamente, afirma que sólo Dios y él conocen el camino que el Señor ha trazado. Es únicamente el instante de parada del atleta sobre el trampolín, a fin de que sea mayor el ímpetu para sumergirse en el mar.

“Dios ha volcado a manos llenas en mi pobre corazón más de lo que cabe, y cuando un alma se ve llena..., ¿quién piensa en sufrir? ¿Quién se atreve a mirar sus propios sufrimientos cuando se tiene muy dentro la cruz ensangrentada de Jesús?... ¿Quién es el egoísta que llora sus insignificantes penas cuando se tiene de una manera palpable la amistad de Jesús, que por mí murió en patíbulo?” El alma que aspira al amor divino, “Dios no quiere sólo que renuncie al mundo, sino que hay otra cosa más difícil, que es ésta: la renuncia de uno mismo, la renuncia a algo que llevamos dentro... Tus lágrimas desaparecen, tu alma entera se anonada, se hace como un polvillo de arena en la inmensidad del mar... Entonces ni sufres ni gozas: todo es Dios. Él lo llena todo...”¹³

En un corazón que se ha dejado invadir de este modo

¹² APG, *Escritos I/C*, n. 34 (36), 25 de septiembre de 1937, pp. 141-145; ST, pp. 134-142 (OC: 915, 916, 921, 922, 925, 930, 931).

¹³ APG, *Escritos I/C*, n. 32 (34), 8 de mayo de 1937, p. 136 (OC: 888, 890).

por Dios no puede menos de haber una ternura sin límites para con aquella que fue saludada por el ángel como “llena de gracia”. A la efusión de esta ternura dedica Rafael, en la tarde del 11 de octubre, la última carta de su larga correspondencia con el tío Polín: “Quiero —escribe— expansionarme un poco hablándote de la ‘Señora’”¹⁴.

Sería bueno el transcribir todo este poema a la Virgen, en el que resuenan los acentos y el espíritu de san Bernardo, y que une, como en tantos otros escritos suyos, un sentido de ilimitada confianza a una devoción que revela toda la sencillez de la pureza de su corazón y que sufre por la incapacidad de expresar en palabras la torrentera de sus sentimientos. Por desgracia, también ahora tenemos que limitarnos a citar apenas alguna frase.

“¡Qué lástima que David no conociera aún a la santísima Virgen!, ¿verdad? Qué cosas tan hermosas la hubiera dicho. Un corazón tan grande como el suyo seguramente hubiera estado lleno de amor a María... ¡María! Cuántas cosas dice esa palabra... ¡Si yo supiera escribir!... María es nuestra esperanza. María, que fue esposa, que fue madre, que fue mujer... ¿Quién mejor que ella para comprender, para ayudar, para consolar, para fortalecer?... ¿Quién mejor que María, la santísima Virgen, para refugio de nuestros pecados, de nuestras miserias...? Todo lo que en la Señora pongamos lo recibe Jesús ampliado... Yo creo que al amar a María amamos a Dios y que a él no se le quita nada, sino todo lo contrario... ¿Cómo no amar a Dios viendo su infinita bondad, que llega a poner como intercesora entre él y los hombres a una criatura como María, que todo es dulzura, que todo es paz, que suaviza las amarguras del hombre sobre la tierra, poniendo una nota tan dulce de esperanza en el pecador, en el afligido...; que es madre de los que lloran, que es estrella en la noche del navegante?”

¹⁴ APG, *Escritos I/C*, n. 36 (38), 11 de octubre de 1937, pp. 148-150 (OC 951-960).

Rafael recuerda qué devoción había en el colegio de los jesuitas hacia la Virgen y les está agradecido por haber descubierto desde entonces el sentido de filiación para con ella. Recuerda los cantos “sencillos” en la capilla.

Pero también tiene muy presente el profundo amor hacia la madre de Jesús que hay en la Trapa: “En un monasterio cisterciense dedicado a María es san Bernardo, el abad blanco, el que nos enseña a cantar y a publicar sus alabanzas”. Y prosigue con su natural sencillez: “Qué alegría tan grande pensar en el cielo, cuando allá estemos a su lado y cantemos siempre, siempre; unos, los tiernos cantos del colegio; otros, el *Salve Regina*; otros, el solemne y divino *Magnificat* de los coros monacales..., y otros no sepan cantar de tanto gozar de la hermosura de María”.

Por fin, invita a su tío a honrar a la Virgen para amar más al Señor: “Poniéndonos bajo su manto comprendemos mejor la misericordia divina. Invocando su nombre parece que todo se suaviza, y poniéndola como intercesora, ¿qué no hemos de conseguir de su hijo Jesús?”

21. *La madre no debe saberlo*

VILLASANDINO, 1 de noviembre de 1937. Fui a Burgos hace ocho días. Estuve tres hospitalizado en San José. Tenía 42 por 1.000 de azúcar en la orina y me dieron inútil total¹... Del hospital me mandaron a casa, y aquí estoy esperando... no sé qué.

Escribí al padre abad diciéndole que, una vez hecho el reconocimiento, volvería al convento, y me contestó el padre José, diciéndome que volviera cuando quisiera, que las puertas las tenía siempre abiertas..., pero que lo pensase bien y no me precipitase, ya que ahora no tienen enfermero y sería de lamentar me volviese a ocurrir lo pasado. Eso es todo.

Humanamente hablando es muy prudente, ¿no te parece?...”²

Un pasaje de esta carta, dirigida por Rafael al hermano Tescelino, lo hemos reproducido ya al principio de este libro, y no hemos dudado en definirlo como “desconcertante”. Ahora, llegados a este punto, será más fácil comprender y apreciar su significado y valor... La participación inmediata en la pasión de Cristo y la renuncia absoluta a todo lo que no es Dios son los elementos funda-

¹ La elevadísima tasa de azúcar que le encontraron en el hospital de Burgos, y que Rafael cuenta con una aparente indiferencia, venía a demostrar, con la frialdad de las cifras, que todos los cuidados maternos y todos los tratamientos tan meticulosos no habían servido de mucho. El mal seguía inexorable, y el enfermo era plenamente consciente de ello.

² VE, pp. 399-405 (OC 964-968).

mentales de este maravilloso escrito, en el que se transparenta también el afecto fraterno, sublimado, sí, pero al mismo tiempo lleno de ternura para con su antiguo enfermero.

También aparece el lado humano: “Cada vez la cruz me cuesta más”. Pero la frase se completa: “Cada vez mi alma se llena más de este solo Dios”. La antinomia humano-divina sigue existiendo, pero el yo va desapareciendo cada vez más para dar lugar al único.

Después de la firma sigue, con grandes caracteres: “¡Viva España! ¡Viva Cristo rey!”

De nuevo un precioso testimonio del padre Teófilo nos da luz acerca de la actitud interior de Rafael: “Libre ya de todo vínculo con el ejército, ¿qué decisión tomar? Rafael se dio cuenta de que sus días estaban ya contados, tanto si se quedaba en casa como si decidía volver a la Trapa.

Entre tanto, la lucha y los peligros para los soldados aumentaban cada vez más. ¿Qué pasaría con sus treinta hermanos religiosos y sus dos hermanos carnales en medio de tantos peligros? Movido por una ferviente caridad, pidió al Señor que aceptase su vida a fin de que saliesen indemnes todos sus hermanos que estaban luchando y para que todo se terminase felizmente. Dios aceptó su ofrenda, y se realizó todo lo que Rafael deseaba, pero a precio de su misma vida”³.

Exactamente un mes después, el 1 de diciembre, Rafael escribe de nuevo a Tescelino, comunicándole su próximo ingreso en la Trapa y que no quería pasar las navidades con los suyos. Le hubiese parecido fuera de lugar gozar del calor de la familia cuando tantos hermanos suyos estaban lejos de sus hogares luchando por la patria. Se dice dispuesto a aceptar todas las dispensas de la Regla y cuanto sea necesario por su enfermedad. “¡No importa, esto durará poco!”⁴

³ *Inform. Alleg.*, n. 15, p. 28.

⁴ VE, pp. 412-419 (OC 974-989).

Tescelino es la única persona con la que Rafael puede desahogarse y hablar libremente de sí, incluso del “secreto del rey”, ya que él es el único que tiene conocimiento directo de los hechos y está al corriente de la situación de la enfermería. Pero tenemos que resaltar que incluso en el “desahogo” fraterno no aparece ni una sola palabra de crítica o de murmuración hacia nadie. El “enfermo mental”, que le molestaba sin cesar cada día, como si no existiese. Del nuevo enfermero, a quien, según informa, ha excusado en su carta al padre maestro (que, por desgracia, no nos ha llegado), no sólo no tiene la más mínima queja, sino que, aparte de la generosidad con que echa sobre sí toda la responsabilidad (“la culpa fue mía y de ningún otro”), llega hasta poner nuevos motivos de humillación para sí acusándose de “mi amor propio, mi deseo de hacer lo que no puedo ni debo, el no humillarme ante mi enfermedad, el ser caprichoso y desobediente, el no ver que así es como el Señor me quiere. Pero ahora —continúa— voy muy cambiado... Me he dado cuenta de que la verdadera mortificación es hacer lo que no gustas ni deseas, aunque tus deseos te parezcan santos y buenos...”

Hace referencia a la soledad que le espera, a la falta de consuelos humanos, a la incompreensión... Pero añade: “Esto no me aterra ni me desanima, sino que es todo lo contrario... Cada lágrima derramada en la casa de Dios es una perla para adornar el sagrario... Sólo hay una cosa: Dios... Sólo hay una ocupación: amar a Dios... Tú, de religioso con votos, con los cargos que te mande la obediencia, y yo de oblato sin ellos, y también obedeciendo. Tú de enfermero y yo de enfermo. Tú de pardo y yo de blanco... Tú siguiendo la Regla y yo sin seguirla hacemos lo mismo, pues cumplimos la única Regla, que es su santa voluntad”.

Con generosidad desea ya desprenderse de las comodidades de que está gozando: “Sí, hermano, sí, tengo ya ganas de volver a tirar el pitillo, la cama blanda, la radio,

el jerez a las once y mis paseos tomando el sol. Tengo y ganas de hacer lo que no me gusta hacer..., aunque si le miro bien, ya nada me importa ni sé lo que me gusta; sólo amar a Dios es mi deseo; servirle es lo que quiero. Veo la Trapa, veo una cruz, y allí me voy. Eso es todo”.

Sin embargo, de vez en cuando aflora la parte humana “Algunas veces mi flaqueza me hace sufrir... Miro a mi alrededor, veo mi libertad, veo los puros cariños de mi familia, veo una Trapa, la oscuridad y el silencio; la cabeza me da vueltas; a lo mejor no duermo, soy un hombre, soy carne..., esto es sufrir. Pero, en cambio, hermano, Dios es piadoso y bueno; descubre un velo y en mis tinieblas considero a Jesús..., dulce, tranquilo, que me enseña sus llagas... En su divino rostro todo es paz. Hay algo en él que hace olvidar el dolor. El alma se inunda de luz y sólo aspira a amar a Jesús”.

La carta termina pidiéndole a Tescelino que ruegue a la Virgen para que le ayude, y le promete recordarle siempre ante la “Señora”.

Con una simple mirada se da cuenta uno enseguida de lo que Rafael ha “crecido” en la fe, en la esperanza y en la caridad. Las tres virtudes están tan estrechamente unidas entre sí que no puede haber diferencia entre una y otra. Efectivamente, su reingreso en la Trapa se realiza bajo la moción de todas las tres virtudes teologales: ingresa de nuevo con fe y por la fe, mirando y esperando el cielo, por amor de Dios y del prójimo. Como Abrahán, sube a su monte Moria con el corazón sangrando. Por cuarta vez sufre la terrible separación de los afectos familiares. Voluntariamente renuncia a pasar las fiestas de navidad en el hogar, en la cálida intimidad de los suyos...

Así es que el 14 de diciembre, de improviso, Rafael dice a su madre:

“Madre, ya es hora de que me marche”⁵.

⁵ VE, p. 422.

Idéntica concisión telegráfica que la primera vez. El corazón de la madre sufre una fuerte angustia:

“¡Hijo..., tan pronto!”

Para una madre, ¿no es siempre demasiado pronto? Era la cuarta vez que recibía el golpe... Él responde:

“Debo marcharme... Mañana volveré a la Trapa”.

El día siguiente, en una jornada lluviosa, a las once de la mañana, Rafael se despide de su madre con un abrazo, que será el último.

“Madre —le dijo, abrazándola—, pídele a él que me muera pronto”.

“¿Cómo quieres que yo pida eso?...”

“Siempre quisiste mi felicidad, y mi felicidad está en Dios... ¡No me desees una vida larga en la Trapa!... *¡Tú no puedes saber!*”

El corazón sangra y la madre no puede saber, no debe saber lo que le espera en la Trapa...

Ya nos hemos referido a los grandes y penosos roces repetidos cada día con el “enfermo mental”, que no cesan a pesar de la intensa suavidad y amabilidad de Rafael. Jamás conoceremos lo que suponía aquella tremenda agresividad.

Pero aún le espera algo más. Hay soledades y soledades. Recordemos que Rafael había elegido en principio la Trapa en vez de la Cartuja, porque le gustaba “vivir entre personas”. Aunque fuese en medio de un silencio austero, quería ver los rostros de sus hermanos. De todos modos, ya hemos visto en el “cuaderno” que no sólo aceptaba, sino que apreciaba esta soledad, no sin tener que superar su naturaleza tan comunicativa y extravertida.

Pero hay otra soledad que tiene que afrontar: “solo” en la lucha de cada día; falta absoluta de apoyo y de una ayuda espiritual.

No era así al principio. Cuando Rafael pidió por primera vez el ingreso en la Trapa, fue el mismo maestro de novicios, el padre Marcelo León, el que le escribió ense-

guida paternalmente, creando una relación epistolar bastante intensa, tanto en el período de espera antes de su primer ingreso, como inmediatamente después de su primera salida de la Trapa. Pero mientras Rafael estaba por necesidad con su familia, falleció el bueno, afable y comprensivo padre Marcelo.

Le substituyó un monje con un temperamento muy distinto. El padre José Olmedo, futuro abad de La Oliva, del cual el padre Teófilo no duda en afirmar que “no estaba a la altura de su predecesor”⁶. Lo define como “excelente religioso, pero un tanto reacio en lo que se relacionaba con el foro interno en sus relaciones con los novicios”. Incapaz de suscitar la confianza y de acoger las manifestaciones de conciencia, “no llegaba a conocer en profundidad a sus novicios, limitándose a seguirles en el horario de trabajo, en lo que eran ejemplares”. Don Gonzalo añade que, según algunos testimonios, se interesaba poco por Rafael⁷.

Damos estos datos, y otros que seguirán, no para acusar a nadie —todos tenemos nuestras limitaciones—, sino para que podamos comprender la soledad espiritual que tuvo que sufrir Rafael ya desde su primer reingreso en San Isidro y las perspectivas que tenía al entrar por última vez.

Es cierto que cuando Rafael estaba para volver a la Trapa, la primera vez como oblato, había escrito dos veces, a distancia de pocos días, al nuevo padre maestro, sin tener respuesta a ninguna de sus cartas. De todos modos, una vez entrado, lo mismo que en los sucesivos reingresos, nuestro oblato se puso a total disposición del padre José, aunque su establecimiento en la enfermería terminara por marginarlo en buena parte del grupo del noviciado. Sin embargo, jamás se le deslizó una sola señal externa de

⁶ *Inform. Alleg.*, n. 5, p. 31.

⁷ BE, p. 81, nota 34.

desilusión o malestar, ni la más mínima murmuración, ni en las cartas ni en sus escritos personales.

Para complicar y agravar aún más la situación vino el problema del confesor. Pocos días después de la primera entrada de Rafael en San Isidro había sido nombrado confesor de los novicios y de los oblatos precisamente el padre Teófilo Sandoval, que, de hecho, fue su único verdadero padre espiritual. Entre los dos surgió enseguida una comunión cordial, facilitada por los contactos semanales de la confesión y de la dirección espiritual. De este modo, el padre Teófilo había podido darse cuenta rápidamente de la riqueza interior del nuevo postulante y de la predilección de que gozaba de parte de Dios.

Ahora bien, en el momento en que el nuevo oblato entró por segunda vez en la Trapa, no sólo había cambiado el padre maestro, sino también el confesor, en cuanto que el padre Teófilo había sido sustituido en el cargo por el padre Emiliano. Pero durante todo el período de 1936, hasta el momento de la llamada al ejército, el hermano Tescelino, enfermero y ya novicio, había podido continuar gozando de la dirección espiritual del padre Teófilo, el cual de este modo, a través de él, podía seguir mejor a nuestro oblato y comprobar su continuo ascenso espiritual. De este modo pudo saber que el nuevo confesor había desorientado completamente a nuestro pobre Rafael, y quizá no sólo a él, hasta el punto de tener que ser sustituido en el cargo por otro monje, el padre David.

La situación se agravó con el segundo reingreso en diciembre de 1936, cuando ya el hermano Tescelino no estaba en el monasterio. La soledad espiritual de Rafael se hacía más pesada, aunque no se transparente nada en las apretadas páginas del "cuaderno", escrito precisamente en este tiempo.

Le faltan así a Rafael tres puntales fundamentales de apoyo: el padre maestro, el confesor y el hermano enfermero. En la oscuridad de este "desierto" de contactos humanos, mucho más ardiente que la sed y el hambre que

lo consumen, Rafael transcurrirá los últimos meses teniendo como único confidente el cuadernillo en que la obediencia le ha pedido que anote las expresiones de sus sufrimientos y de su amor.

Y precisamente en una de aquellas últimas páginas, que revelan tanto sufrimiento —una de las más bellas, sobre la que volveremos enseguida, escrita poco más de un mes antes de la muerte, el 13 de marzo de 1938—, podremos captar un grito suyo lacerante que hace eco, incluso en la dulce sumisión, al de Getsemaní: “Dulce y manso Jesús..., perdóname, no sabía lo que hacía... Solo y sin guía...”⁸

En el último momento la divina Providencia dispondrá que se levante un discreto velo sobre el “secreto del rey”, y el padre Teófilo llegará a conocer por casualidad en qué soledad tan grande estaba sumergida el alma de nuestro oblato. Escuchémoslo.

“Dos semanas antes de su muerte, Rafael se acercó providencialmente a mi confesonario, por equivocación, creyendo que yo era el padre David, y se confesó en menos de un minuto. Cuando le pregunté si sus confesiones eran siempre así, quedó en suspenso, dándose cuenta de que era yo. Entonces intenté descubrir el misterio de la vida de Rafael en el monasterio. Cuando me dijo que se sentía como un cirio que se estaba apagando y que pronto se acabaría, me di cuenta de lo que Rafael había sido en su vida y en la Trapa”⁹.

Cualquier comentario está de más. Más que soledad, esto se puede llamar “abandono”, que tiene analogía con el de Getsemaní, en el que incluso, si cierta luz proyecta unos rayos rápidos y escasos, lo que prevalece es la noche y la oscuridad con toda su negrura.

¡No! ¡La madre no puede ni debe saberlo!...

⁸ VE, p. 493 (OC 1106).

⁹ *Inform. Alleg.*, n. 15, p. 35.

LA PARTIDA para la Trapa, a pesar de las pocas expresiones reducidas a lo esencial, ya había sido bastante dramática. El mismo Rafael la considera un milagro del Señor. Sin él no hubiese sido capaz de desprenderse por cuarta vez de la familia en aquellas condiciones.

Pero la llegada a San Isidro revestirá tintes todavía más fuertes. Rafael ha querido que le acompañara únicamente Leopoldo, y se ha puesto él mismo al volante. Pero al acercarse, a la vista de la Trapa, se para, dejando conducir al hermano, y enciende, conmocionado, su último cigarrillo. Leopoldo se da cuenta de que Rafael está llorando y, preocupado, le pregunta el motivo.

La respuesta deja a uno helado: “Mira —dice, señalando la Trapa—, eso es la sucursal del infierno...”¹

Después, poco a poco recobra el dominio de sí, se serena, y llegan al monasterio.

Si no hubiésemos seguido paso a paso a nuestro oblatto en su constante deseo y tenaz persistencia de querer volver a toda costa a la Trapa y no hubiésemos tenido la posibilidad de penetrar en los arcanos “secretos” de su experiencia más íntima, esto nos sería absolutamente incomprensible. Sigue siendo desconcertante, como tantos otros momentos de la vida de Rafael. Pero no inexplicable.

Ya sabemos lo que la madre no debía saber. Ahora

¹ *Summ.*, p. 252.

Rafael tiene todo ante sus ojos, como en una rápida representación, con todos los más mínimos detalles, después de haberlo rumiado largamente. Conociendo la gran sensibilidad de Rafael, no es difícil darse cuenta de toda la repugnancia que su naturaleza siente instintivamente en el momento de afrontar todos los sufrimientos morales, espirituales y físicos que le esperan. Su expresión es sin duda fuerte, pero en aquel momento, en su ánimo, es dramáticamente verdadera.

Lo mismo que el soldado que durante la batalla ve desde lejos la refriega, se da cuenta del peligro, y no obstante se mete en medio de la lucha, así Rafael sabe bien lo que le espera y tiene plena conciencia de la realidad. Humanamente siente toda la repugnancia por el cáliz de su Getsemaní, pero con generosidad heroica se apresta a beberlo hasta las últimas gotas.

“Vuelvo de nuevo a la Trapa para seguir cumpliendo mi vocación, sin otra Regla que la obediencia ciega a su divina voluntad”².

Y continúa en esta especie de diagnóstico de sí mismo:

“He venido por varios motivos: primero, por creer cumplir en el monasterio mejor mi vocación de amar a Dios en la cruz y en el sacrificio. Segundo, por estar España en guerra y ayudar a combatir a mis hermanos. Tercero, para aprovechar el tiempo que Dios me da de vida y darme prisa a aprender a amar su cruz”.

¿Qué busca en el monasterio? “A lo que solamente aspiro en el monasterio es: primero, a unificarme absoluta y enteramente con la voluntad de Jesús. Segundo, a no vivir más que para amar y padecer. Tercero, a ser el último, menos para obedecer”.

Rafael había escrito al tío Polín, en una de sus últimas cartas, que el camino hacia el Señor era conocido “sólo por Dios y por él”. Pero por las cartas se puede captar algo, ya que al alabar a Dios por todo lo que rea-

² VE, 16 de diciembre de 1937, pp. 431-432 (OC: 998).

lizaba en su alma se transparentaban sus distintos estados de espíritu, sus luchas, sus aspiraciones y sus conquistas.

A partir de aquel 15 de diciembre cae un silencio epistolar absoluto: escribirá una carta el 6 de enero a su madre, y otra, diez días antes de la muerte, al hermano Tescelino. Estos son los únicos escritos "oficiales".

Usamos este adjetivo desacostumbrado, ya que, por otra parte, tenemos providencialmente una serie de confidencias espirituales que Rafael escribe a intervalos irregulares por obediencia. ¿Quién le manda escribir? El padre Teófilo, que, habiéndose dado cuenta de la absoluta "soledad" de su espíritu, tuvo la inspiración de decirle que escribiera todo lo que sentía en su espíritu, para poder orientarle en la primera oportunidad que se le presentara.

Pero, más que nada, escribe para sí mismo, para concretar sus sentimientos y afirmarse en la fe y en el amor. Para reencontrarse en sus convicciones. Para poder clarificar las tentaciones que sufría, identificarlas como tales y así vencerlas más eficientemente. Para sentir y reconocer toda su debilidad y suscitar de nuevo las motivaciones de la oración y del abandono en la ayuda divina. Ve y anota la oscuridad y las tinieblas, pero sobre todo se afirma a sí mismo en la certeza clara del sol que continúa siendo y resplandeciendo sobre él mismo y más allá de todo obstáculo.

Leyendo todo lo que salió de la pluma y del corazón de Rafael durante este período, de un modo mucho más conciso que en el pasado, hay que tener presente que Rafael escribía sólo para su padre espiritual: pensamientos buenos y malos, tentaciones que le acosaban y deseos del corazón. Todo esto en un alternarse más o menos frecuente de luz intensa y de grandes tinieblas, de alegría exultante y de postraciones penosísimas. Todo con un trasfondo de grandes y continuos sufrimientos físicos, que a veces llegaban a paroxismos verdaderamente in-

imaginables, como cuando, a la salida del refectorio, lloraba de hambre, con la presencia continuamente amenazadora del “enfermo mental”.

Extractemos, pues, de estos escritos que Rafael llama “Notas de conciencia. Reservadas”, que él no tenía intención de que llegasen a ser conocidos, lo que puede servirnos para indagar su camino hacia el Señor. No es una indagación curiosa ni indiscreta. El fin es únicamente aprender y alabar a Dios. El camino está sembrado de espinas, pero la gracia del Señor aumenta sin límites, como, por lo demás, aun dentro de las contradicciones, aumenta la alegría auténtica del amor de Rafael por su “único”: “¡Sólo Dios, sólo Dios! Éste es mi tema..., ése es mi único pensamiento”³.

La antinomia entre la carne y el espíritu aparece de nuevo con una agobiante frecuencia, alternándose continuamente...

“Por una parte, deseos de cielo, y por otra, un corazón humano...”⁴. “Dejé mi hogar... Destrocé pedazo a pedazo mi corazón...”⁵.

El primer día del año nuevo escribe:

“En la oración de esta mañana he hecho un voto. He hecho el *voto de amar siempre a Jesús*. Me he dado cuenta de mi vocación. No soy religioso..., no soy seglar..., no soy nada... Bendito Dios, no soy nada más que un alma enamorada de Cristo. Él no quiere más que mi amor, y lo quiere desprendido de todo y de todos. Virgen María, ayúdame a cumplir mi voto.

Bien veo que la voluntad de Dios es que no haga los votos religiosos, ni seguir en todo la Regla de san Benito. ¿He de querer yo lo que no quiere Dios? Jesús me manda una enfermedad incurable; es su voluntad que humille mi soberbia ante la miseria de mi carne. Dios me envía la

³ VE, 16 de diciembre de 1937, p. 432 (OC 999).

⁴ VE, 26 de diciembre de 1937, p. 433 (OC 1003).

⁵ VE, 26 de diciembre de 1937, p. 434 (OC 1006).

enfermedad, ¿no he de amar todo lo que Jesús me envía?... Vida de amor, he aquí la única razón de vivir”⁶.

En la mañana de epifanía anota que en la comunión había tenido una “gran consolación y paz”, pero que “apenas habían pasado tres cuartos de hora” cuando una “gran angustia” llenó su alma, exclamando: “¡Señor, soy un pobre hombre! ¡Me vi tan solo!... ¿Y mi fervor?... ¿Y mis ansias de Dios y desprecio del mundo, dónde fueron?... ¿Por qué me dejas, Señor?... ¿Qué haré yo sin ti? Me da pena de mí mismo al verme tan débil... Sufro mucho, Señor..., cuando la tentación me acosa y tú te escondes... ¡Cómo me pesan mis angustias!”⁷

“Dios me va enseñando la única ciencia que aquí en la Trapa he venido a aprender..., el desprecio del mundo y la práctica de su amor... Yo que gozaba en el mundo con cantar en el campo sus maravillas y grandezas..., que mi mayor placer era abrir mucho los ojos para contemplar el mar..., que mi alma se extasiaba ante un cielo tachonado de estrellas, y mi alma te bendecía al escuchar el silencio de la tierra en una tranquila y dulce puesta del sol, todo se acabó para mí. La parte humana, que es mucha, llora, Señor, mi libertad perdida”⁸.

Un día, durante la hora del trabajo, había un cielo azul y espléndido, pero la obediencia mandó a Rafael a empaquetar chocolate a la fábrica. Sintió gran pena y se agarró al crucifijo: “Tú, Señor, me hiciste pensar... Si tú supieras que cada lágrima derramada por mi amor en la penitencia del claustro es un obsequio que hace cantar de alegría a todos los ángeles del cielo”.

De todos modos, hay sufrimientos mucho más lacerantes que el de no poder gozar del cielo azul: “Hasta que vine a la Trapa no sabía lo que era llorar de hambre. Mi enfermedad es una mina inagotable de sufrimientos físicos

⁶ VE, 1 de enero de 1938, p. 438 (OC 1010-1012).

⁷ VE, 6 de enero de 1938, pp. 444-445 (OC 1023-1024).

⁸ VE, 5 de febrero de 1938, pp. 448-449 (OC 1032-1034).

y morales... Cuando después de comer me levanto de la mesa, y como hombre carnal, miserable y material, voy llorar los sufrimientos de mi enfermedad a los pies del sagrario..., ¡ah!, si fuera ángel no lloraría. Pero soy hombre. Es tanta la sensualidad de mi carne, y la flaqueza de mi espíritu, que ya ves, Señor..., cuántas veces desfallezco”⁹

“Después del desayuno paseé mi pequeño agobio por la galería de la enfermería... Me vi tan enfermo, tan sólo, tan débil para sufrir lo que Jesús me pide, que sentándome cansado de todo y (de) todos, lloré con agobio y con pena. Grande me parecía el abandono en que me veía, materia y espiritualmente. No tengo a nadie en quien hallar un alivio... En estos momentos, en los cuales una palabra dicha al corazón alivia tantas penas, e incluso da fuerzas para sufrir las flaquezas y miserias de la enfermedad... Sin embargo, a mí eso me falta... ¡Si el enfermero supiera el hambre que paso! No conoce ni comprende mi enfermedad, y cuánto me hace sufrir... Soy un hombre sujeto a cambios, con un corazón vacío y caprichoso”¹⁰.

La tentación le aprieta de varios modos: “El otro día todo lo veía negro; mi vida oscura y encerrada en la enfermería, sin sol, sin luz, sin nada que la ayudara a soportar la carga que Dios ha echado encima de mí... Enfermedad, silencio, abandono... Sufría mucho; el recuerdo del mundo, la libertad..., me abrumaba. Me veía sin amor a Dios, olvidado de los hombres, sin fe y sin luz. Me veía muerto en vida..., me veía encerrado en el monasterio, como el muerto en el sepulcro... La idea de que estaba sepultado en vida me obsesionaba, me enloquecía... Me pesaba el hábito... Tenía frío y sueño... La oscuridad de la iglesia me entristecía... Miraba al Sagrario, y nada me decía. El demonio se empeñaba en hacerme padecer con el recuerdo del mundo, de la luz, de la libertad, y me insinuaba la alegría de vivir... Vi después que era tentación. Con el

⁹ VE, 18 de febrero de 1938, pp. 462-463 (OC 1055-1057).

¹⁰ VE, 28 de marzo de 1938, pp. 506-507 (OC 1129-1131).

alma en este estado me acerqué a recibir al Señor. Acababa de ponerme de rodillas, con deseos de pedirle a Jesús sosiego para mi Espíritu, cuando sentí un fervor muy grande, y un amor inmenso a Jesús, al recordar unas palabras que yo creo que Jesús me inspiró en aquel momento, y que me decían: “Yo soy la resurrección y la vida”¹¹.

Rafael agarra fuertemente el crucifijo. Ahora desearía morir, pero sólo por *amor de Jesús*, por la verdadera vida, por la verdadera libertad. En un momento de luz y con una brizna de amor por el Señor, la tentación desaparece y con ella gran parte de las penas, y exclama: “¡Ah!, buen Jesús..., si los hombres supieran lo que es amarte en la cruz...! ¡Si los hombres sospecharan lo que es renunciar a todo por ti!”¹². “Mi vida es una continua mudanza de desolaciones y de consuelo”¹³.

Efectivamente, si cuando narra sus estados de ánimo por obediencia pueden aparecer con mucha frecuencia los momentos de descorazonamiento, como si estuviese dominado por el conjunto de sufrimientos que lo envuelve cual una pesada capa, mucho más frecuentes son los anhelos de una vida que se identifique lo más posible con la del Salvador, anhelos que, por lo demás, no tienen nada de sentimentalismo vacío.

Cuando Rafael llegue, como veremos, a la cima del calvario, lo hará subiendo peldaño a peldaño. El desprendimiento de las criaturas, la humildad, la paciencia, la caridad para con los hermanos, son conquistas graduales en las que se comprueba el poder de Dios, que trabaja y forma el alma de su siervo, quien, por su parte coopera con fidelidad y generosidad a la obra de la gracia: “Ya lo sé, tú me lo has explicado..., es el milagro de la gracia”¹⁴.

Dentro de poco Rafael también nos lo explicará a nosotros. En la vida espiritual todo es dinámico. No cabe el

¹¹ VE, 23 de febrero de 1938, pp. 469-470 (OC 1069-1070).

¹² VE, 23 de febrero de 1938, p. 471 (OC 1070-1071).

¹³ VE, 23 de febrero de 1938, p. 469 (OC 1068).

¹⁴ VE, 4 de marzo de 1938, p. 478 (OC 1084).

estancamiento, y es una regla antigua que “el no progresar es ir para atrás”. Progresar es precisamente lo que sucede en lo íntimo de Rafael. Parecía que, desde el primer momento en que dejó la universidad de Madrid, y luego la familia, ya se hubiese desprendido del mundo. Sin embargo, nos damos cuenta de cuántas cosas, de cuántos afectos, de cuántas inspiraciones, incluso buenas, ha debido ir desprendiéndose poco a poco. Aun ahora, no se puede decir que haya terminado este proceso. Precisamente en estos escritos hay un continuo crecimiento, y podemos comprobar que Rafael ha alcanzado la virtud de la “indiferencia”, aunque sin una completa estabilidad.

“Una de las transformaciones que Jesús ha hecho en mi alma, ha sido la indiferencia. Yo mismo me maravillo, pues veo que he llegado a comprender algo que antes no comprendía...”¹⁵

“Todo va cambiando en mi alma. Lo que antes me hacía sufrir..., ahora me es indiferente... En primer lugar, lo que antes me humillaba, ahora casi me causa risa. Alguna vez miro con cierta envidia la cogulla, pero me alegraría si me dieran la capa de oblato y me quitaran la de novicio”¹⁶. Pero ni siquiera un mes después, el 10 de abril, ha desaparecido esta alegría vana y un poco infantil de vestir la cogulla: “Me dio gran pena y mucha vergüenza el tener ese pueril deseo... Al fin y al cabo, vestido de seda, de lana, o de saco, eso no ha de cambiar mi corazón... ¡Señor..., Señor..., qué necios somos los hombres! Un pedazo de trapo nos da placer, y un grano de arena nos da dolor”¹⁷.

No sólo acepta la soledad y el abandono de los hombres, sino que los acoge como un don divino. Las consecuencias de su misma enfermedad lo dejan indiferente: “¿Qué más me da comer solo que acompañado, lentejas que patatas,

¹⁵ VE, 10 de abril de 1938, p. 521 (OC 1155).

¹⁶ VE, 12 de febrero de 1938, p. 453 (OC 1040).

¹⁷ VE, 10 de abril de 1938, p. 525 (OC 1162-1163).

padecer hambre o sed?”¹⁸ “¿Cuándo comprenderás que la virtud no está en comer cebolla, sino en comer cebolla por amor a Dios?”¹⁹

Un grado más alto sube Rafael en aquel lejano domingo de quincuagésima, cuando decide no preocuparse más de su salud: “Hoy le he ofrecido al Señor lo único que me quedaba..., la vida. Cuando abandoné mi casa, abandoné de propio intento una especie de cuidados que requiere mi enfermedad, vine a abrazar un estado (en) el cual es imposible cuidar una enfermedad tan delicada. Sabía perfectamente a lo que venía... Mi vida ya no es mía. Yo ya no pienso preocuparme. Sí, ocuparme, porque él me la presta, pero nada más. Trataré a mi cuerpo como si fuera de otro. Mi vida es suya, mi cuerpo es suyo. Que el Señor sea el responsable de lo que me suceda”²⁰. Después, como siempre ante las situaciones difíciles, se dirige a la Señora: “Le he pedido a la virgen María interceda delante de Jesús para que acepte mi oblación... ¡Qué alegría sería el morir por Jesús..., y que él ofreciera mi vida al eterno Padre en reparación de los pecados del mundo, de las guerras, de los pueblos infieles, por los sacerdotes; por el Papa y por la Iglesia!... A veces, Señor, quisiera morir en la indigencia, abandonado de todos en la calle o en un hospital público... Morir de necesidad, pero creo que eso es una tentación... No sé, en tus manos estoy y a las de la virgen María me encomiendo”.

Lógicamente, esta “indiferencia” no es abulia ni quietismo, y a veces Rafael tiene que esforzarse para someterse a la situación querida por la prudencia de los superiores, que frenan lo que serían sus preferencias. El conflicto en el fondo sigue subsistiendo, y él da testimonio del mismo en un encantador desahogo del 19 de marzo, en el que llega a ironizar sobre su excesiva “comodidad”.

¹⁸ VE, 12 de febrero de 1938, p. 453 (OC 1040).

¹⁹ VE, 13 de abril de 1938, p. 532 (OC 1173).

²⁰ VE, 27 de febrero de 1938, p. 474 (OC 1074-1078).

“Señor, tengo un deseo inmenso de cumplir tu voluntad y nada más que ella... *Esto es cierto*. Siento al mismo tiempo unos deseos míos de mortificación y penitencia. Siento inmensas ansias de padecer algo por ti, mi buen Jesús....

En mis confesores, superiores y maestros, lo único que he encontrado es prudencia..., prudencia y prudencia. Me mandan comer, dormir y no trabajar. Soy una especie de flor de estufa que no da ni olor... Mientras tanto..., esperar a saber lo que debo hacer. ¿Lo sabré con certeza algún día? Espero en Dios y María que sí.

¡Señor, es tan cómoda esta vida! Tengo mi cuarto; mi cama, algo dura, pero ya me he acostumbrado... Tengo libros; paso algo de hambre, pero no me muero por eso, ni mucho menos. Al contrario, me parece que estoy mejor desde que vine. No me dan trabajos pesados... Tengo silencio cuando quiero, pues no tengo más que retirarme a mi habitación... En fin, quitando algunas cosillas, ¡qué más puedo pedir!... Y siento una cosa dentro que me dice: mortificación..., penitencia..., sacrificio..., *nada de eso hago*.

Ante ese llamamiento opongo dos cosas: primero, *yo mismo*; segundo, *la prudencia*. La carne y la obediencia. Mi naturaleza encuentra muy *razonable* obedecer, ¡es tan cómodo!

—Padre, ¿puedo levantarme al oficio?

—No, hijo, que necesitas descanso.

—Padre, ¿puedo cercenar la comida?

—No, hijo, que necesitas alimento.

—Padre, ¿puedo ir al trabajo del campo?

—No, hijo, que te cansas.

Bueno, pues a obedecer..., y obedezco a veces con unos deseos inmensos de hacer lo contrario..., saltar la prudencia, y... morir por Jesús y por María”²¹.

El desprendimiento de las criaturas es como el gozne

²¹ VE, 19 de marzo de 1938, pp. 496-498 (OC 1111-1114).

sobre el que gira todo el engranaje de la santidad para que el alma pueda tender al amado y poseerlo. Si el gozne funciona, todos los dientes del engranaje se moverán. Y he aquí que entonces los cimientos de la humildad se hacen cada vez más profundos:

“Sólo veo una criatura sacada del mundo... y traída a la soledad para allí, sin ella casi darse cuenta, cooperar a una de las más grandes y maravillosas grandezas de Dios. ¿Y cuál es esta maravilla? Esta maravilla es el estupendo milagro de ver un alma como la mía, pobre, desnuda, llena de mundo y de sus vicios..., verla, digo, *amada de Dios, conducida por él* en los humildes senderos de la penitencia, *sostenida* por él en sus muchas flaquezas y miserias, tentaciones y desconsuelos... Dios, haciendo su obra en mi alma..., transformando mi corazón y elevándolo hacia sí, desencajándole de en medio de las criaturas y llenándole de su amor”²².

La humildad llama y requiere más humildad y paciencia. Así es que Rafael ruega: “Mi amadísimo Jesús, comprendo que la humildad y paciencia son las cosas que hoy más necesito”²³

Pero otro punto y parte esencial del engranaje es la caridad. “Señor Jesús, qué bueno eres. Una de tus grandezas es la transformación que haces en mi alma con respecto al amor al prójimo. Me explicaré. Cuando antes buscaba un *religioso* y me encontraba, en su lugar, un *hombre corriente...*, ¡cuánto sufría!”²⁴. Luego Rafael añade que sentía gran desilusión y desconsuelo, no queriendo tener contacto alguno con el prójimo. Pero ahora ve claramente que en tal actitud “había bastante soberbia, mucha vanidad y un inmenso amor propio...” Es en este momento cuando su alma lanza la expresión que ya hemos reproducido: “Dulce y manso Jesús..., perdóname, no

²² VE, 10 de abril de 1938, p. 521 (OC 1153).

²³ VE, 8 de marzo de 1938, p. 488 (OC 1099).

²⁴ VE, 13 de marzo de 1938, pp. 492-494 (OC 1106-1109).

sabía lo que hacía... *Solo y sin guía*. Ahora me pasa una cosa muy rara. Algunos días, cuando salgo de la oración siento unos deseos muy grandes de amar a todos los miembros de la comunidad con unas ansias muy grandes como Jesús los ama... No veo flaquezas ni miserias en nadie... Así como antes me turbaba ante una falta o flaqueza de un hermano y sentía casi repulsión, ahora siento una ternura muy grande hacia él”.

Su alma se llena de caridad auténtica para con el hermano débil y enfermo, y ¡cómo comprende y con qué dulzura disculpa su debilidad! “Es un hecho real y positivo que yo no he conseguido, sino que Jesús ha puesto en mi alma... He aquí el estupendo milagro”.

Este espontáneo y simple reconocimiento de un “estupendo milagro” es prueba de que Rafael cada vez está más entusiasmado por la acción de la gracia, que ahora él descubre no ya en la belleza de las cosas creadas, sino en las obras maestras del cincel divino que ve cómo actúa en su propio corazón. Siente, sí, la punta del cincel que raspa, rasga y excava, pero goza mucho más al contemplar en unos espacios cada vez más amplios las obras maestras que el artífice divino sabe sacar.

Es, pues, evidente, que el Señor iba transformando y plasmando el alma de Rafael, y que éste ansiaba sobre todo identificarse con él y con él crucificado. Vemos, pues, un crecimiento también en este anhelo por la cruz; anhelo que no tiene nada que ver con las enfermedades psicológicas de que se preocupaba Freud. Nos lo explica de un modo clarísimo el mismo Rafael: “¡Es tan difícil explicar por qué se ama el sufrimiento! Pero yo creo que se explica porque no es el sufrimiento tal como éste es en sí, sino tal como es en Cristo, y el que ama a Cristo ama su cruz”²⁵.

El amor al Señor le había conducido a amar sólo su voluntad. De aquí la consecuencia lógica: “Me siento tan

²⁵ VE, 25 de marzo de 1938, p. 505 (OC 1126-1127).

unido a su voluntad que, cuando sufro, dejo (de) sufrir al comprender que él lo quiere así”.

Hay, pues, que guardarse de una sensación de pesadilla que podría suscitar la experiencia final de Rafael. Existe una “teología de la cruz”, fundada en el mensaje explícito del maestro divino y desarrollada de un modo inequívoco por el apóstol Pablo: “Predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, necedad para los paganos”²⁶. El que esta teología de la cruz sea motivo de provocación y de escándalo no es una novedad ni hay por qué extrañarse. Pero el “escándalo” de la cruz —y es el mismo san Pablo quien lo afirma— no tendría sentido si no estuviese esencialmente ordenado a la certeza de la resurrección, con la que constituye el único misterio de pascua, y por la cual los apóstoles, cada uno en su momento, dieron gozoso testimonio con su misma sangre. “Si Cristo no ha resucitado, entonces es vana nuestra fe”²⁷. Y en otra parte: “Estoy lleno de consuelo y sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones”²⁸. Del mismo modo, el diácono Esteban, cuando caía bajo las piedras de los lapidadores, pudo exclamar: “Veo los cielos abiertos”²⁹.

Es esta alegría pascual la que encontramos, con toda su coherente elocuencia, en todos los escritos de Rafael. La identidad de la propia voluntad con la del amado es la cumbre del amor: “Yo hago lo que le agrada a mi Padre”³⁰, dijo el maestro, aunque lo que agradaba al Padre fuera el calvario. El amor no tiene límites, no se acaba y se complace únicamente en el amado y con el amado. Y el amado para Rafael era Cristo, Cristo que se dirige al Gólgota para llevar a toda la humanidad a la pascua.

En una nota del 7 de marzo de 1938 Rafael nos da la clave de lectura de su vocación: “Para mi familia es la

²⁶ 1Cor 1,23.

²⁷ 1Cor 15,14.

²⁸ 2Cor 7,4.

²⁹ He 7,55.

³⁰ Jn 8,29.

cosa más natural que yo esté en la Trapa. Mis hermanos dicen: Eres feliz en el convento, el mundo no es para ti... Es natural..., ignoran mi vocación. Si el mundo supiera el martirio continuo que es mi vida... Si mi familia supiera que *mi centro* no es la Trapa, ni el mundo, ni ninguna criatura, sino que es Dios, y Dios crucificado... *Mi vocación es sufrir*, sufrir en silencio por el mundo entero; inmolarme junto a Jesús... Si supieran ver la cruz detrás de una pacífica sonrisa; si supieran ver las enormes luchas detrás de la paz conventual... Pero no, eso no deben verlo... Sólo Dios... Esto no son quejas, ni amargura..., *todo lo contrario*. Mis ansias de cruz no disminuyen. Mi mayor alegría es vivir ignorado. Mi vocación la comprendo, y en ella bendigo a Dios cuando de todo corazón la abrazo... La Trapa, mi centro, dice el mundo..., ¡qué paradoja! Mi centro es Jesús, es su cruz... La Trapa no me importa nada..., y si Dios me manifestara *otro sitio* donde *sufriera más* y él me lo pidiese, allí me iría con los ojos cerrados. Yo no me entiendo a veces. Soy absolutamente feliz en la Trapa, porque en ella soy absolutamente desgraciado”³¹.

Ésta es, pues, la verdadera vocación a la que se sintió llamado Rafael. Él no podía por menos de aceptar la invitación de Jesús, aquella mirada que le dirigió, de la que había escrito al hermano Tescelino. Por eso ha seguido al redentor en el penoso camino hacia el calvario, recorriendo junto a él la vía dolorosa hasta el *Consummation est*.

Guardándonos, pues, de la fácil tentación de juzgar con mirada escéptica o profana, no podemos menos que detenernos con reverencia ante el misterio de amor que ha hecho incandescente la imparable escalada de Rafael hacia la cumbre ya vecina.

³¹ VE, 7 de marzo de 1938, p. 484 (OC 1090-1093).

A UN CUANDO la vida sonreía a Rafael en todos los aspectos, siempre le había atraído la contemplación del cielo, tanto del cósmico como del espiritual; el esplendor de la naturaleza, pero sobre todo el encuentro con Dios. “Suenan graves las campanas allá en la torre... Su sonido llega al cielo, donde están Jesús y María”¹.

Pero igual que tantos otros deseos suyos, sin duda buenos, que habían sufrido una purificación de lo que podían tener de terreno, que en parte los empañaba, del mismo modo su deseo del cielo ha ido poco a poco despojándose de toda escoria. Sin embargo, jamás, ni por un instante, ha tenido sentimentalismos a lo Werther. A lo más, alguna vez, a nivel de tentación, pero nunca de convicción, al deseo de unirse con Dios podía haberse apegado el de escabullirse del escarpado camino del sufrimiento. Pero sólo muy raramente.

“Soy un pobre hombre, que al mismo tiempo que desea cumplir sólo lo que tú quieres y deseas, ansía volar a ti”².

Incluso al final, en una “nota de conciencia” del 23 de febrero, después de un violento asalto de la tentación, escribe: “En aquellos momentos hubiera querido morir de veras..., *pero por no sufrir*”³. Mas, apenas superada la crisis, vuelve a elevarse a los espacios de la caridad pura:

¹ VE, 2 de agosto de 1936, p. 282 (OC 702).

² VE, 20 de marzo de 1938, p. 500 (OC 1118).

³ VE, 23 de febrero de 1938, p. 470 (OC 1069-1070).

“Mis manos apretaban el crucifijo y mi corazón hubiera querido morir, pero ahora *por amor a Jesús*, por amor a la verdadera vida”. Aquí nos encontramos con el deseo expresado de Pablo a los filipenses de “ser liberado del cuerpo para estar con Cristo”⁴.

El deseo de alcanzar al amado prevalece en absoluto en su ansia por el cielo: “¡No tardes, Señor! ¡Mira que tu siervo Rafael tiene prisa de estar contigo..., de ver a María, tu santísima madre...; de cantar tus alabanzas con los santos y con los ángeles!”⁵ Tal es, pues, el estado de ánimo de Rafael, a la vez que la enfermedad avanza ocul-tamente a pasos agigantados.

Aún tendrá algunos consuelos. Puras delicadezas del Padre celestial. En el día de la anunciación, 25 de marzo, recibe la visita de su hermano Fernando, con un breve permiso del frente. El día de pascua, el padre abad, fuera de toda regla y costumbre, da a nuestro oblato la cogulla —hábito coral propio de los monjes profesos— con la que tanto había soñado en otro tiempo Rafael, y que incluso ahora es para él fuente de gozo. Rafael se da prisa en comunicárselo a los suyos, escribiendo el mismo día a su hermano Leopoldo, todavía con humor para sus bromas: “¡Ah!, querido hermano, si tuviera tanto amor a Dios como tela me sobra”⁶.

Las noticias que le da son corrientes y tranquilizadoras: “Mi vida transcurre entre el estudio de latín, lecturas sagradas y cantos en el coro... Mi trabajo se reduce unos días al lápiz y al pincel que me manda tomar el reverendo padre abad para algún encargo, y otros días a la escoba para ayudar al hermano enfermero... Te aseguro que vivo feliz y los días se me pasan sin sentir... Queramos o no, efectivamente peregrinos somos, ¿por qué hacer aquí asiento?” Ésta fue su última carta.

⁴ Fl 1,23.

⁵ VE, 12 de febrero de 1938, p. 455 (OC 1044).

⁶ VE, 17 de abril de 1938, p. 546 (OC 1190, 1191, 1197).

En la vigilia de su último y rapidísimo agravamiento tuvo el inmenso consuelo de pasar un día entero con su padre totalmente bien, a juzgar por las apariencias. Era el 21 de abril de 1938, jueves de pascua, jornada verdaderamente memorable. Vestido con la amplia cogulla, se presentó a su padre, diciéndole: "Aquí tienes un fraile con mucha tela. No sé qué hacer con las mangas"⁷.

Rafael irradiaba felicidad, y el padre tuvo la impresión de que el hijo estaba en plena forma, hasta el punto de quedar extrañado. Visitaron juntos las instalaciones agrícolas, acompañados del padre abad, que les exponía los proyectos de nuevas construcciones, de los cuales Rafael debería hacer los planos; el abad disfrutaba con el padre por el estado de salud de su oblató, y le adelantaba que pronto terminaría el estudio de latín, y luego sería ordenado sacerdote. Después, dirigiéndose a Rafael con un acento especialmente paternal, le dijo: "¿No tienes deseos de ordenarte?" "Me es igual, reverendo padre; con tal de ser trapense, me es indiferente ordenarme o no ordenarme". Nuevo testimonio de esa "indiferencia" que con tanto trabajo ha alcanzado, y que ahora constituía una de las grandes conquistas de la gracia: el desprendimiento de todo deseo propio, para identificar su voluntad con la de Dios.

Fue un paréntesis de alegría de breve duración. De todos modos, si esta jornada constituyó un delicadísimo don de Dios para Rafael, para su padre fue un regalo inmenso con que el Señor quiso recompensar la generosidad de aquel hombre que un día había ofrecido a su primogénito a la Virgen, y que había acogido como una gracia divina su llamada a la Trapa. La última vez, pues, que vio a Rafael fue consoladora y serena.

Efectivamente, nada hubiese hecho pensar, ni a él ni al padre abad, que al día siguiente su amado hijo se agravaría, arrollado rápidamente por la implacable diabetes que

⁷ VE, p. 551.

le llevaría al final de su “peregrinación”. Sus tres últimos días están señalados por acontecimientos o episodios que prueban una vez más la heroicidad de su vida y la necesidad de compartir, con sus sufrimientos, los de Cristo.

Presa de fiebres altísimas, unas convulsiones violentas atormentan su pobre cuerpo. Momentos de plena lucidez se alternan con delirios y pérdida de conciencia. Cuando vuelve en sí, sonríe serenamente y se preocupa de tranquilizar a los monjes que le asisten: “No se asusten si deliro”⁸, y se le ve como ausente de la tierra. En su mirada, llena de dulzura, se descubre todo su sufrimiento, pero los ojos están fijos en algo divino, que sólo percibe su alma.

“¿Quién se puede quejar de padecer?”, dice quedamente. No tiene ni una palabra que exprese o que dé la sensación del hambre que le mordía las entrañas, ni un lamento por aquella sed abrasadora que le quemaba el paladar...

“¡Jesús mío, cuánto te quiero... y te querré siempre..., y me agarraré a ti y no te soltaré!...”

“Y —habla la madre— no soltó su cruz mientras la vida alentó en su cuerpo corruptible...”

Pasaron sábado y domingo... Y en la noche de éste, creyéndose solo en su celda de la enfermería, levantóse trabajosamente de su humilde cama, y con andar vacilante, apoyando sus manos temblorosas de fiebre a lo largo de las paredes, llegó hasta un grifo de agua fría al final de la galería. La sed abrasadora lo consumía. Apoyó sus labios ardientes en el frío metal..., pero no bebió ni una gota de agua”⁹.

Se agravó rápidamente. Él repetía: “¡No tardes, Señor..., mira que tu siervo Rafael tiene prisa de estar contigo..., de ver a María!...”

En la madrugada del lunes, habiendo empeorado aún

⁸ VE, p. 553.

⁹ VE, p. 555.

más su estado general, le fue administrado el sacramento de la unción de los enfermos. Aquel día perdió el uso de la palabra y apenas podía entender, de vez en cuando, lo que se le decía.

Pasó así todo el día. A las tres de la noche del martes 26 de abril, el padre Teófilo, siempre tan vinculado afectuosa y paternalmente con Rafael, celebrando la misa votiva de la Virgen, le pidió con fervor que concediese a su fidelísimo hijo el uso de los sentidos en el momento de la muerte. La oración fue escuchada.

Durante un breve espacio de tiempo, Rafael recuperó el conocimiento, y en plena lucidez pudo ver llegar su hora suprema. “Mi fin ya está próximo. Muy pronto me marcharé al cielo”, respondió al padre maestro, que le dirigía unas palabras de esperanza en vivir.

Hacia las seis de la mañana entró en agonía. Se avisó enseguida al sacerdote encargado de atenderlo, quien acudió inmediatamente y comenzó a recitar las oraciones de los agonizantes. Durante la recomendación del alma, el hermano enfermero se dio cuenta de que una última convulsión demudó el rostro del moribundo, perdiendo el color, a la vez que la boca se le abría en el espasmo del ahogo. Duró sólo un instante, tanto que el sacerdote, que leía las oraciones, ni siquiera se dio cuenta.

Recuperado enseguida su aspecto normal, el rostro volvió a una tranquila placidez. Con la sonrisa en los labios, Rafael dejó serenamente la tierra como sumergido en un sueño dulce y feliz. Su alma había partido para las bodas del cordero, a quien había buscado y seguido por todas partes, hasta el Calvario.

Ciertamente, la muerte de Rafael fue causada por la inexorable acción devastadora de la diabetes. Pero para nosotros es bonito y útil poner la mirada del corazón en estas auténticas “bodas con el cordero”.

Nos habíamos propuesto, desde el principio, seguir el camino espiritual de Rafael. Hemos llegado a la meta, dándonos cuenta de cómo su voluntad, poco a poco, no

sólo se adhiere, sino que realmente se identifica con la del padre. Esto es el acto supremo del amor.

Lo mismo que Cristo era una sola cosa con el Padre porque hacía su voluntad, así Rafael llega a la meta haciéndose uno con Cristo, y Cristo crucificado.

En este momento la puerta se abre de par en par, y Rafael, identificado con Cristo resucitado, se sumerge no en un sueño dulce y feliz, sino en la plenitud de la posesión de aquel Dios que tan ardientemente ha ansiado, tan fielmente ha buscado, tan heroicamente ha seguido, y contempla sin velos la mirada dulcísima de la Señora.